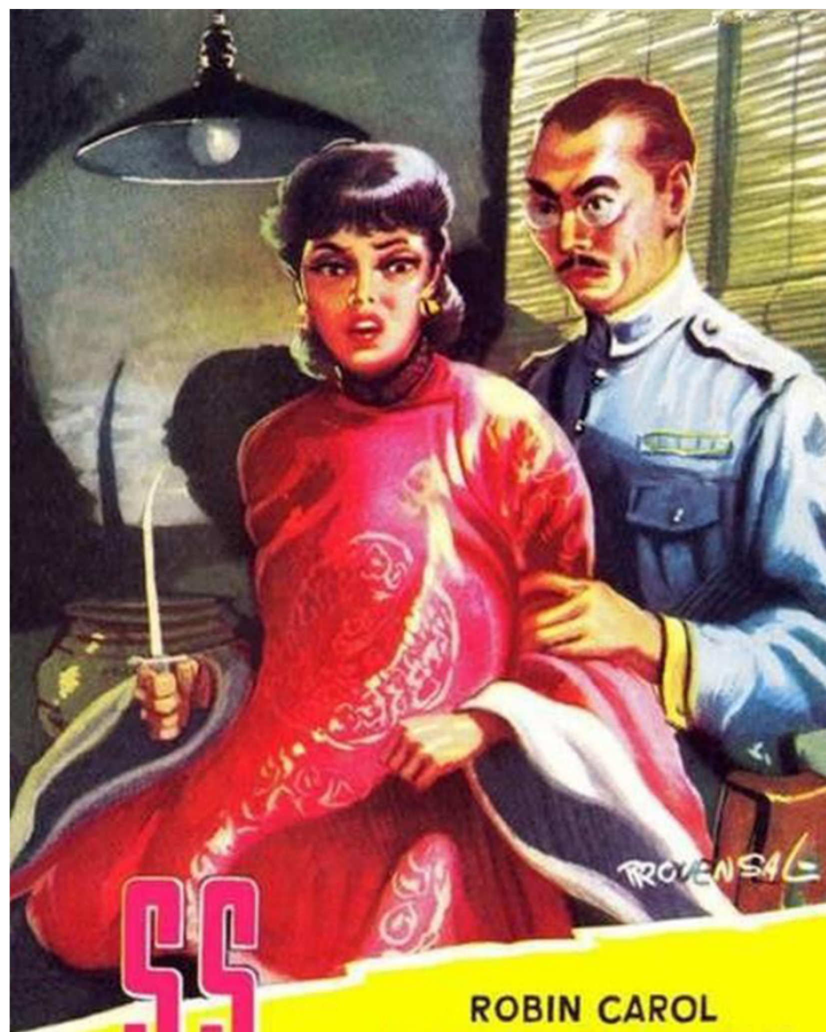

PROVENSAL
SS
SERVICIO SECRETO
ROBIN CAROL
INFIERNO EN FILIPINAS

ROBIN CAROL

INFIERNO EN FILIPINAS

1ª EDICIÓN
SEPTIEMBRE– 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

INFIERNO EN FILIPINAS

por

ROBIN CAROL



I

Los pasos firmes de Jimmy Sobral resonaron sobre el pavimento encerado de uno de los numerosos pasillos, amplios y lujosos, del Pentágono, el Ministerio de la Defensa norteamericano, el mayor edificio burocrático del mundo.

Jimmy era un tipo alto, de constitución atlética y pelo negro. Sus rasgos faciales, de un color pálido, conservaban ligeramente las características de las razas orientales, herencia de su madre, netamente filipina. Vestía uniforme del ejército norteamericano en el que lucía las insignias de comandante, ostentando la medalla del Congreso, la más alta condecoración en el ejército, por su valor e inteligencia, demostrados en varias misiones especiales de guerra que le fueron confiadas por el alto mando en Francia. Veterano en la campaña de Italia, fué trasladado a Inglaterra para tomar parte en el asalto de la «Muralla del Atlántico», formando en las filas del ejército del general Montgomery, donde a pesar de sus treinta años, fué elevado a la categoría de comandante por su eficaz colaboración, siéndole concedida la medalla del Congreso por su extraordinaria valentía y temeridad en el frente de Caen. Antes de terminar la campaña de Europa, en la segunda guerra mundial, había sido reclamado con urgencia por el Pentágono y trasladado en un avión del ejército a Washington. Jimmy, sin perder un instante, perfectamente disciplinado, fue a ver qué se les ofrecía a los «viejos», término con que eran designados los generales en el «argot» de campaña.

Jimmy se acercó a un oficial que hacía guardia al final del corredor.

—¿El departamento cuarto de coordinación militar, me hará el favor?

El oficial le indicó por dónde debía seguir, y Jimmy dió las gracias, continuando por otro espacioso corredor a la izquierda.

El Pentágono, nombre ahora tan familiar en cualquier parte del mundo, era la materialización en ladrillo y cemento, de la mente militar norteamericana. Simple en concepto y organización, es infinitamente complejo en detalle. Una maravilla de sentido sistemático cuando este sistema es dominado, pero cuando no, es la mayor de las confusiones. Cerebro de las fuerzas norteamericanas, sus nervios terminaban en el cuartel general de Eisenhower o de Mac Arthur, en un escuadrón de destructores en el Mediterráneo, o en cualquier parte donde hubiese un estado mayor o un miembro del servicio secreto militar. El mayor edificio oficinesco de la Tierra había sido construido recientemente en plena guerra a marchas forzadas, por el general de ingenieros, Sumerwell, que había llevado los trabajos a una prodigiosa velocidad. Se dice que participaron en su construcción trescientos arquitectos. Dotado de escaleras y rampas en lugar de ascensores, se elevaba solamente cinco pisos a causa del cercano aeródromo de Washington, con cinco lados formando la figura geométrica de su nombre, en el que cada lado, en su parte exterior, tiene la longitud de tres campos de fútbol. Sus corredores suman un total de treinta kilómetros y la luz del día penetra por 7370 ventanas. «La locura de Sumerwell», como era llamada en un principio, fué blanco de las críticas, objeto de bromas o incitador de leyendas. Circuló la historia del repartidor de telegramas que entró un lunes y cogido en la máquina burocrática, salió el viernes, y también la del hombre que se sentó ante una mesa vacía poniendo los pies sobre ella y antes de darse cuenta ya tenía un teléfono, un bloque de cuartillas y una secretaria. Jimmy recordaba otra historia que le habían contado en París. La del sargento de Ohio que, momentos después de haberle sido concedido un permiso de quince días, fue enviado por uno de sus superiores al Pentágono para que hiciera entrega de un informe, un asunto sin importancia. Cuando el desventurado sargento terminó con los trámites reglamentarios y abandonó el Pentágono, se presentó inmediatamente en su cuartel, siendo arrestado por llegar con un día de retraso sobre el permiso concedido. Jimmy se sonrió ante la idea de que cuando el Pentágono le soltara de sus garras, tal vez hubiese terminado ya la guerra.

Siguió andando por aquellos interminables pasillos llenos de puertas que se abrían y cerraban con intermitencia, donde todo el

mundo parecía atacado de la manía de la prisa, absortos y embebidos en sus tareas burocráticas y preocupaciones momentáneas, tropezando continuamente con funcionarios militares o civiles, y al final, tras de vacilar un instante, paróse ante una puerta, cuyo letrero, colgado en el primer tercio superior, le hizo detener la mano: «Entren sin llamar», decía. Jimmy empujó con suavidad y se encontró en un espacioso departamento donde trabajaban, cada uno tras una mesa, unos sesenta oficiales del ejército, capitanes y en su mayoría, comandantes. Un poco aturdido, miró en derredor tosiendo ligeramente para llamar la atención, pero nadie le hizo caso. Resueltamente, se acercó a la mesa que tenía enfrente y preguntó, sin que el interpelado se diera por aludido, algo impaciente, volvió a preguntar en voz alta:

—¿El comandante Orson Carrell, me hace el favor?

—La penúltima mesa, a la izquierda —le respondió aquel sujeto, sin levantar la cabeza de un montón de papeles que al parecer le absorbían por completo.

Jimmy se dirigió a la mesa indicada y dando unos golpecitos sobre el tablero, consiguió que el que había sentado tras de ella, un tipo moreno, de cejas superpobladas, se le quedara mirando, como molesto por aquella intrusión.

—¿Es usted el comandante Orson Carrell?

—Sí, señor. ¿Qué desea?

Jimmy, sin añadir más palabras, le mostró una tarjeta que le entregaran en el cuartel general antes de abandonar Europa. El cejijunto comandante Carrell la inspeccionó durante unos segundos y levantándose se la devolvió a Jimmy, añadiendo sobriamente, mientras echaba a andar:

—Venga conmigo.

Jimmy le siguió a grandes zancadas mirando de reojo a Carrell, quien hacía caso omiso de su compañía. Y después de subir una de las rampas torcieron por un corredor hacia la parte exterior del edificio, área ocupada por los jefes de más alto rango. Carrell ni le miró, ni le dirigió la palabra. A Jimmy aquel ambiente le aturdía, le desagradaba. En una palabra, le era molesto. ¿Qué demonios querrían aquella gente de él? ¿Para qué le habrían llamado? Debíase tratar de algo importante, indudablemente, pero no tenía ni la menor idea. Hacerle venir de Europa exprofeso a Washington, no

era cosa de poca monta. O se trataba de un error, lo cual era extremadamente difícil, o de un motivo serio que no podía ni sospechar. Si se trataba de un puesto burocrático en el Pentágono, haría lo posible por rechazarlo. Prefería el frente a aquella jaula de locos devorados por informes y formularios engorrosos y pesados.

Carrell traspuso una puerta situada a la derecha del cuarto corredor y cruzando un departamento en los que se encontraban más oficiales embebidos en su trabajo tras de sus respectivas mesas, se detuvo ante una puerta que había al fondo, golpeando con los nudillos en el tablero. Una voz apagada, al otro lado, concedió el permiso de entrada. Empujó suave la puerta y Jimmy y su acompañante se encontraron en una espaciosa habitación decorada con lujo y sencillez, en la que había una mesa de despacho, varios sillones y un gran mapa al fondo. Un hombre de aspecto sencillo y jovial, algo maduro y vistiendo uniforme, se volvió hacia ellos. Jimmy y Carrell saludaron militarmente.

—Mi teniente coronel —dijo Carrell, con tono indiferente—. Le presento al comandante Jimmy Sobral.

Y volviendo a saludar nuevamente, abandonó la estancia cerrando tras de sí.

El teniente coronel John Vanderberg, veterano en la campaña del Pacífico, después de observar detenidamente a Jimmy durante unos segundos, esbozó una amplia sonrisa y se acercó, estrechándole la mano.

—Bienvenido, comandante Sobral. Venga, siéntese aquí, que tenemos que charlar un rato.

Jimmy sentóse en uno de los sillones que le ofrecía el teniente coronel Vanderberg, quien, a su vez, tomó asiento en otro, frente a Jimmy. Vanderberg le ofreció un cigarrillo mientras le observaba detenidamente.

—Tengo el informe completo de su actuación en campaña Excelente hoja de servicios, Jimmy. Es usted una de nuestras glorias, de la que estamos orgullosos, y en nombre del Departamento de Guerra, acepte nuestra más cordial felicitación.

—Gracias, señor.

—No obstante, y aunque a usted le parezca extraño, este Departamento ha estado observándole directamente durante toda su campaña, con un interés particular. Todas las pruebas a que usted

ha sido sometido, sin que por su parte pudiera sospecharlo, fueron de nuestra plena satisfacción. Las esperanzas que depositamos un día en usted no han sido defraudadas, al contrario, y éste es el motivo por el que se encuentra usted en Washington, o más concretamente, en mi despacho.

Jimmy dio una chupada al cigarrillo y miró a Vanderberg un poco extrañado.

—No le comprendo, señor.

—Si mal no recuerdo —prosiguió Vanderberg, mientras esbozaba una sonrisa usted nació en Lingaven y cursó sus estudios en Manila, ¿no es cierto?

—En efecto —repuso Jimmy.

Vanderberg siguió:

—De padre norteamericano y madre filipina, quienes fueron asesinados por los japoneses cuando ocuparon la isla, ¿no fué así?

—Desgraciadamente, así fué.

El rostro de Jimmy se ensombreció ante el recuerdo penoso del trágico final de sus padres. Vanderberg tosió ligeramente.

—Perdone que tenga que hacer referencia a este hecho tan tristemente sentido por usted, pero no tengo más remedio. En ello se encuentra precisamente la justificación que desde un principio movió a este Departamento a poner los ojos en usted.

Jimmy, que parecía absorbido por el recuerdo trágico de aquellos últimos días vividos en su ciudad natal, al oír aquellas palabras se le quedó mirando intrigado, sin comprender todavía adonde iría a parar Vanderberg.

—Se hace constar especialmente en el informe sobre sus hazañas, el valor personal demostrado durante la corta resistencia a los japoneses y su valeroso comportamiento en la evacuación de la isla de Luzón.

—Creo que sólo me impulsaba la desesperación y el odio que me inspiraba mi gran deseo de venganza.

—Así lo sospechamos nosotros. En estas circunstancias, cualquier hombre puede ser capaz de llegar al heroísmo, sin que intervengan para nada sus condiciones naturales conscientes, y, para prevenir este inconveniente, pues a nosotros sólo nos interesan aquellos actos que están únicamente regidos por la razón, el cálculo y la conveniencia táctica, fué usted enviado al frente de Europa, a

pesar todos los esfuerzos que usted hizo para volver al Pacifico, con el fin de someterlo a prueba. Pero nuestras dudas se fueron disipando. Un agente auxiliar del espionaje militar le observaba de cerca y sus informes pronto nos devolvieron la confianza que en parte habíamos depositado en su persona. Usted era nuestro hombre, el hombre que habíamos formado, estructurado especialmente, aun a riesgo de su vida, para una misión especial. En Europa, desvinculado por completo de todo móvil pasional, nos vino a demostrar que el valor y la inteligencia manifestados por usted, eran cualidades esencialmente personales e innatas. Y esto era lo interesante.

Jimmy comprendía ahora, por qué había sido llamado al Pentágono, y ante la idea que le inspiraban las palabras de su superior, comenzó a sentirse entusiasmado. Vanderberg se levantó pausadamente y acercándose a un gran mapa que había detrás de la mesa de su despacho, dio una chupada al cigarrillo.

—¿Le gustaría actuar en el Pacífico? —dijo Vanderberg, adoptando un aire distraído mientras observaba el mapa de operaciones de aquel sector.

A Jimmy le chispearon los ojos y sin poder reprimirse, se levantó de su asiento. Vanderberg se volvió como si estuviera esperando aquella reacción y una amplia sonrisa apareció en sus labios.

—Sus deseos van a cumplirse, Jimmy. Volverá usted al mismo sitio de su gran tragedia y si conoce usted a los causantes de la muerte de sus padres y se los encuentra… ello ya es sólo una cuestión que atañe a su conciencia. Pero el Jimmy que vuelva a Luzón no será el mismo que un día llegara a Honolulú. Éste será más listo, más curtido, más experimentado, pero a la vez, más lógico…

Jimmy miraba a Vanderberg gratamente sorprendido, con el rostro encendido de entusiasmo. Vanderberg se dirigió a su sillón, invitando a Jimmy que se sentara de nuevo.

—Hablemos concretamente, Jimmy. Usted conoce perfectamente la ciudad de Manila, ¿no es así?

—Perfectamente, sí señor.

—Y sus alrededores, todas aquellas ciudades de San Quintín, Tarlac, Malolos, Balanga, Cavite, etcétera, también, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Bien, pues éste será su campo de operaciones, pero, sobre todo, Manila. Allí es donde está lo importante. Ante la posibilidad y proximidad de un desembarco norteamericano en Filipinas, queremos tener el terreno bien minado, ¿me comprende, Jimmy?

—Perfectamente, señor.

—Usted será el encargado de esta misión. Hay determinados elementos del gobierno militar japonés de ocupación que estarían dispuestos a negociar con nosotros cualquier pacto a espaldas de su gobierno, con el fin de socavar los cimientos de toda resistencia a nuestras tropas de desembarco, a cambio, naturalmente, de ciertas garantías y seguridades por nuestra parte. Quizá, también, sea un asunto de dinero. De todas formas, su principal objetivo es conseguir el máximo rendimiento de esta predisposición a la traición de aquellos elementos del gobierno militar, cuyos nombres le serán facilitados por determinadas personas en Manila. No repare en nada, ni en medios, ni en procedimientos. Prometa y haga todo lo imaginable, y si es necesario, pacte hasta con el demonio, ¿comprendido?

Jimmy asintió con la cabeza.

—Tenga presente —continuó Vanderberg— que tropezará usted con muchas dificultades. De todas formas, estará usted auxiliado por los guerrilleros y por un agente del
F. B. I.,
destacado, actualmente en la isla. Abandonará los Estados Unidos en un avión especial y será usted arrojado en paracaídas sobre un punto lo más cercano posible a Manila. Todas las indicaciones concretas, así como nombres de personas y cuántos datos específicos estén relacionados con esta operación, le serán facilitados en pleno vuelo hacía Filipinas.

La sangre le hervía de entusiasmo a Jimmy.

—¿Y cuando he de partir? —preguntó, impaciente.

—Mañana por la tarde saldrá usted para San Francisco de California en la forma que se le indicará. Mientras tanto, procure no alejarse mucho del hotel por lo que pudiese ocurrir o, como consecuencia, recibiera usted una orden imprevista. Tenga presente que desde este momento hasta que abandone el país, sus pasos serán estrechamente vigilados.

Jimmy quedóse profundamente sorprendido.

—¿Qué quiere usted decir con eso, señor?

Vanderberg sonrió bonachón.

—He omitido un detalle que conviene lo conozca usted. Parece ser que el contraespionaje japonés sospecha nuestras intenciones y por este motivo, hemos encargado esta mañana oficialmente esta misión a un agente del
F. B. I.
No se sorprenda, comandante Jimmy. En realidad, la misión de este agente es sólo para despistarlos, de diversión como ustedes le denominen, para llamar la atención y que lo dejen a usted tranquilo y expedito el camino. Así usted quedará al margen de cualquier sospecha y con ello su labor resultará extremadamente simplificada. ¿Me comprende?

A Jimmy le pareció extraordinaria la astucia del teniente coronel Vanderberg.

—Hoy estamos a 10 de septiembre de 1944 —continuó Vanderberg, mientras encendía otro cigarrillo—. Esta mañana, probablemente, habrá, caído sobre territorio alemán el primer proyectil norteamericano, me refiero sobre la ciudad de Bildchen. La campaña de Europa toca a su fin y la del Pacífico hemos de acortarla todo lo posible. Antes del 17 del próximo mes, debe tener usted su labor conclusa. No olvide esto.

Vanderberg se levantó para despedir a Jimmy. Éste hizo lo propio.

—Y nada más, comandante Jimmy. Buena suerte y, sobre todo, tenga siempre presente que su misión está por encima de cualquier asunto personal. ¿Comprendido? Confío en usted, y que Dios le proteja.

Jimmy estrechó emocionado la mano que, con una sonrisa, le tendiera Vanderberg y saludando militarmente, abandonó el despacho.

Cuando Jimmy salió del Pentágono, le embargaba una sensación de embriaguez y entusiasmo ante aquella perspectiva de arriesgada aventura que iba a comenzar y que representaba el más alto ideal que acariciara como utopía durante varios años. Pero un recuerdo obscureció su entusiasmo al dibujarse en su memoria la imagen de su antiguo amigo Shumiko, un japonés estudiante en Manila, el

cual, a la entrada de las fuerzas japonesas, resultó ser un espía al servicio de su nación. Fué él quien denunció a sus padres, convirtiéndose, con ello, en el causante de la muerte de los mismos. Jimmy había jurado vengarlos y jamás renunciaría a ello.

De madrugada sonó el timbre del teléfono situado a la cabecera de la cama de Jimmy. Un hombre acostumbrado a dormir en el frente de batalla con esa sensación continua de la amenaza de la muerte, mantiene una doble tensión nerviosa, a causa de la cual, instintivamente, cualquier ruido insignificante es recogido inmediatamente por los sentidos en calidad de alarma. Si uno repara en este fenómeno, se da perfecta cuenta de que, en tales circunstancias, aparece en el hombre un sexto sentido, del que en tiempos de paz carece por completo, y que debió de ser un factor dominante en el hombre primitivo cuando dormía en los bosques o en las ramas de los árboles y que hoy todavía conservan los animales de la selva. Este sexto sentido que no duerme, es el que permite percibir un peligro inmediato, viniendo a ser algo así como el vigilante de nuestro sueño. Por esta razón. Jimmy que aún conservaba esta cualidad afinada por el ejercicio constante en el frente de batalla, se despertó con cierto sobresalto casi simultáneamente a la primera vibración del timbre, y, encendiendo la luz, cogió el auricular situado encima de la mesita de noche.

—Diga.

Lo inquirió totalmente despabilado, como si fuera a hacer frente a un golpe de mano enemigo. De la conserjería le respondieron, a través del hilo:

—Aquí hay un señor que le busca.

—Hágale subir —respondió, pensando que debía ser un enviado de Vanderberg para algo urgente.

Y colgó el auricular. Pero, de repente, como una sirena que sonara en su interior, presintió que había cometido una imprudencia, un grave error que pedía poner en peligro su vida. Ahora ya no era un miembro cualquiera del ejército, un hombre que lucha cara a cara, con el uniforme de su oficio, sino otro hombre particular y distinto, un comando sin uniforme que lucha en la sombra, agazapado, con las armas de la astucia y el engaño, sin reparar en medios, frente a otros en iguales condiciones. Y era peligroso, sumamente peligroso en esta ocasión, el haber actuado de

aquella manera, de aquella forma confiada que la seguridad de la vida muelle en una retaguardia demasiado alejada del frente. Ahora debía comprender que su nuevo frente de batalla lo tenía en cualquier parte. En la calle, en el autobús, en un *cabaret*, en la cabecera misma de su cama, y esto determinaba un nuevo estilo en su actitud y en su comportamiento ante las cosas, es decir, un cambio de posición netamente distinto y algo complejo, debido a su vinculación con factores puramente lógicos, cerebrales, y, a su vez, instintivos.

Jimmy se puso rápidamente el batín y cogiendo su pistola del cajón de la mesita de noche, descorrió el cerrojo de la puerta de su departamento, ocultándose seguidamente detrás de la cortina que cubría la puerta del cuarto de baño. Sólo la luz de la pantalla color rojo de la cabecera de su cama iluminaba la estancia de una manera suave y tamizada, impregnando todos los objetos de una extraña y misteriosa coloración bermeja. Jimmy, apostado tras de la cortina, escrutaba con impaciencia la puerta de entrada por la que, de un momento a otro, entraría aquel desconocido al que, imprevisiblemente, había concedido el permiso para que subiera a su departamento.

Sonaron unos golpes discretos con un repiqueteo extraño, como si fueran de una llamada convenida, y Jimmy dijo, dando a su voz un tono de serenidad y naturalidad específica, para no despertar sospechas en el visitante:

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente y en el umbral apareció un hombre alto, con una gabardina desabrochada, cuyo rostro quedaba en la penumbra que proyectaba el ala de su sombrero. Penetró en la habitación con pasos pausados y tranquilos, y cerrando la puerta tras de sí, paróse en mitad de la pieza, un poco extrañado al ver que no salía a recibirle nadie. Jimmy lo observaba por entre la unión de las cortinas, con detenimiento.

—Levante los brazos, amigo —amenazó Jimmy con voz tranquila y casi indiferente—. Le estoy apuntando con mi pistola.

El desconocido hizo lo que se le ordenaba, con la mayor tranquilidad y sin sobresalto, y Jimmy, abandonando su escondite, se situó detrás de éste sin dejar de apuntarle.

—Bonita forma de recibir a un miembro del servicio secreto

militar, comandante Sobral.

—¿Quién es usted? —inquirió Jimmy, imperturbable a pesar de aquella referencia del desconocido.

—Me gustan sus precauciones, Jimmy. Es usted un hombre listo y no fácil de caer en una ratonera —comentó el desconocido, esbozando una sonrisa—. Y contestando a su pregunta, le diré que soy un enviado especial del teniente coronel Vanderberg. Hay un asunto urgente que tenemos que cumplimentar rápido.

E inició el descenso de los brazos. Pero Jimmy desconfiaba y al ver el movimiento, gritó amenazador:

—¡No se mueva! Explíqueme ese asunto.

—Lo único que sé es que debe usted acompañarme para abandonar Washington. Vanderberg nos espera en un lugar convenido, con el fin de darle a usted instrucciones concretas.

—¿Ah, sí? —respondió Jimmy, con una mueca de escepticismo —. Supongo que esa orden la traerá usted por escrito, ¿no?

—Desde luego… Si me lo permite…

—¡No! —repuso con presteza Jimmy, para evitar que el otro se introdujera la mano en el bolsillo y sacase algo muy distinto a una orden escrita—. ¿Dónde la tiene?

—En el bolsillo interior de mi chaqueta.

Jimmy se acercó por la espalda y poniendo el cañón de su pistola en el costado del individuo, para que no olvidase aquel pequeño instrumento, rodeó con su brazo derecho el cuerpo del desconocido metiendo su mano en el bolsillo que le había indicado.

Rápidamente extrajo un sobre y, separándose unos pasos hacia atrás, lo desgarró extrayendo una hoja de su interior. Jimmy lo leyó rápidamente. Sí, no había mentido. En realidad, se trataba de una orden auténtica de Vanderberg con su firma y el sello de su departamento militar, ordenándole que se dejara conducir por el portador a un sitio donde él le esperaba para darles instrucciones urgentes. Jimmy, ante aquello, comprendió que había extremado, sus medidas, o mejor, pensó que había exagerado su actitud, y un poco confuso, fué hacia el desconocido, dispuesto a presentarle sus excusas.

—Le ruego que me disculpe, pero… ya comprenderá…

El otro bajó los brazos y le miró sonriendo. Era un tipo moreno, de ojos negros.

—No precisa disculpa, amigo Jimmy. Sus procedimientos me parecen acertados y lo esencial es esto: saberse defender con oportunidad. Además, no sé por qué, me es usted simpático.

—Gracias —contestó Jimmy, sonriendo complacido.

—En fin, vístase deprisa que el tiempo apremia.

Jimmy entró con presteza en el cuarto de baño y se cambió de ropa quedando pronto listo. Cuando se dispuso a hacer el equipaje, el otro le detuvo.

—No, sin equipaje. Tal vez tenga usted que volver, o en todo caso, no interesa que se sepa que abandona usted el hotel. De todas formas, se lo enviaríamos a San Francisco.

—Bien. Entonces, vámonos —dijo Jimmy encogiéndose de hombros y colocando nuevamente sus ropas y la maleta en el armario.

Cuando Jimmy entregó la llave de su aposento al conserje del hotel, el reloj del vestíbulo marcaba las cuatro y veinticinco de la madrugada. Salieron a la calle y Jimmy se abrochó su gabardina impermeable del ejército, calándose el sombrero para defenderse del frío húmedo que, a pesar del mes en que estaban, se dejaba sentir.

El otro le cogió del brazo y cruzando la calle se internaron por la de Lingberton, caminando hasta el final, donde un coche «Chrysler» gris les salió al encuentro. Rápidamente, el agente del servicio secreto militar abrió la portezuela trasera e invitó a Jimmy a que subiera, partiendo el coche seguidamente, a gran velocidad.

El compañero de Jimmy, sentado junto a él, parecía un hombre joven, y por su aspecto, de carácter simpático y reflexivo, algo frío en su sonrisa que tenía permanente en sus labios. Invitó a Jimmy a fumar, mientras el hombre del volante, de anchas espaldas, conducía en silencio y el otro, a su lado, con el sombrero echado a la cara, parecía dormitar. Jimmy había notado que aquel individuo, a pesar del violento frenazo del coche cuando les recogió, no se había despertado, pero pensó que seguramente tendría el sueño muy pesado. De todas formas, le dió la impresión que más que durmiendo parecía amodorrado, casi mejor, borracho, se atrevía a pensar. Pero se encogió de hombros. Recostóse en el respaldo y lanzó al espacio una bocanada de humo. Lentamente, las espirales blanquecinas se fueron disipando en frágiles formas sinuosas hasta

desaparecer con una suavidad de sueño.

—¿Y en dónde nos espera Vanderberg? —preguntó Jimmy a su compañero.

—No tardaremos en llegar.

Ésta fué la respuesta lacónica que obtuvo Jimmy sin más comentarios. Dió una nueva chupada al cigarrillo y apoyó su cabeza en el respaldo. En realidad, aquel calorcillo de la calefacción interior del coche casi invitaba a dormitar un rato. Y cerró los ojos. ¿En dónde empezarían sus aventuras?, pensó. No tardaría mucho tiempo en tomar el avión, desde el que, tras unas horas de vuelo sobre el inmenso océano Pacífico, se arrojaría en paracaídas sobre la montañosa isla de Luzón, la mayor del archipiélago de las Filipinas. Entonces sería cuando empezarían las aventuras de verdad, cuando su vida iba a correr verdaderos peligros. Mientras tanto, aquella seguridad y aquella vida confortable le fastidiaban, en cierta forma le aburrían, pues la verdad es que, en Norteamérica, a un hombre metido en un coche del Pentágono casi le parecía sentirse dentro de una fortaleza.

De pronto, un codazo de su compañero le hizo abandonar violentamente estas especulaciones puramente mentales. ¿Qué ocurría?

—Me parece que nos siguen —afirmó su compañero un poco alarmado—. Mire, Jimmy, mire ese coche que nos viene detrás. Ya hace demasiado tiempo que se mantiene a la misma distancia de nosotros.

—Bueno, pero eso puede ser casual —objetó Jimmy.

—Ahora, lo veremos. Acelera la marcha, tú —gritó dirigiéndose al que conducía.

A Jimmy le decepcionaron los modales de su compañero y, por otra parte, le dió la impresión de que estaba un poco nervioso. Quizá, al tener más experiencia del oficio, notara algún peligro que él no sospechaba ni aparentemente veía.

El coche aceleró y pronto el otro que, según decía su compañero, les seguía, quedó atrás, desapareciendo en un recodo de la carretera. Pero esto no duró mucho. A los pocos instantes, los faros del mismo volvieron a aparecer a la misma distancia que antes.

—¿Se da usted cuenta, Jimmy, como tengo razón?

Su compañero hablaba con el rostro ligeramente contraído,

aunque procuraba darle, a la vez, una entonación fría e indiferente.

Después de todo —pensó Jimmy— no había por qué alarmarse. Dentro de no mucho tiempo llegarían a un pueblecito cuyo nombre no recordaba, alineado al linde mismo de la carretera y entonces podrían, con toda tranquilidad, si querían, detener al coche que, al parecer, los seguía, y así se aclararía lo que pasaba. Él no concebía en aquella situación, ventajosa para ellos, ninguna alarma aparente.

—¡Acelera a toda marcha, Benchi! —gritó su compañero con el rostro alterado por un acceso de rabia, mientras poníase de rodillas sobre el asiento, de espaldas al motor, para ver mejor por entre las persianas de la ventanilla de detrás.

A Jimmy todo aquello le sorprendía, produciéndole el efecto de que el miedo o no sabía qué, le hacía perder a su compañero el sentido de toda medida dentro de lo racional.

—Me parece que esta actitud tuya es improcedente —dijo Jimmy, como recriminándole.

Pero antes de terminar la frase, unos disparos procedentes del coche que les seguía y que también aceleró la marcha, lo hicieron dirigir la mirada en aquella dirección.

—¿Con que no, eh? —Y le miró de una manera, furibunda—. Supongo que no se atreverá usted a discutir. Ahora tendrá que defender su vida, y ésta es mi mejor respuesta… Conque manos a la obra y procure no desperdiciar municiones. Y tú, Benchi, aprieta a fondo el acelerador y no pierdas el tino.

Y diciendo esto, golpeó con la culata de su pistola el cristal de la ventanilla trasera, que saltó hecho añicos.

Benchi, el hombre que conducía, cumplió la orden apretando el acelerador a fondo y el «Chrysler» avanzó como una fiera desatada sobre la pista asfaltada y sinuosa de la carretela. El otro coche se quedó por un momento atrás, pero a los pocos instantes volvió a recuperar, tercamente, la distancia perdida, comenzando a disparar nuevamente sus ocupantes contra el coche de Jimmy.

—¡Malditos! —rugió su compañero, disparando con furia su pistola contra el coche agresor—. ¡Dispare, Jimmy, dispare! ¡Son espías que nos quieren capturar!

«¡Truenos!», pensó Jimmy. Era cierto y había que defenderse como gato punza arriba. Todo menos dejarse capturar. Y empezó a disparar a través de la ventanilla… Esta respuesta pareció surtir

efecto, ya que Jimmy y su compañero observaron cómo sus perseguidores aumentaron la distancia que les separaba.

—Parece que les hemos hecho retroceder, ¿eh? —dijo Jimmy, sonriendo.

No empezaba mal la aventura, pensó, pero aquellos espías que les perseguían eran de una audacia impresionante, pues las posibilidades de que salieran bien de su intento eran muy escasas. Jimmy, con la pistola apoyada en uno de los espacios de la persiana de la ventanilla, observó a su compañero, notándolo bastante nervioso y sin perder de vista al coche que les perseguía. El más tranquilo parecía el chofer. En cuanto al otro… Jimmy se extrañó de que permaneciera, a pesar del ruido, con el mismo amodorramiento que al principio.

—Un tropezón —intervino su compañero, dándole una palmada en el hombro—. Bebió demasiado con unos amigos y lo he cargado en el coche para que no le levanten expediente. ¿Qué se va a hacer? Al fin y al cabo, es un compañero.

Algo pasó en aquel instante que les hizo mirar a ambos por la ventanilla junto a la que estaban apestados. El coche perseguidor había redoblado la velocidad y se les venía encima inevitablemente.

—¡Aumenta la velocidad, Benchi! —gritó con desesperación el agente del servicio secreto militar.

Pero era imposible. El «Chrysler» no daba más de sí… Su velocidad era impresionante, como para poner los pelos de punta a cualquier espectador. De no haber sido por la gran pericia de Benchi, se hubiesen estrellado. El otro les seguía como una exhalación, loco, furioso, igual que un huracán, próximo, también, a estrellarse contra cualquier árbol de un recodo de la carretera. La tensión creció al ver como sus perseguidores les ganaban distancia por segundos. Entonces comenzaron Jimmy y su compañero a disparar, pero, inevitablemente, el otro coche negro se les venía encima. El rugido de los motores junto con el chillido de las ruedas a cada viraje, daba a aquella escena un ambiente escalofriante que tensaba los nervios de Jimmy, y cuando el coche negro logró situarse cerca del «Chrysler», los fogonazos rápidos e intermitentes de dos pistolas ametralladoras tabletearon en sus costados enviando ráfagas de muerte sobre el coche de Jimmy.

Instintivamente, éste y su compañero se acurrucaron sobre el

asiento, pero una sacudida les lanzó al fondo. El «Chrysler», averiado en sus ruedas traseras, no había podido hacer un viraje, precipitándose sobre la valla de la carretera. Rápidamente se incorporó Jimmy, pero el coche estaba abandonado a su ciega potencia, haciendo zigzags impresionantes a campo traviesa y, de repente, un corpulento árbol… Jimmy se lanzó sobre el volante… pero era ya tarde. El «Chrysler» comenzó a arder dramáticamente bajo un olmo centenario a más de cien metros de la carretera.

Cuando Jimmy abrió los ojos, con lo primero que se tropezó fué con un techo pintado de blanco. Después, con los pies de una cama y a su derecha el rostro de Vanderberg que le miraba sonriente, Jimmy se incorporó sintiéndose un poco dolorido, y preguntó alarmado, dirigiéndose a su jefe:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha pasado? ¿Y mis compañeros? ¿Han capturado ustedes a los espías?

—Cálmese, cálmese, amigo Jimmy. Comprendo que usted no está acostumbrado todavía a cierto género de equívocas circunstancias, pero esto le servirá de experiencia. Las cosas han ocurrido de muy distinta forma a como usted lo cree, pero, en fin, los comienzos no son malos. Sin proponérselo, ha hecho usted un gran servicio a la nación. ¿Puede usted levantarse? Afortunadamente, sólo ha sufrido usted una ligera conmoción y unas contusiones sin importancia.

Jimmy se quitó las sábanas que le cubrían y sentóse en la cama, poniendo los pies sobre una pequeña alfombra en el suelo, mientras miraba a Vanderberg con extrañeza.

—Sigo sin comprender todavía.

—Bien, empezaremos. Primero eche una hojeada a esta columna en primera plana.

Jimmy cogió el periódico que le entregaba Vanderberg y leyó los titulares en la columna que le señalaba, cambiando de color y poniendo en su cara un gesto de asombro y sorpresa. Rápidamente terminó el resto:

> «El comandante Jimmy Sobral, recientemente venido del frente de Europa y condecorado con la medalla del Congreso, que gozaba de un permiso en Washington, ha muerto esta

madrugada en un accidente de automóvil en el kilómetro 224 de la carretera de Nueva York, al despistarse el vehículo que ocupaba en compañía de un funcionario civil del Pentágono y dos amigos más, quienes encontraron la muerte también junto con el valeroso soldado».

Después, seguía explicando ciertos detalles esporádicos.

—¿Pero qué significa esto? —preguntó Jimmy, dejando el periódico sobre la cama.

—Tuvimos noticias de que Joe Spring había sido asesinado —dijo Vanderberg, con una sonrisa—. Y entonces decidimos vigilarle a usted más estrechamente de lo que habíamos pensado.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —repuso Jimmy.

—En el coche que viajaba, ¿no notó usted algo anormal que le llamara la atención, respecto a los que le acompañaban?

—Sí, uno de los agentes, según me dijeron, iba algo borracho, un poco amodorrado.

—No estaba borracho, amigo Jimmy, estaba muerto. Ése era Joe Spring, el agente del
F. B. I.,
el cual había sido oficialmente encargado de su misión, como le dije.

—Entonces… ¡los otros dos…! —exclamó Jimmy, estupefacto.

—Los otros dos eran espías al servicio del Japón. ¿Comprende ahora, Jimmy? Se ha publicado la noticia de su muerte para que deje usted de ser una preocupación para el enemigo. Desde ahora, es usted otro. El comandante Sobral ha muerto. Ahora es usted un comando misterioso, cuyos datos personales y ficha de servicios no constarán en el registro del Pentágono. Solamente sabremos de su existencia el general y yo. ¿Ha comprendido?

Jimmy sonrió entusiasmado, cambiando un gesto de inteligencia, y estrechó la mano de Vanderberg.

II

Un colosal aparato, el tipo más rápido de los «B-29», de las fuerzas aéreas norteamericanas, surcaba el espacio, taladrando con sus potentes motores la obscuridad de la noche. Volaba a unos mil metros de altura sobre las aguas del inmenso océano Pacífico, y transcurrida una hora escasa, cruzaría el cielo de las Filipinas, si no se veía su vuelo obstaculizado por la defensa aérea japonesa. Hasta ahora había viajado sin novedad desde San Francisco hasta las islas Hawai, donde repostó de carburante sin que le fuera permitido a ninguno de sus tripulantes bajar a tierra. Y apenas cargó de gasolina y algún otro pertrecho y terminaron los mecánicos de la base militar la revisión del motor, se remontó nuevamente para emprender la escala más larga, arriesgada y peligrosa que le quedaba.

En su largo recorrido había esquivado, para no llamar la atención y, al mismo tiempo, para su seguridad, la isla de Wake y el archipiélago de las Marianas por el norte y enfiló la ruta suroeste en busca de la isla de Luzón, sobre la que, una vez cumplido su objetivo, tendría que continuar forzosamente rumbo a una base de China, no ocupada por los japoneses.

Jimmy fumaba, sentado en un banco de la carlinga central en compañía del segundo piloto. Ojeaban un mapa del sector donde iba a ser arrojado Jimmy y discutían los últimos detalles. Todo el pertrecho de Jimmy se encontraba, cuidadosamente prepara sobre el suelo, alrededor de la compuerta de lanzamiento, y en aquel momento sonó una llamada procedente de la cabina de mandos, levantándose el segundo piloto, que conectó el altavoz.

—Dime, Keny.

Una voz bien timbrada pero chillona se oyó en el disco metálico.

—Treinta minutos faltan para volar sobre el objetivo. Estad

preparados.

—Está bien, Keny. ¿Qué tal el tiempo?

—Volamos sobre un techo de nubes y el barómetro ha descendido. Seguramente llueve. Parece que se confirman los datos meteorológicos que poseemos.

—Está bien. Avise en cuanto hayamos franqueado la costa.

Jimmy arrojó la punta del cigarrillo que sujetaba entre sus labios y dejando el plano que ojeaba, sobre el banco, se levantó y comenzó a cambiarse de ropas. Colocóse finalmente una especie de mono impermeable cerrándolo perfectamente con una cremallera, y después, se abrochó con unas correas las mangas y los bajos del pantalón sobre las tobilleras de las botas. Se encasquetó sin prisas el casco de acero y el segundo piloto le ayudó a colocarse una bolsa con municiones sobre el pecho, que sujetó fuertemente con correas a la espalda. Revisó cuidadosamente el fusil ametrallador, corto y poco pesado que debía de llevar consigo, poniéndole munición y después se ciñó al cinto un cuchillo y una pistola del nueve largo.

El segundo piloto consultó su reloj y le hizo un gesto a Jimmy. No tardarían mucho en pasar sobre la costa. Jimmy sentíase profundamente emocionado de volver otra vez a la tierra que tanto cariño le tenía, el escenario de su juventud, que equivalía a los mejores años de su vida, y se sonrió interiormente al pensar de la forma que efectuaba este regreso.

Sonó la llamada de la cabina de mandos y la voz del piloto dejóse oír.

—Estamos atravesando la costa. Sin novedad aparente. Faltan exactamente once minutos. Estad preparados.

—Bien, Keny —contestó el segundo piloto—. ¿Has revisado cuidadosamente la ruta y nuestra situación?

—Todo marcha perfectamente.

Jimmy, en silencio, se colocó el fusil ametrallador en su parte delantera, pasándose la correa del mismo por el cuello y cogiendo el paracaídas, se lo colocó a la espalda ayudado por el segundo piloto, sujetándolo con las correas al pecho, a la cintura y a la parte superior de los muslos. El momento cumbre estaba próximo.

Abrieron la compuerta sobre el piso de la carlinga y apareció el vacío, obscuro y tenebroso. Jimmy sentóse al borde con las piernas hacia afuera. El segundo piloto enganchó la anilla del paracaídas a

la correa que estaba asida a una varilla de hierro de la carlinga, para abrir el paracaídas en el momento del lanzamiento, y Jimmy, sujetándose a la barbilla el pasador del casco de acero, hizo señas al segundo piloto para que le diese un cigarrillo. Jimmy comenzó a fumar tranquilamente, en espera de la orden final.

Conectó el segundo piloto con la cabina de mandos avisando que estaban preparados y volvió junto a Jimmy revisando nuevamente la anilla del paracaídas. Jimmy fumaba con aparente tranquilidad esperando el «gran momento».

No era la primera vez que se lanzaba desde un avión. En la campaña de Italia ya lo había hecho varias veces y recordaba el asalto a la isla Pantelaria que fué su bautizo como comando. A pesar de su experiencia, convenía en que, para él, el momento más penoso de la empresa era el que precede al lanzamiento, pero ahora resultaba distinto. Iba a comenzar la gran aventura y esto le envolvía en una inquietud excitante, mitad de misterio y mitad de entusiasmo, que le mantenía en una tensión extraña. Nunca había sentido una sensación tan rara y desconcertante como en aquellos momentos, y pensó que tal vez la originara instintivamente la naturaleza secreta de su empresa y la enorme responsabilidad que Vanderberg había depositado en sus manos. ¿Quién sabe? Quizá la proximidad de su tierra, que discurría, velada por las nubes, bajo sus pies, el deseo de volver a ver Manila y Lingaven, o simplemente el recuerdo del asesinato de sus padres. Y apretó las mandíbulas en un gesto de rabia, mientras que, como un relámpago, pasaba por su mente la imagen de aquella terrible escena vivida hacía unos años. Y el rostro de Shumiko volvió a asaltarle nuevamente en su memoria. Pero se acordó de las palabras de Vanderberg: «El deber está siempre por encima de los asuntos personales».

La llamada de la cabina de mandos interrumpió sus pensamientos, avisando:

—Preparados. Falta un minuto.

—De acuerdo, todo preparado —contestó el segundo piloto, con voz tranquila y sosegada.

Jimmy recordó en aquel instante, como solía ocurrirle siempre que le venía a la memoria cualquier suceso inmediato, el incidente con los espías japoneses en Washington y le irritaba cada vez que recordaba la osadía de aquellos individuos que ingenuamente le

habían hecho viajar con su compañero a la vista, asesinado, mientras disparaban sobre los propios agentes del servicio secreto militar.

La voz del piloto volvió a interrumpirle de nuevo con su aviso.

—Faltan treinta segundos. Preparados.

Jimmy dió varias chupadas seguidas al cigarrillo, lanzando luego la colilla, al espacio y comenzó tranquilamente a ponerse los guantes. El altavoz prosiguió con ritmo pausado y lento:

—Quince segundos… diez… preparados… ¡Ahora!

Jimmy hizo una seña con la mano al segundo piloto que, veterano en estas cosas, le miraba con la mayor tranquilidad, despidiéndose, a lo que él correspondió con un «buena suerte», y dejándose resbalar sobre el borde de la compuerta, cerró los ojos, lanzándose al espacio.

Por un momento, le ensordeció el rugido de los motores del aparato. Después, la sensación de angustia que provoca un descenso rápido, como si todas las vísceras del organismo fueran a contraerse; acompañado de un calambre nervioso y a los pocos segundos una sacudida no muy violenta indicando que flotaba en descenso.



Después la sensación de angustia que provoca un descenso rápido...

Jimmy abrió los ojos, respirando profundamente varias veces para hacer desaparecer la opresión que sentía por la corta caída rápida, y notó que su descenso respondía con normalidad, y que todo marchaba perfectamente. Levantó los ojos hacia arriba y como una medusa blanquecina iluminada por la débil claridad de las

estrellas, vio la rosa de su paracaídas hinchada por el viento fresco que soplaba ligeramente del norte y que mitigaba, hasta hacerla desaparecer, la tensión nerviosa de sus músculos. Y una sensación de bienestar le embargó durante unos momentos, haciéndole olvidar los posibles peligros que le esperaban cuando sus pies tocaran tierra firme.

Jimmy se preparó para cruzar la barrera de nubes bajas a la que se iba acercando y se colocó en bandolera el fusil ametrallador, con el fin de tener más libertad de movimiento cuando llegara a tierra. Tenía suerte, pensó, pues aquellas nubes bajas le ocultaban completamente de cualquier mirada enemiga indiscreta y de esta forma, antes de que nadie se diera cuenta, aterrizaría. De no haber cometido un error de cálculo el piloto, los guerrilleros estarían esperando su llegada. No se había radiado ningún mensaje desde el avión para tomar contacto con los guerrilleros filipinos y anunciarles su pronta visita, porque según las instrucciones de Vanderberg, debía evitarse cualquier mensaje próximo para no alarmar al enemigo si por casualidad lo captaba, que era lo más seguro, ni facilitarle, de esta forma, una pista. Las instrucciones al estado mayor de los guerrilleros ya habían sido dadas desde Hawai y esto bastaba.

Comenzó a atravesar la barrera de nubes bajas y pronto se vió envuelto por aquel denso vapor de agua, tibio y húmedo, que soportó con fastidio, como siempre le había ocurrido en semejantes circunstancias, por aquella sensación desagradable que se experimenta al licuarse el vapor en las ropas y en la cara y que, después, el vientecillo se encarga de enfriar, a veces hasta un extremo intolerable. Por eso tal descenso, aun en climas cálidos, requiere el ir equipado con vestidos impermeables sobre prendas de lana, con el fin de aislar el cuerpo del frío y evitar congestiones por las bajas temperaturas que origina en muchas ocasiones.

A los pocos segundos, una vez atravesada la sábana de nubes que le envolvía, apareció a sus pies el paisaje rocoso, envuelto en la obscuridad de la noche, con sus grandes montañas y bosques, velados ligeramente por la neblina de la lluvia fina, precipitada en remolinos y ráfagas caprichosas, que el vientecillo del norte formaba en el espacio, mojándole, a su vez, el rostro. Y allá, en la lejanía, recortándose en el horizonte, Jimmy vió la figura esbelta y

escarpada, familiar a sus ojos, del monte Mayonel, volcán de la isla, levemente humeante y que en 1900 dió el gran susto a los habitantes de los pueblos cercanos de Camalig, Guinobatan, Ligao y tantos otros afectados por la catástrofe. Recordó la leyenda que sobre el volcán existía desde su primera erupción en 1616, según se recordaba a través de las generaciones indígenas de la isla, aunque probablemente su existencia fuera tan antigua como el archipiélago, y que su madre le contaba cuando él era pequeño, muchas noches antes de dormirle. Pero no podía detenerse en aquellos momentos con semejantes especulaciones, ya que se encontraba en plena zona de peligro y notando, con disgusto, que el viento comenzaba a arreciar en la zona por donde atravesaba desviándolo en dirección sureste.

La llovizna seguía cayendo intermitente, alegrándose él de que así sucediera, ya que esto sería la causa de que llegase antes a tierra al empapar el agua el paracaídas, y, con ello, aumentar su peso.

Pero de repente, se sobresaltó al ver bajo sus plantas unos fogonazos y percibir el eco de unos disparos entre la espesura del bosque y matorrales que, como una informe mancha negra, se extendía en jibas multiformes a unos doscientos metros bajo sus pies. Esto le hizo aguzar el oído y la vista, con la angustia peculiar en tales situaciones, en las cuales uno tiene la sospecha de ser el blanco y la causa de tales disparos. Pero al poco rato pudo comprobar con satisfacción que no era así. ¿Qué ocurriría abajo? Seguramente un pequeño encuentro de las fuerzas de ocupación japonesas con los guerrilleros, una de esas escaramuzas de hostigación tan frecuentes en cualquiera de las islas ocupadas por el enemigo.

Los disparos se sucedían sin cesar, arreciando la violencia de la lucha y, de pronto, hacia la parte oeste del sector, comenzó a oírse el tableteo, un poco apagado por el viento y la lluvia y por la distancia, de un fusil ametrallador. Jimmy aguzó el oído. No cabía duda de que aquella arma pertenecía a los guerrilleros. Conocía demasiado bien el sonido de la que él llevaba en bandolera. Ahora lo importante era que, enfrascados en la reyerta, no le divisaran en su descenso, pues, aunque saliera en bien del paso, los japoneses del grupo informarían de su presencia al estado mayor y cundiría la alarma. Y esto era lo que no debía ocurrir. Pocas posibilidades

había de que tal cosa pudiese suceder, ya que la visibilidad era bastante mala a causa de la lluvia, pero la inquietud y la duda mantuvieron en tensión a Jimmy hasta el momento en que rozó la copa de los árboles con sus pies.

Y lo que él temía, sucedió. Atravesó el espeso follaje de unos encinares corpulentos y enredándose las cuerdas del paracaídas en la espesura de sus copas, quedó suspendido, preso entre los tirantes bien tensados y la obscuridad casi absoluta que le envolvía.

Por un momento, Jimmy se quedó desconcertado sin saber a qué altura estaría del suelo y qué determinación tomar. Los disparos de la lucha entre japoneses y guerrilleros, se sucedían, calculó, a una distancia de unos quinientos metros y si la lucha se desplazaba hacia allí y era sorprendido en aquella actitud, lo pasaría mal. Por ello necesitaba tomar una rápida determinación. Pensó cortar las correas y lanzarse al suelo, pero ¿y si se encontraba a mucha altura? Pronto lo sabría, aproximadamente. Se desató la correa del casco y, cogiéndolo con ambas manos lo soltó, prestando atención al tiempo que tardó en oír el choque con el suelo. Quince metros, poco más o menos. ¡Truenos! Había para matarse, por lo menos para romperse un hueso, y esto no le convenía. Braceó a su alrededor, sin tocar nada. Ni tan siquiera una rama a la que asirse, y quedóse unos momentos reflexionando. Comenzaron a oírse los disparos más cerca y esto le inquietó. Él no podía permanecer en aquella estúpida actitud, en aquella pasividad enojosa e incongruente con peligro de ser cazado como un pajarillo, y se le ocurrió la idea de trepar por los tirantes del paracaídas. Pero apenas lo intentó, convencióse de que llevaba demasiado peso encima y, además, corría el riesgo de enredarse entre los numerosos hilos, lo cual sería peor.

Una nueva idea lo asaltó, poniéndola en práctica inmediatamente. Pero ¿qué ocurría? Los disparos de fusiles y pistolas sonaron cerca, tan cerca que los fogonazos se percibieron a través de la espesura del follaje. Todo lo más a unos cincuenta metros en dirección oeste. Parecía que la lucha se desplazaba hacia aquel lugar y había que obrar con una rapidez inusitada.

Comenzó a balancear las piernas y pronto su cuerpo adquirió un movimiento de péndulo que fue acrecentándose, describiendo en sus oscilaciones un ángulo cada vez mayor, con la pretensión de tocar a alguna rama a la que asirse, pero no lo conseguía. El fragor

de los disparos se acercaba por momentos y él no encontraba solución a su irritante y a la vez angustiosa situación. En una de sus oscilaciones, con los nervios en tensión, redoblando a cada impulso sus esfuerzos, le pareció oír el silbido escalofriante y mortífero de algunos proyectiles que, perdidos o incrustándose en algún tronco o matorral, pasaron debajo de sus pies.

Jimmy sudaba haciendo esfuerzos frenéticos y sobrehumanos, con el fin de aumentar el impulso de su movimiento pendulatorio y tropezar con una rama. Ello significaría su salvación y con este procedimiento tenía fe y seguridad de conseguirlo. Con los brazos extendidos hacia delante, en una de las oscilaciones, tropezaron sus manos con algo duro que, al repetirse, identificaron como una gruesa rama. ¡Al fin! Dos movimientos más, un poco más de impulso hasta así pegar con el rostro en la superficie curvilínea y rugosa de la rama, mientras se colocaba entre sus dientes el cuchillo que desenfundó del cinto y calculando con instinto certero el momento justo, cerró los brazos rápidamente, con la ligereza de un felino, asiéndose a una gruesa rama que nacía casi vertical del tronco, internándole en la espesura de su propio follaje.

Dio un profundo suspiro, respirando con fatiga por el titánico esfuerzo, mientras se asía también con las piernas y dejando un brazo libre, cogió el cuchillo de entre sus dientes, cortando con precisión las ligaduras que le sujetaban al paracaídas. Después se dejó resbalar por la rama hasta llegar al tronco, tocando con los pies otra rama más baja a la que descendió con cuidado, parándose un momento para tomar aliento.

Había cesado de llover y los disparos se oían a muy pocos metros de distancia, aunque no con tanta profusión. Parecía que la lucha, el encuentro, había cesado y uno de los bandos se defendía retirándose hacia donde Jimmy se encontraba. ¿Quiénes serían los que se retiraban? Jimmy aguzó el oído y oyó pasos no muy distantes. Sonaron disparos cerca de aquel sitio y rápidamente se colgó de la rama en la que descansaba unos momentos, deslizándose a tierra sin hacer el menor ruido. En esta ocasión su veteranía le valía mucho. Estaba acostumbrado a dar saltos sin producir el más leve crujido con sus botas al tocar tierra, a ver en la obscuridad y a oír el más leve roce del viento sobre una hoja o brizna de hierba. La guerra, el peligro de muerte que acecha en

cualquier parte, en el más leve movimiento de una mano, en esta clase de lucha que es la caza del hombre, exige un afinamiento de los sentidos, una especie de olfato instintivo y experiencia tales que reducen al hombre al tenso y estrecho ámbito de una fiera. Y Jimmy, sabía y estaba ejercitado demasiado en estos menesteres.

Rápidamente, preparó su fusil ametrallador y se deslizó entre unos matorrales, tumbándose en el suelo. Unos pasos leves, no muy lejanos, llegaron hasta sus oídos y dirigió su mirada hacia un claro del bosque frente a él, del cual vió destacarse, de entre los troncos de los árboles, tres sombras que caminaron hacia donde él estaba, procurando no hacer mido. De pronto, los tres hombres armados comenzaron a hablar por lo bajo entre ellos y el viento llevó unas palabras a los finos oídos de Jimmy: «Mosukoshi okiku hanashite kudasai». ¡Cielos! Eran japoneses. Y una oleada de sangre le subió al rostro, mientras apretaba fuertemente las mandíbulas. Dominó la tensión unos instantes y se apoyó el fusil ametrallador en el hombro. Los tres hombres siguieron avanzando y cuando estuvieron a unos diez pasos, Jimmy apuntó cuidadosamente y presionó el gatillo. Una ráfaga de metralla acompañada de un tableteo de muerte, escalofriante, vomitó aquel pequeño artefacto que palpitaba con violentas sacudidas en los brazos robustos y fuertes de Jimmy. Los tres hombres se doblaron aparatosamente en contorsiones espasmódicas y cayeron al suelo sin proferir ni un solo grito. Jimmy abandonó rápidamente su escondite y se internó en la espesura buscando el lugar de donde provenían los disparos aislados que todavía se escuchaban. Paróse detrás del tronco de un corpulento árbol, junto a un matorral, y escuchó. Sabía que su intervención no habría pasado desapercibida para los japoneses y en su retirada lo buscarían. De todas formas, tal vez hubiese cundido la alarma entre ellos y se verían obligados a retirarse con más cautela. El oriental es muy sagaz en el ejercicio de la caza del hombre, eso lo sabía muy bien Jimmy. Su astucia es ilimitada. Posee un oído y un olfato muy superiores a la generalidad de los hombres blancos, pero en Jimmy predominaba su naturaleza oriental por herencia materna y esto era una ventaja.

Nuevamente percibió pasos y se pegó al tronco del árbol que tenía delante, conteniendo la respiración, pero pudo apreciar que el sonido provenía de tres sitios distintos y algo distantes entre sí; eran

pisadas lentas, suaves, por lo menos de otros tres hombres que se retiraban con cautela y recelo.

En aquel momento se desgarraron las nubes y la luz blanca y espectral de la luna penetró en diagonal a través de aquellos desgarrones, iluminando el bosque de una manera clara y a la vez inquietante. Jimmy, para evitar su visibilidad, se agazapó rápidamente entre los matorrales pegados al árbol donde momentos antes estaba escondido y miró en la dirección que oyera las pisadas. Tres hombres, distanciados el uno del otro unos veinte metros, habíanse quedado parados al sorprenderle a causa de la luz delatora de la luna. Allí estaban, a pocos metros de su escondite, y por el uniforme eran japoneses. No le cabía la menor duda que su presencia había sido notada por el enemigo y prueba de ello era las precauciones que tomaban.

Jimmy se sonrió; acababa de ocurrírsele una idea, una diabólica y divertida idea; de algo tenía que servirle su veteranía. Cogió una piedra y cuando los tres soldados comenzaron a andar nuevamente hacia su escondite, la lanzó, cayendo ésta a espaldas de ellos. Ante el ruido que produjo al chocar con el suelo, se volvieron, asustados, los tres, quedando de espaldas a Jimmy. Éste se levantó entonces como una fiera, haciendo funcionar su fusil ametrallador con un coraje y una rapidez inusitada. Dos de ellos cayeron al suelo alcanzados de lleno por la ráfaga en el pecho, pero el tercero, con un instinto salvaje del peligro aprovechó la imposibilidad que Jimmy tenía, al estar los tres tan distantes, de obrar con más rapidez, arrojándose al suelo y desapareciendo entre unos matorrales.

Jimmy hizo lo propio, colocándose el fusil ametrallador en bandolera y se arrastró detrás de unos zarzales que había a la izquierda de donde antes estuviera escondido, empezando la auténtica caza del hombre, a sangre fría, salvaje y feroz, en la que el más ínfimo error, duda, vacilación, o cálculo impreciso, significa la muerte.

Jimmy calculó su situación de lugar con la probable de su enemigo y apoyándose en una referencia puramente instintiva, intuyó las probabilidades que existían de que el otro se desplazara en una determinada dirección. Había que sorprenderlo por la espalda, pues de cara un japonés es extremadamente peligroso. Son

muy rápidos y arriesgados y en esta clase de lucha muy experimentados y astutos.

Reuniendo toda su sangre fría, y serenidad, con los músculos en tensión, comenzó a arrastrarse con lentitud y sin hacer el menor ruido, semejando a la pantera cuando quiere sorprender a su víctima.

Jimmy escrutaba el más leve movimiento de todo cuanto le rodeaba, con detenimiento, sin prisa, pues el valor de tal lucha está en saber diferenciar el movimiento de una hoja movida por el viento o por el roce de un cuerpo humano; esto es primordial, y escuchaba, al mismo tiempo, todos los ruidos leves y apenas perceptibles peculiares del bosque, en cuya diferenciación con los que produce la presencia del hombre, aun extremando su silencio o su quietud, radicaba en aquel momento la conservación de su vida.

Jimmy, arrastrándose, rodeó por la derecha el lugar donde suponía se encontraba su enemigo y llegado a unos matorrales, se tendió, después de mirar a su alrededor, y pegó su oreja al suelo. La luz de la luna, a cada momento que pasaba se hacía más intensa y delatora; esto era un gran inconveniente porque aumentaba las desventajas para ambos, ya que suponía tener la vista y el oído en su máxima plenitud.

De pronto percibió unos pasos que se acercaban y, levantando ligeramente el rostro, vió un grupo de cinco japoneses que huían, seguramente, perseguidos por los guerrilleros, mientras sonaban unos disparos algo distantes. Buena oportunidad, pensó, para hacerse con ellos, pero no le era posible; su rival le hubiese matado instantáneamente. Quizá aquél al que buscaba también desease marchar, correr, huir, pero tampoco le era posible; Jimmy lo hubiese cazado enseguida.

Se arrastró junto a otro matorral que tenía enfrente y esperó a que el grupo de los cinco soldados desapareciera en el bosque. A su derecha algo se movió y empuñó fuertemente su pistola conteniendo la respiración. Oyó un ruido casi imperceptible y unas hojas de un matorral bastante grande situado a sus espaldas se movieron. Jimmy se sonrió. Aquel ruido no era causado por un ser humano, sino por algo poco pesado lanzado desde el otro extremo del matorral con el fin de llamar su atención y dar una situación falsa.

Jimmy, rápidamente, calculó que para arrojar un cuerpo en la dilección que éste había sido lanzado, su enemigo debía estar situado al final del matorral y de espalda a la parte izquierda… y con la máxima cautela, sin hacer el menor ruido, con los músculos tensos y las mandíbulas apretadas, conteniendo la respiración, se dirigió arrastrándose hacia aquel lugar. Pero antes de doblar aquellos zarzales, a un metro de distancia, aparecieron ante sus chispeantes ojos los pies de su enemigo que estaba tendido en el suelo esperándole… pero por la otra parte.

Jimmy dió un salto tremendo, salvaje, para cogerlo por la espalda, pero el otro, que también se mantenía en tensión contra el peligro, en el leve transcurso de una centésima de segundo se revolvió, esquivando el disparo de Jimmy, mientras que, con la agilidad de un simio, se lanzó a las piernas de éste haciéndole rodar por el suelo. Jimmy cayó de bruces y, volviéndose rápido, empujó con el pie en el pecho al soldado japonés, que se le venía encima empuñando un cuchillo, el cual dió varias vueltas en el suelo aparatosamente. En menos de un segundo volvieron a levantarse los dos contrincantes y el japonés, furioso, arrojó su cuchillo contra Jimmy, que lo esquivó, yendo a clavarse en el tronco de un árbol con unas vibraciones escalofriantes. Jimmy recogió con presteza su pistola del suelo y antes de que su enemigo tuviera tiempo de empuñar la suya, sonaron dos disparos y el japonés, llevándose las manos al vientre, cayó de bruces, retorciéndose en su agonía.

Jimmy contempló a su enemigo en tierra y, recobrando la tranquilidad, enfundó su pistola en el cinto. Pero a sus espaldas sonaron, lentas y pausadas, unas palabras que le dejaron frío.

—No se mueva, levante los brazos.

Ante la sorpresa, Jimmy no comprendió bien en qué situación se hallaba, pero reaccionando, notó que aquellas palabras habían sido pronunciadas en inglés correcto, pero en un tono raro, algo aflautado, sedoso y blando, un poco forzado, queriendo llegar a la energía y virilidad del tono masculino, pero sin conseguirlo.

Jimmy, con los brazos en alto, volvió un poco el rostro y quedóse mirando a un extraño soldado con casco de acero americano que, a unos diez metros de distancia, le apuntaba con un fusil ametrallador igual al suyo. Creyó que se trataba, tal vez, de un guerrillero filipino, pero ante la duda guardó silencio y decidió

esperar. Aquel soldado de estatura pequeña lanzó un prolongado silbido y a los pocos instantes se oyeron pisadas, rodeándole un grupo de hombres que le apuntaban con sus fusiles y le miraban con curiosidad, en silencio.

Jimmy no perdía de vista aquel extraño personaje de voz aflautada que le había sorprendido y, posiblemente, había presenciado su lucha con el japonés. Le intrigaba su contextura, que más bien parecía de una mujer que de un hombre, aunque la firmeza de su actitud hacíale dudar en su apreciación. Uno del grupo dijo en voz alta:

—Parece un soldado americano; tal vez…

—Calla, Panlilio.

Interrumpióle aquel extraño ser, de una manera enérgica, pero sin dureza en su acento. A Jimmy no le cupo ya la menor duda de que se trataba de una mujer, la cual entregó el fusil ametrallador que empuñaba a uno de los hombres que tenía al lado y, dando unos pasos, se acercó a Jimmy enfocándole con una linterna eléctrica para verlo más detenidamente.

—Sí, en realidad —dijo en voz alta y en tono reflexivo—, es un soldado norteamericano… Tal vez sea el que esperamos… ¿Traes alguna contraseña?

Lo preguntó a Jimmy con naturalidad, mirándole de frente y a los ojos. La luz lunar daba de lleno en aquel rostro moreno, curtido por el viento de la montaña, pero de rasgos redondeados y tensos enmarcando unos ojos pequeños pero negros y penetrantes, con un brillo especial, donde la ternura, la ingenuidad y la firmeza de carácter formaban una extraña mezcla, de efecto impresionante y a la vez sugestivo. A Jimmy le llamaron poderosamente la atención aquellos ojos vivos, su naricita levemente aplastada a la altura de los ojos, y sus labios, rojos y frescos, perfectamente dibujados.

—Nunca creí que una mujer pudiese cazarme de esta forma… pero, en fin, ¿quiénes sois vosotros?

—Guerrilleros en lucha contra el Japón —dijo la muchacha, imperturbable—. Y no perdamos el tiempo: ¿tienes alguna contraseña?

—«Filipinas libre» —dijo Jimmy sonriente.

La muchacha se acercó tendiéndole la mano, la que estrechó Jimmy, mientras el resto de los hombres lanzaba un hurra de júbilo.

—Bienvenido entre nosotros y te felicito por tu valentía; ya me han dicho mis hombres que has dado muerte a seis japoneses; yo misma he presenciado tu pelea con el último.

Lo dijo sonriendo amistosamente. Jimmy quedó algo perplejo por aquellas palabras; había dicho «seis hombres»… ¡Demonios!, ¿quién era aquella mujer? Los demás del grupo corrieron hacia Jimmy estrechándole la mano también y felicitándole por su hazaña.

Ella quitóse el casco de acero que le cubría pesadamente la cabeza, apareciendo una cabellera negra y sedosa, recogida sobre la nuca con gracia y sencillez, en la que la luna ponía unos débiles reflejos azules. Jimmy, sin hacer caso de las palabras halagadoras de los guerrilleros que le rodeaban, preguntándole mil cosas superfluas, miraba sin cesar a aquella extraña criatura de caracteres tan raros como deliciosos, cuya influencia y atracción sentía Jimmy de una manera extraña. Ella, un poco alejada, le miraba también, sonriendo entre curiosa y complacida, dejando en Jimmy una desconcertante impresión de misterio e interés.

Fueron apareciendo poco a poco los hombres que regresaban de perseguir a los japoneses vencidos y varios de ellos comunicaron a la muchacha que habían encontrado un paracaídas enredado en la copa de unos encinares a unos cincuenta metros del lugar. La muchacha dió orden para que fuese rescatado y después que se hubo efectuado dicho rescate, para no dejar un posible rastro a los japoneses de la llegada de Jimmy, mientras recogieron a los heridos que había y se enterraron los muertos, la muchacha dió por terminada la operación, comenzando la marcha de regreso por la montaña al campamento.

La muchacha, que iba vestida con pantalón kaki del ejército, botas claveteadas y camisa con bolsillos, de mangas cortas, caminaba delante del grupo compuesto de unos cincuenta hombres, entre ellos algunos chinos; todos gentes aguerridas y valientes. Algunos que no habían querido someterse a las leyes de ocupación y otros que, por ser enemigos declarados de los japoneses, y perseguidos, encontraron su única salvación en las montañas. Había varios, y éste resultaba el más triste de los casos, eran los únicos supervivientes, huidos como fieras acorraladas, de familias enteras desaparecidas por la represión de los ejércitos japoneses en la

ocupación.

Jimmy caminaba unos pasos detrás de aquella mujer incansable, ágil y diestra en la marcha por la montaña, admirándose a cada instante de las cualidades y aptitudes especiales que en cada momento denotaba. A uno de los que iba a su lado preguntó intrigado:

—¿Quién es esta muchacha?

—No lo sé —repuso aquel guerrillero, de talla corta y cara achatada—. Sólo puedo decirte que es nuestro ídolo y nuestro capitán; este nombramiento le dió el Estado Mayor… Es poco comunicativa y solitaria, cariñosa, pero dura en la disciplina: mas, eso sí, muy valiente. Cualquiera de nosotros se dejaría matar antes que le pusieran un dedo encima.

Jimmy se quedó mirando asombrado al combatiente filipino y después miró a la muchacha, cuya figura elástica y femenina, a pesar de su atuendo, se recortaba en la penumbra de la noche. «¡Truenos!», pensó. «Capitán de guerrilleros…». Aquello sí que era asombroso. Y una corriente de admiración y simpatía hacia la muchacha experimentó dentro de su corazón con la misma sinceridad que cualquiera de sus hombres. Y sintióse contento de participar del mismo sentimiento de aquellos valientes que le rodeaban, comenzando a silbar alegremente.

—¡Silencio! —cortó la muchacha, volviéndose rápidamente. Al ver que el causante era Jimmy, suavizó su tono—: Perdona, pero las ordenanzas nos prohíben emitir sonidos que puedan llamar la atención. Es peligroso.

Jimmy sólo acertó a disculparse con una sonrisa un poco boba y observó que todos, en silencio, le miraban con una expresión de reproche. Reanudó la marcha el grupo y Jimmy se censuró a sí mismo por aquella ligereza. En realidad, aquel carácter le atraía… aquella mujer tenía un encanto y un temple especial que jamás había encontrado en ninguna… Y el misterio de su personalidad, aquella extraña y rara belleza de su rostro, tendían un cable poderoso en su corazón que le acercaba irremediablemente a ella.

Ya llevaban un par de horas caminando, cuando se detuvo el grupo y uno de los dos hombres que caminaba al lado de la muchacha se llevó las manos a la boca emitiendo un sonido gutural, fuerte y prolongado como si fuera el grito de un animal salvaje.

Jimmy observó que se encontraban ante la entrada de un desfiladero formado por dos picos escarpados y abruptos, poblados de una vegetación espesa y exuberante. El grito fué contestado a los pocos segundos por otro distinto y gutural también, dando al paisaje un ambiente de misterio impresionante. Otra vez el nuevo individuo volvió a lanzar un grito distinto al primero, y como Jimmy pusiera una expresión de extrañeza, uno de los guerrilleros le aclaró:

—Es la señal de que traemos heridos y pide ayuda.

A los pocos minutos aparecieron sobre la entrada del desfiladero un grupo de hombres armados y detrás otro grupo llevando varias camillas rústicas, hechas de madera del bosque y de un tejido basto y fuerte fabricado de una manera primitiva por los habitantes de las aldeas del interior de la isla, quienes se acercaron a la muchacha saludando militarmente. De entre ellos se destacó un hombre alto, de complexión fuerte, moreno, de unos cuarenta años, quien se quedó mirando fijamente a Jimmy acercándosele seguido de la muchacha.

—Mi comandante —dijo la joven con la mayor serenidad y disciplina, refiriéndose a Jimmy—, le presento al huésped que esperábamos; por cierto, que se ha portado como un valiente. Ha colaborado con nosotros en la lucha que hemos sostenido con los japoneses.

—Le felicito —dijo el comandante de guerrilleros Arturo Magalona, estrechando la mano de Jimmy—. Y me alegro de conocerle. Ya tengo instrucciones de Washington y estoy a su disposición.

—Gracias —repuso Jimmy sonriendo.

Se puso en marcha el grupo, después de acomodar a los heridos en las camillas de campaña, encabezado por el comandante, la muchacha y Jimmy, y pasada la entrada del desfiladero, en cuyos picos veíanse centinelas armados, comenzaron a ascender por una de las escarpaduras cuyas sendas y atajos conocía perfectamente la muchacha, que hacía de guía. La ascensión se hizo penosa en mitad de la montaña, cuya entrada al pequeño valle que formaba aquella cadena montañosa estaba guardado por la boca del desfiladero que habían dejado atrás, pero aquellos hombres duros, familiarizados por una larga campaña de experiencias y penalidades, con la

hostilidad y dureza del paisaje y del medio en que vivían, movíanse con una seguridad pasmosa, en la noche, discurriendo por sendas y vericuetos extremadamente estrechos, junto a barrancos cuya altura impresionante producía a Jimmy escalofríos.

Era de admirar la pericia de los que conducían las angarillas de los heridos, cómo sorteaban con la mayor seguridad y firmeza todos los obstáculos que les salían al paso, algunas veces con riesgo de sus vidas, sin que el herido sufriera demasiadas incomodidades o violencias.

Llegaron al campamento, formado de numerosas chabolas y cuevas naturales en las rocas, produciéndose gran algazara entre el grupo que regresaba y los que salieron a recibirles, e inmediatamente fueron conducidos los heridos a una gran gruta habilitada para hospital, donde les atendieron dos médicos que se encontraban en el campamento, huidos de Manila. Entre la población del campamento, que llegaría a reunir unos dos mil hombres, se encontraban algunas mujeres y chicos, que auxiliaban en las tareas de avituallamiento, cocina y reparación de ropas, y algunas servían de enfermeras, ayudantes de los médicos. Pero ninguna poseía el rango y el prestigio que gozaba aquella rara mujer que había sorprendido a Jimmy. Pero lo que más le llamó la atención fué que el hospital y las dependencias militares del estado mayor del campamento poseían luz eléctrica, que, según le explicaron, la generaba una dínamo movida por el manantial cercano, el cual, a su vez, les abastecía de agua.

También poseía el campamento una emisora receptora de radio para comunicarse con la central, que era ambulante y nadie sabía dónde estaba, y con los guerrilleros del resto de la isla. Los servicios de comunicaciones fuera de la isla eran efectuados a través de la emisora central que servía de enlace.

Las conversaciones que sostuvo Jimmy con el comandante Magalona durante la cena, se prolongaron hasta bien entrada la madrugada, y en ellas Jimmy le expuso sus planes y el comandante le asesoró respecto a todos aquellos problemas que le podían salir al paso. Después discutieron y elaboraron un plan de coordinación y ayuda a su labor, facilitándole a Jimmy cuántos datos e informes sobre el particular podían serle útiles.

—Pero tropezamos con una dificultad —dijo Magalona con un

gesto de preocupación—. La única persona que puede conocer a fondo quienes son los elementos con los cuales podríamos entablar negociaciones, ha despertado sospechas de los japoneses y está sometida a una estrecha vigilancia. El general Homma la colma de atenciones, la lleva consigo a todas partes, pero sospecho que bajo todo ese tinglado de deferencias por parte del general, se esconde algún propósito desagradable. Ya conoce usted a los japoneses. Ella es una mujer china, muy inteligente y hermosa, pero no hace mucho tiempo recibí una petición suya suplicándome suspendiera de momento todo contacto con ella, pues su vida peligraba.

—No obstante —dijo Jimmy lanzando una bocanada de humo—, es necesario hacerse con esa mujer. El tiempo apremia y tengo órdenes tajantes de terminar este asunto en un plazo brevísimo. Es necesario que yo hable con ella sea de una forma o de otra, comandante.

El interpelado dió una chupada al cigarrillo que sostenía entre sus robustos dedos y después de un momento de reflexión que aprovechó para llenar nuevamente las tazas de café, miró fijamente a Jimmy.

—Bien, hablará usted con esa mujer. Va a ser un poco expeditivo y complicado el procedimiento, pero lo conseguiremos… Escuche…

Y el comandante expuso detenidamente el plan que en un momento había trazado mentalmente.

Cuando Jimmy abandonó el departamento del comandante Magalona para dirigirse al que le habían destinado, con el fin de descansar un rato, estaba amaneciendo. Descendió por un promontorio de rocas esquivando unos gruesos árboles y al doblar el sendero que se dirigía a la izquierda, quedóse contemplando unos instantes el paisaje que, en el horizonte, comenzaba a teñirse de púrpura. Aspiró varias veces el aire fresco que subía del valle, impregnado de aromáticos perfumes silvestres y continuó pensativo por el sendero en busca del lecho.

Pero en un recodo del camino se detuvo de repente, sorprendido al ver a la puerta de una chabola, camuflada bajo unos árboles, a la muchacha que había mandado el grupo de guerrilleros contra los japoneses hacía unas horas, objeto de su sorpresa. Jimmy esbozó una amplia sonrisa de regocijo y se acercó a ella.

—Hola, capitán; ¿qué tal va eso? —preguntó alegremente

Jimmy.

Ella le miró durante unos segundos y le contestó lacónicamente, mientras seguía cosiendo una prenda que tenía entre las manos.

—Hola.

Jimmy quedóse un poco perplejo ante aquel recibimiento tan frío, y a punto estuvo de marcharse, pero, no sabía por qué, algo le retuvo.

—Pero ¿tú también coses? —dijo para reanudar la conversación. Ella no levantó la cabeza.

—Aquí tenemos muchas obligaciones y es preciso trabajar. Si todos cumplimos con nuestro deber, todo irá bien.

—Sí…, claro, claro… Oye, ¿sabes que tengo una noticia para ti?

Ella levantó sus ojos interrogantes. Jimmy continuó:

—El comandante Magalona te ha designado para que me acompañes esta tarde a Manila; tenemos trabajo allí. ¿Te gustará venir?

—Qué importa eso. Una orden se ha de acatar, al margen de nuestros deseos. Lo importante es cumplirla.

Jimmy se quedó desconcertado; no había forma de entablar conversación con aquella mujer, y menos del género que él deseaba. Le resultaba fría, demasiado lógica, escueta, pero al mismo tiempo percibió en el fondo de sus ojos un temblor de sentimientos opuestos, mezcla de candor y de ternura, de vibraciones delicadas que querían esconderse continuamente por una razón de circunstancia o disciplina que ella se imponía a sí misma.

—¿Cómo te llamas? —preguntó por fin, tras de un silencio, Jimmy.

—Mi nombre es Dolores, pero todos me llaman Lolita.

—Pues es un nombre muy bonito.

—No sigas… Quedas exento de la obligación de formular piropos por pura cortesía.

—No, no… No es pura cortesía; me gusta tu nombre y nada más. Aunque… claro, me gusta más tu rostro… es muy bello, ¿sabes?

Ella se le quedó mirando fijamente durante unos segundos, de una forma extraña, inescrutable, a punto de decir algo, pero la frase no salió de sus labios. Apartó su mirada del rostro de Jimmy y siguió cosiendo en silencio. Jimmy, sin comprender qué se ocultaba tras de aquellos ojos negros y a veces penetrantes como alfileres,

encendió un cigarrillo.

—Oye, Lolita… ¿Has estado alguna vez enamorada?

—Sí.

Jimmy hizo una pausa; tal vez había rozado el motivo esencial que provocaba la actitud de la muchacha.

—¿Continúas enamorada?

—No.

—¿Tal vez… algún desengaño?

—No, amigo mío, no. No estoy enamorada porque el amor, así como anda suelto por el mundo, me parece una tontería, algo incongruente en manos de los hombres que lo transforman en trivial y sin sentido; y, además, porque estamos en guerra.

III

El público se agolpaba ante las taquillas del teatro «Metropolitan» de Manila. Tenía lugar un gran acontecimiento. Una compañía de «*ballet*» chino había llegado a Manila para dar un restringido número de representaciones en el lujoso teatro de la capital y el estreno se efectuaba aquella noche. Las localidades subieron de precio en la reventa, y aunque perseguida, hubo especuladores sin escrúpulos que vendieron sus localidades pensando en un buen negocio ante la expectación del público que, a última hora, se presentó a las puertas del teatro, dispuesto a adquirir un «*ticket*» al precio que fuese.

Todas las localidades estaban completas; el patio de butacas y los palcos, abarrotados por una muchedumbre de oficiales japoneses y gentes diversas, que hablaban y gesticulaban sobre el prestigio y la fama de la compañía que iba a representar el «*ballet*».

Según se decía, era algo de maravilla, un espectáculo jamás visto en Manila, y la gente sentíase excitada y curiosa, degustando de antemano el espectáculo. La verdad es que, si no hubiese sido por la cantidad de uniformes que se veían, experimentábase la sensación de no estar en guerra y menos en circunstancias de ocupación por un ejército enemigo. La gente se había desbordado como loca, ebria, queriendo apagar o condenar al olvido, aunque fuese por unas horas, la tragedia cotidiana que suponía en aquellos momentos vivir en continuo fermento y terribles represiones. Pero la guerra es así; el hombre quiere olvidar que puede morir mañana, tal vez dentro de una hora, y esto le basta. Agacha la cabeza y resiste hasta lo increíble. Y es que en todas las pruebas a que la humanidad ha sido sometida, ha demostrado poseer una capacidad de resistencia y sufrimiento sin fondo, infinita. Los tiempos duros, decía la gente, habían pasado. Los dos primeros años de ocupación fueron terribles, pues la población no había querido ceder a las exigencias de las

leyes de guerra japonesas, llegando incluso a la resistencia armada, y como consecuencia, se desencadenaron tremendas represalias en gran escala, convirtiendo el archipiélago en un infierno. Los japoneses tuvieron que ceder un poco en su política de trato y éste era el motivo por el que la gente se sentía más aliviada de sus temores. Pero, aun así, en cuando un hecho olía a resistencia filipina a favor de Norteamérica, las autoridades japonesas eran implacables. No obstante, como todo es relativo, a pesar de que las ejecuciones y fusilamientos en masa seguían, aunque en menor escala, la gente se consolaba con esto.

En el teatro habían sido tomadas ciertas precauciones y aumentada la vigilancia, ya que se esperaba la asistencia de las autoridades del gobierno de ocupación a la representación del «*ballet*». La gente comenzó a impacientarse, debido a que pasaban diez minutos de la hora anunciada para el comienzo de la representación, pero guardó silencio, comprendiendo que hasta que no llegaran las autoridades japonesas no empezaría el acto.

A los pocos minutos comenzó la orquesta a interpretar el himno japonés y todos los militares que había en el salón se levantaron saludando militarmente. En aquel momento hacia su aparición en el palco presidencial el general Homma, jefe supremo del archipiélago, acompañado de otros jefes militares y el gobernador interino de la isla, que era un filipino de origen japonés. A los pocos instantes apareció en el palco presidencial una mujer china, vestida lujosamente con un kimono de seda roja bordado en oro y de una belleza oriental extraña y sugestiva, quien, haciendo una leve y delicada reverencia, tomó asiento junto al general Homma, que contestó con una inclinación de cabeza, mientras aparecía en su rostro seco y amarillento una enigmática sonrisa. Los demás concurrentes permanecieron tiesos e impasibles en sus asientos.

Jimmy, desde su palco en el primer piso de la derecha del teatro, que ocupaba acompañado de varios paisanos y un oficial «makapili», nombre con que eran designados los soldados filipinos al servicio del Japón, quedóse mirando fijamente durante unos instantes a aquella bella mujer china de rostro ovalado y facciones delicadas, sentada entre el general Homma y el gobernador interino, dirigiendo después sus ojos, de una manera interrogante, a otro de los palcos que tenía enfrente, en el que se hallaba, entre

varias mujeres y dos hombres Lolita, la intrépida joven que el comandante Magalona le había designado como ayudante. Los ojos negros o inteligentes de la muchacha se encontraron con la mirada de Jimmy y ésta hizo un signo afirmativo con la cabeza. Jimmy comprendió. Volvió nuevamente a mirar con cierto disimulo, aparentando curiosidad, a la dama china y en aquel momento la orquesta comenzó los primeros compases del «*ballet*», levantándose el telón. Las luces del salón se apagaron y en el amplio escenario apareció el primer grupo de bailarinas, de ojos almendrados y cutis blanquísimo, vestidas con sus bellos kimonos de seda de colores vivos, y sus ricos bordados, en los que la fantasía oriental había derramado su magia legendaria.

El primer «*sketch*» se refería a la leyenda del emperador Hsuan Tsung de la dinastía Tang, cuando se enamoró de la bella Yang Kuei Fei, haciéndola su favorita. El coro y la figura central que representaba al famoso emperador, ejecutaron la danza con una brillantez maravillosa. Hasta Jimmy, a pesar de su inquietud e impaciencia reprimida, no pudo evitar que, en algunos momentos, le captara casi por completo la plástica sugestiva de la escena.

Pero el segundo «*sketch*» ganó en belleza y colorido cuando, siguiendo la leyenda, refirió los amores del emperador con Yang Kuei Fei, su favorita, en la danza «La Diosa de las Flores», de una policromía exótica y excitante, ambientalmente mágica, en la que la bailarina, entre ramas de sauces y nenúfares flotantes, completamente desnuda, con su cabellera de ébano suelta, comenzó a hacer giros tan extraños y rítmicos, con una expresión tan lírica en el movimiento y en el gesto, que el público sintióse sobrecogido y transportado. Jimmy, como despertando de un sueño, miró su reloj con impaciencia. Volvió a mirar a la dama china del palco presidencial y después a Lolita, que a su vez cambió con él un gesto de inteligencia. Pasaron varios minutos y Jimmy nuevamente miró su reloj. Desde aquel momento no perdió de vista el palco presidencial.

Cuando iba a empezar el tercer «*sketch*», Jimmy observó con el rabillo del ojo que un oficial se acercaba a la dama china del palco y pronunciaba unas palabras a su oído. Ésta se acercó al general Homma, diciéndole a su vez algo por lo bajo, quien hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sonriendo. La dama se levantó y

sonriendo con amabilidad abandonó el palco seguida del oficial. Jimmy, que no había perdido de vista la escena, levantóse de su asiento y dirigiendo una mirada a Lolita, vió que ésta también se había levantado y disponíase a abandonar su palco. Cambiaron una mirada y Jimmy salió al pasillo caminando todo lo aprisa que pudo hasta el final, donde se le reunió un mocetón alto y moreno, con el que, después de cambiar un gesto, bajó deprisa y en silencio unas escaleras desembocando por una puerta lateral en el saloncillo de fumar del teatro. En aquel momento la atención radicaba en el escenario, y aquella pieza, como los pasillos, estaban completamente vacíos.

Jimmy y su acompañante se acercaron a la puerta principal del saloncillo y escucharon a través de ella unos pasos recios que se acercaban. Escondiéronse tras de las cortinas de seda roja que cubrían la puerta en sus partes laterales y contuvieron la respiración. Giró el pomo dorado y una de sus hojas se abrió apareciendo en el umbral la dama china del palco presidencial, con su rostro ovalado y aquella especie de tenue sonrisa que jamás se le borraba de sus finos labios, seguida del amarillento oficial, inexpresivo y con un porte de altivez e indiferencia.

Pero no bien hubo entrado la dama en el saloncillo y el oficial cerrado la puerta tras de sí. Jimmy con una rapidez de relámpago, descargó un golpe terrible con la culata de su pistola sobre la cabeza del oficial, que hizo al japonés desplomarse sin sentido.

La dama, al oír aquel ruido extraño a su espalda volvióse sin prisa, tropezando con la mirada de Jimmy que le rogaba silencio, mientras escondía su pistola en un bolsillo. Después miró al oficial, que semejaba un monigote de trapo en el suelo, sin que se le alterara un solo rasgo de su cara, fría, impasible.

—Perdone, señora Ping Li —dijo Jimmy dirigiéndose a ella con voz tranquila—. Lamento este incidente —y miró al japonés, mientras que el muchacho que le acompañaba lo arrastraba detrás de un sofá—, pero no he tenido más remedio.

—Excúseme, me llaman por teléfono —añadió ella impasible, un poco recelosa, tratando de marchar a la cabina telefónica que estaba al otro extremo del saloncillo. Jimmy se interpuso.

—Sí, la llamaban por teléfono, pero era con el propósito de que usted acudiese aquí. No es necesario ya.

Ella se le quedó mirando fijamente, un poco sorprendida; después sonrió cortésmente.

—Ya comprendo… usted me conoce, ¿verdad?

—No, no la había visto nunca, pero resulta fácil identificarla.

—Usted dirá; ¿qué desea?

—Me envía el comandante Magalona y es necesario que hable con usted.

Los bellos ojos de Ping Li cobraron un brillo extraño y acercóse a Jimmy.

—Me alegro de que me traiga noticias de mi buen amigo, pero ha usado usted un procedimiento tan violento que mi vida peligra.

—Quizá no me he expresado bien, señora Ping, Li, pero debe usted acompañarnos, es preciso. Ya le explicaré lo que ocurre.

Ella le miró un instante sin que se le contrajese ni un solo músculo de su rostro, pero en el fondo de sus ojos apareció un leve temblor de angustia y de inquietud.

—Temo que si me marcho con ustedes ya no podré volver a Manila.

—Sí, es cierto, señora Ping Li, ya no volverá usted a Manila hasta que los japoneses sean arrojados… Ha llegado el momento del gran sacrificio y es preciso. Alguna vez tenía que llegar… Confíese a nosotros y no lo pasará nada; pero debemos marcharnos rápidamente.

—Bien, cuando ustedes quieran.

E hizo un gesto de resignación al mismo tiempo que inclinaba levemente la cabeza. En ella todo era suave, lento, empapado en esa somnolencia pausada y mística del oriental, y al oír Jimmy que alguien se acercaba por el pasillo, la cogió del brazo, arrastrándola hacia la puerta lateral que daba a un corredor exterior, seguidos del mocetón moreno que antes le acompañara.

Había que darse prisa antes de que la ausencia de Ping Li comenzara a hacerse sospechosa en el palco presidencial. Pero al llegar al final del corredor oyeron a sus espaldas una voz robusta que lanzó repetidas veces una frase en japonés. La dama china miró unos instantes a Jimmy y después de unos segundos dijo con la mayor tranquilidad:

—Llaman al oficial que me acompañaba. Me temo que va a sonar la alarma de un momento a otro.

—Démonos prisa, pues —conminó Jimmy mientras tiraba de su brazo y doblaban el corredor buscando una puerta de salida en la parte trasera del edificio.

A los pocos metros encontraron una puerta por donde solían entrar los equipajes las compañías que llegaban al teatro, y Jimmy cogió el pasador para descorrerlo… Pero en aquel momento sonó la misma voz de antes, en el corredor que habían dejado a la Izquierda, irritada y un tanto violenta:

—Señora Ping Li… ¿dónde está?

La dama china apretó un poco el brazo de Jimmy, exclamando suplicante por lo bajo:

—¡Por favor, dese prisa!

Pero el cerrojo no cedió al primer esfuerzo de Jimmy; fuertemente pasado, se resistió al segundo intento y se oyeron unos pasos de botas claveteadas, que se acercaban. Jimmy, un poco alarmado, miró al mocetón moreno haciéndole un gesto y Ping Li bajó los ojos en una expresión de resignación y entrega a lo que pudiese suceder. Jimmy la ocultó en el muro del umbral de la puerta junto a él y el mocetón de cara oriental y moreno que les acompañaba deslizóse rápido, pegándose de espaldas a la pared de aquel pasillo, junto a la esquina que formaba con el corredor por donde alguien se acercaba… Y a los pocos segundos la figura de un oficial japonés apareció en el pasillo quedando frente al muchacho, que le esperaba sonriente. El oficial, ante la sorpresa de aquel encuentro imprevisto, se hizo instintivamente unos pasos atrás, como protegiéndose de un peligro, echando mano a la pistola que llevaba al cinto, pero no tuvo tiempo de defenderse. El muchacho, bastante más alto y fornido que él, dió un salto tremendo y agarrándolo con las dos manos por el cuello con una rapidez inusitada, se lo cargó a la espalda y haciendo una flexión, lo volteó sobre sus hombros lanzándolo por el aire y haciéndole caer como un muñeco ante los pies de Jimmy y de la dama china, que estaba muda y asombrada. El oficial, ante la terrible caída, quedóse sin sentido, enredado entre las correas de su «samurái» o sable cortacabezas que llevaba presuntuosamente colgado del cinto.

—Señor, me temo que no tiene usted una idea muy concreta de lo que estos sucesos significan… Las represalias serán terribles.

Jimmy quedóse mirando a la dama china, que había

pronunciado aquellas palabras en un tono de consternación y reproche.

—Lo siento, señora Ping Li, pero como usted habrá visto, no hemos tenido más remedio. En cuanto a la significación de ciertos hechos, le advierto que un día presencié la ejecución de mis padres por los japoneses.

—Perdone —respondió Ping Li mirándole con dulzura, tal vez un poco arrepentida de sus palabras—. Comprendo… No crea, por otra parte, que tengo miedo; sólo que me causa mucha pena, en toda represión, la muerte de tantos inocentes.

—Es la guerra, señora Ping Li —dijo Jimmy encogiéndose de hombros.

Al fin el cerrojo cedió y Jimmy abrió la puerta con el mayor sigilo, asomándose al exterior.

—Vamos, dense prisa.

Salieron los tres a una calle obscura y algo estrecha, cerrando la puerta rápidamente para no llamar la atención, y un coche que estaba parado no muy distante, hizo marcha atrás aproximándose a ellos. En aquel instante una salva de aplausos, algo apagados, llegó del interior del teatro, prolongada y ruidosa, significando que, con el tercer «*sketch*», la primera parte del «*ballet*» había acabado. No pasaría mucho tiempo sin que fuese descubierto el rapto de la señora Ping Li y entonces… Manila volvería a hervir como en otros tiempos.

Jimmy abrió la portezuela del coche e invitó a subir en la parte de atrás a la dama china y al muchacho, y él sentóse al lado de Lolita, que empuñaba el volante.

—Por lo que veo todo ha salido bien, ¿no? —dijo la muchacha en tono circunspecto y serio, mientras ponía en marcha el coche a una velocidad moderada para no llamar la atención.

—Sí —contestó Jimmy encendiendo un cigarrillo—. Es decir, si la alarma no cunde antes de que salgamos de la ciudad… En este caso…

—No te preocupes… yo ya he previsto esa eventualidad.

Jimmy miró sorprendido a Lolita. En realidad, el comandante Magalona no le podía haber proporcionado un ayudante mejor, pensó. Era silenciosa e inteligente, dos cualidades admirables sumadas a su extraña belleza que tanto agradaba y conmovía a

Jimmy.

El coche, manejado hábilmente por la muchacha, corría por la ciudad y pronto se internaron en el distrito de Malate, alcanzando la calle Dakota y Carolina, pasando después al barrio de La Ermita, en el que cruzaron por delante del grandioso edificio del «Bay View Hotel», ocupado por oficiales japoneses, en dirección a la carretera por donde debían salir de la ciudad. Jimmy extrajo del fondo del asiento su fusil ametrallador, advirtiendo al muchacho que iba sentado junto a la señora Ping Li que hiciera lo mismo, ya que el control japonés a la salida de la ciudad se hallaba cerca y era preciso franquearlo a toda costa. No tardaron mucho rato en avistarlo, pero, a unos trescientos metros del puesto de vigilancia, Lolita pisó, rápidamente, a fondo el pedal del freno, deteniéndose bruscamente el coche.

—¿Qué ocurre? —exclamó Jimmy, alarmado.

—Mira —contestó señalando con la mano el puesto de control.

De una de las calles laterales, que discurría aún entre solares y que desembocaba al puesto de vigilancia, habían acudido al sitio dos coches blindados militares bloqueando la salida y, en aquel momento, un pelotón de soldados descendía de los coches para reforzar la vigilancia y aumentar el control. No cabía la menor duda; la alarma había sido dada en Manila y era imposible la salida de la ciudad por carretera.

Jimmy mordióse los labios con rabia ante tan grave inconveniente y Lolita, sin perder la serenidad, con la mayor sangre fría, comenzó a hacer la maniobra para volver atrás. Pero de repente, antes de que la terminara, encendióse un potente reflector en el puesto de control, cogiendo de lleno el haz de rayos luminosos al coche. Habían sido sorprendidos.

—¡Maldición! —exclamó Jimmy, cogiendo fuerte el fusil ametrallador—. ¡Aprisa, Lolita, antes de que nos achicharren!

La joven pisó a fondo el acelerador virando rápidamente y el auto partió como una exhalación, mientras desde el puesto disparaban los soldados sus fusiles sobre él sin conseguir alcanzarlo.

El vehículo se deslizaba iluminando con sus potentes faros la calle, en aquel momento desierta, sin que a pesar de los disparos y del ruido se asomara nadie de sus vecinos a curiosear, y Jimmy, sacando la cabeza por la ventanilla, vió cómo uno de los coches

blindados del puesto había salido en su persecución. El muchacho moreno miraba también por la ventanilla en el asiento trasero, empuñando el fusil ametrallador, mientras la dama china permanecía a su lado impasible, como ajena a aquel momento trágico en el destino de cuatro personas.

—Le llevamos mucha distancia —dijo Jimmy a Lolita—. Pero esto no puede prolongarse… Tú decidirás.

—No temas, pronto les despistaremos.

Jimmy estaba asombrado ante la seguridad tan absoluta que la muchacha ponía siempre en sus propios actos. Obraba serena, segura, como midiendo en cada momento el alcance de lo que pudiera ocurrir, y lo que era extraño, nunca fallaba; había en ella un sentido instintivo de la medida de los acontecimientos, que antes de traducirse en hechos parecía ponerlos al alcance de su mano.

Con la mayor serenidad realizó un violento viraje a la derecha cogiendo una calle amplia y pisó de nuevo el acelerador. A los pocos instantes, el coche blindado que les perseguía apareció sobre el retrovisor y Jimmy comenzó a impacientarse. Todavía llevábanle mucha distancia, pero en el caso que tuvieran que enfrentarse con él saldrían siempre perdiendo.

Lolita pisó más y más el acelerador y el motor comenzó a rugir impulsando al coche en una carrera desenfrenada, poniendo a prueba la sangre fría y la habilidad de la joven en el volante.

—Sé lo que estás pensando en este momento, Jimmy —dijo ella en voz alta, sin quitar la vista del empedrado y sonriéndose.

El joven quedóse algo extrañado, sin saber a qué se refería.

—Te estás preguntando interiormente qué es más peligroso, si estar dentro de este coche o los japoneses que nos persiguen. ¿Es cierto?

Tan pronto terminó la frase la muchacha quedóse seria, como avergonzada de su propia ligereza, pero Jimmy, que se le había quedado mirando sorprendido, lanzó una carcajada, pensando que también en aquella mujer cabía el humor. ¡Vaya, vaya, qué sorpresa!

Rápidamente el coche se abalanzó sobre una bocacalle a la izquierda y sus faros iluminaron otro coche que estaba parado en mitad de la calle a poca distancia.

—¡Cuidado, Lolita! —gritó Jimmy alarmado.

La joven, sin sobresalto alguno, efectuó un rápido viraje metiendo a fondo el pedal del freno y, antes de que sus acompañantes pudieran darse cuenta, el roche paróse bruscamente de costado en mitad de la calle, a unos dos metros del otro.

Rápidamente, la joven abrió la portezuela del auto, lanzándose afuera mientras gritaba a sus sorprendidos compañeros:

—¡Démonos prisa, ese coche nos espera!

En una fracción de segundo todos comprendieron que no había tratado la joven de evitar un choque al poner el coche de costado, sino que aquello era una hábil maniobra de interferencia al blindado que les perseguía, en combinación con el otro que les esperaba, previniendo esta eventualidad.

Sin más palabras ni comentarios, Jimmy saltó fuera del coche, seguido del muchacho moreno, que arrastró consigo a la dama china, introduciéndose los cuatro en el otro automóvil, que arrancó deprisa calle abajo. Antes de doblar por la esquina inmediata, a la derecha, Jimmy vió a través de la ventanilla de detrás cómo el blindado desembocaba en la calle y se veía forzado a parar ante la barrera que le habían colocado con el coche abandonado. De momento estaban salvados.

—Capitán, permíteme que te felicite calurosamente —dijo Jimmy con una sonrisa, estrechando las manos de Lolita.

Ésta bajó los ojos en una actitud de modestia y sencillez encantadora y el muchachote moreno también le estrechó la mano expresándole su admiración, Solamente la señora Ping Li guardó silencio mientras le dirigía una mirada dulce, expresando en sus ojos la misma admiración que sus compañeros.

El coche abandonó el barrio de La Ermita en dirección a Intramuros, esta vez conducido por un filipino de cara achatada y seria; dejándose Singalong a un lado, cruzaron el puente Jones sobre el Pasig, el río que cruza por medio de la ciudad, lento, tranquilo e indiferente a la tragedia que le circundaba.

—Bueno, capitán, ¿a dónde nos dirigimos ahora? Pues supongo que hasta que no pasen varios días no podremos abandonar la ciudad, ni menos enviar a la señora Ping Li al campamento.

—La señora Ping Li estará en buenas manos, y en cuanto tú no la necesites la enviaremos con el comandante Magalona. Allí se encontrará más segura.

La dama china bajó los ojos, y esbozando una sonrisa hizo una leve inclinación con la cabeza sin decir nada. Lolita reparó en el vestido llamativo de la señora Ping Li y sacando de una bolsa lateral del coche un vestido corriente, suplicó a la dama se lo pusiese encima para no llamar la atención. Jimmy quedóse una vez más asombradísimo de la minuciosidad y pulcritud con que aquella mujer había previsto las cosas, notando que cada vez crecía y se agrandaba más la atracción que sentía por semejante criatura.

Paróse el coche en la esquina de la calle Wright y la muchacha cambió con el chofer unas palabras en tagalo, dirigiéndose después a Jimmy:

—Ahora, continuaremos andando: es peligroso pasar por Intramuros en automóvil.

Se apearon los cuatro y el coche dió la vuelta, desapareciendo al instante por una de las calles y ellos siguieron caminando hacia las afueras, tratando de escudriñar a través de la obscuridad reinante, para esquivar cualquier inconveniente que les viniera al paso. Jimmy y el muchacho, con el fusil ametrallador pegado al cuerpo, caminaban detrás de las mujeres, recelosos y dispuestos a hacer frente a cualquier incidencia que se presentase. De pronto, al intentar cruzar una bocacalle, vieron venir una patrulla japonesa y las mujeres retrocedieron instintivamente, advirtiéndoles de lo que se trataba.

—Sería insensato hacerles frente; venid aquí.

Se lo advirtió Jimmy retrocediendo unos pasos y forzando en un abrir y cerrar de ojos la puerta maltrecha de una casa casi derruida por una bomba. Se refugiaron en su interior y a los pocos instantes oyeron a la patrulla japonesa que se acercaba por la acera. Los pasos de los soldados dejáronse oír, inquietantes, a medio metro de distancia, al otro lado de la madera medio rota de la puerta y, de repente, una voz cascada rompió la monotonía del ruido de las pisadas.

—¿Por qué no miramos aquí, sargento? La puerta está abierta y tal vez encontremos algo dentro.

Los cuatro se buscaron con la mirada en la obscuridad, en un silencio lúgubre, en espera del gran momento que se avecinaba. Cada uno sentíase en las sienes sus propios latidos de fiera, acorralada y Jimmy y el muchacho se colocaron instintivamente la

culata del fusil bajo del sobaco. Fueron unos momentos de tirantez y tensión angustiosa que al fin se disiparon. El sargento dijo una tontería acompañándola de unas risotadas y la patrulla continuó calle abajo. Jimmy y el muchacho, junto con las mujeres, abandonaron el refugio, siguiendo en dirección contraria a la patrulla hacia las afueras de la ciudad.

«Es mejor que no haya ocurrido nada», se dijo mentalmente Jimmy. Pero aquello le daba la medida de hasta qué extremo había cundido la alarma en Manila y la vigilancia a que era sometida. No le cabía la menor duda que el rapto o la desaparición de la señora Ping Li había convertido a los japoneses en fieras desatadas y que la buscarían hasta debajo de las piedras.

Ya avanzada la madrugada llegaron a las inmediaciones de un modesto chalet rodeado de árboles y jardín, en cuyas inmediaciones se alzaban varias docenas más, también del mismo aspecto y rodeados de árboles y exuberante vegetación, dirigiéndose a la puerta principal de entrada, en la que Lolita llamó de una forma convencional.

A los pocos instantes la puerta se abrió y entraron los cuatro en un departamento que estaba a obscuras en previsión de que no se llamara la atención afuera. Cerróse la puerta silenciosamente y entonces se encendió la luz del recibidor, apareciendo ante los ojos de Jimmy un chino de aspecto bonachón y joven.

—Les presento a nuestro amigo Tao Ming, un gran colaborador de nuestra causa —dijo Lolita, mientras el chino esbozada una amplia sonrisa al mismo tiempo que se inclinaba en una reverencia respetuosa.

—Bienvenidos a mi casa, amigos. Estoy a vuestra disposición. Seguidme.

Tao Ming era un modesto comerciante de Pasay quien, aparte de ser miembro de las guerrillas del interior, veíase obligado a trabajar para mantener a su obesa mujer y once hijos con que le había obsequiado su dulce esposa.

Pasaron a un saloncito confortable donde tomaron asiento, y al poco rato *Mr*. Tao, como lo llamaban, les obsequió con una bandeja de pastas y té caliente, ayudado por el muchacho moreno. A una indicación de Lolita, salieron Tao y el muchacho y quedaron solos la señora Ping Li, Jimmy y ella.

—Siempre he dicho, señora Ping Li —dijo Jimmy sonriendo, mientras llevaba a su boca una de aquellas pastas—, que los mejores cocineros y reposteros del mundo son ustedes, los chinos, y no creo que corra el riesgo de equivocarme, estoy seguro.

—Gracias, señor —respondió Ping Li complacida.

—No sé qué pensará de esto nuestro amigo el comandante Magalona, pero me atrevería a decir que comparte mi opinión; y estoy seguro de que él se alegrará de que regrese usted al campamento.

Ping Li le miró sonriente. Jimmy continuó:

—Por cierto, que me parece que ustedes se conocen, ¿no es así? —preguntó refiriéndose a ella y a Lolita.

—Sí, nos conocemos desde hace unos dos años —respondió la muchacha—. Desde entonces, repetidamente, he servido de enlace entre el comandante y la señora Ping Li.

—Perfectamente… —continuó Jimmy—. Y ahora entremos de lleno en el asunto —hizo una pausa y bebió un sorbo de té—. Señora Ping Li, permítame que le diga que le hablo en representación del Ministerio de la Guerra de los Estados Unidos; he sido encargado como comando especial de una misión, y en nombre del gobierno federal solicito su colaboración.

La dama china se le quedó mirando atónita unos segundos, y con su suavidad y sonrisa peculiares, inclinó levemente la cabeza.

—Puede disponer de mí como guste, señor. Para mi será una gran satisfacción el poder proporcionar mi total ayuda a tan altos intereses. Crea que me siento profundamente honrada con su solicitud.

—Gracias, señora Ping Li… El alto mando ha dispuesto un desembarco de nuestras tropas en un punto del archipiélago, dentro de un tiempo limitado… Todos sabemos que estas operaciones son costosas, sobre todo en vidas humanas, pero lo más importante del éxito o de su fracaso es la moral que imponen estos hechos al resto de los ejércitos y a nuestro prestigio en el mundo. La campaña de Europa toca a su fin y la del Pacífico hemos de acortarla en la medida de lo posible; ¿me comprende, señora Ping Li?… Todo depende de la resistencia que nos opongan los japoneses, y por esto es para lo que he venido yo. ¿Cree usted, señora Ping Li, que entre los altos jefes militares del gobierno de ocupación no habrá alguno

dispuesto a socavar esa resistencia a cambio de ciertas garantías o lo que sea necesario por nuestra parte?

La señora Ping Li se le quedó mirando serena, mientras meditaba unos instantes.

—Es muy delicado este asunto, señor.

—Sí, ya lo sé, señora Ping Li, es muy delicado, pero necesito que me dé usted su opinión y me preste su ayuda.

La señora Ping Li, quieta, inmóvil, pareció sumirse en meditación profunda y guardó silencio. Jimmy y Lolita callaron también durante unos instantes, en respeto a las reflexiones íntimas de la dama china. Después de unos minutos, que Jimmy aprovechó para terminar su taza de té y encender un cigarrillo, Ping Li pareció despertar de sus meditaciones.

—Es un asunto delicado, señor, vuelvo a insistirle, pero no imposible; algo aventurado… más puede intentarse. No creo que obtendría buenos resultados y, por lo que a mi ayuda respecta, demasiado bien conoce mi situación. Mi intervención personal en este asunto no sólo sería inútil, sino peligrosa a su empresa. No obstante, mis conocimientos o mis referencias quedan a su disposición.

—Perfectamente, señora Ping Li… Dígame el nombre de la persona con la que podríamos intentarlo y, asimismo, si se le ocurre algún procedimiento para llegar a ella de una forma prudente y eficaz.

La dama china pareció reflexionar unos instantes y después miró a Jimmy.

—El teniente coronel Tanaka es el hombre más adecuado para ello. Forma parte del estado mayor; es persona influyente, de prestigio y a la vez inteligente. Pero tiene un gran defecto: es orgulloso, vanidoso, ambicioso y, además, está resentido con algunos elementos del gobierno. Tiene la manía de que le desprecian y le gusta extraordinariamente el dinero. Dos factores que pueden ser explotados con rendimiento cuantioso, ¿no le parece?

—Desde luego, señora Ping Li.

—Éste puede ser el puntal sobre el que monte usted su principal acción, y en cuanto al procedimiento para llegar al teniente coronel Tanaka, tal vez sea muy sencillo y no creo que suponga mucho

riesgo. Dentro de varios días tendrá lugar un baile de sociedad en el salón de la «Army and Navy Club», en La Ermita, que da nuestro gobernador interino con motivo del nacimiento de su última hija. Estará muy concurrido y habrá muchos invitados y entre ellos no faltará Tanaka, que como buen mundano nunca falta a estas recepciones —Ping Li guardó silencio unos segundos y prosiguió—: Lo interesante sería enviar al baile a una muchacha que le conociese, atractiva, con talento y no sospechosa a los japoneses, que con sutileza prepare una entrevista con usted.

—Y esa mujer, ¿dónde cree que la podemos encontrar?

—Conozco a una muchacha… es algo joven, pero no importa, que viene a la medida para este asunto. Ella conoce al teniente coronel Tanaka y familia, y estoy segura que podría realizar esta empresa. Vive con una tía suya en la calle M. H., del Pilar, frente al «Syquia Apartment» y su nombre es Carmen; tengo entendido que es descendiente de españoles y mejicanos.

—¡No, nunca; jamás hará eso! —gritó Lolita levantándose de su asiento.

Jimmy y la señora Ping Li miraron sorprendidos a la joven, que había quedado como aturdida en medio de la estancia, mirando a la dama china con un gesto de protesta y rebelión. Jimmy se levantó, cogiendo a la muchacha por el brazo, alarmado.

—Pero ¿qué ocurre, Lolita?… ¿Qué te pasa? ¿Qué te sucede?…

—Es que esa muchacha. Carmen, es mi hermana menor y… ¡no quiero que se vea envuelta en estas cosas! Podrían matarla… Y esto es lo que no podría soportar, la quiero demasiado.

Y prorrumpió en sollozos entrecortados, anegada en un llanto de protesta. Jimmy la consoló durante unos momentos y cuando la muchacha se hubo serenado, Jimmy dirigió sus ojos a Ping Li, que permanecía recogida y silenciosa.

—Señora Ping Li, ¿no podríamos substituirla por otra mujer que usted crea que puede llevar a cabo esta misión?

La señora Ping Li movió negativamente la cabeza, con lentitud y en silencio.

—Lo siento, señor, pero es la única muchacha en la cual podemos confiar.

Jimmy no supo qué decir; le resultaba en extremo violenta aquella escena. Lolita secóse las lágrimas que todavía corrían por

sus mejillas y de repente operóse una transformación completa en su aspecto. Había recobrado su gesto habitual, aquella serenidad y entereza que de costumbre la caracterizaban. Y de nuevo aquel acento firme, pero a la vez suave volvió a vibrar en sus palabras.

—Comprendo que lo natural en estas circunstancias es el sacrificio… Cada uno que cumpla con su deber, es lo que parece que exige el Destino a todos los seres. Bien, si es necesario, que sea mi hermana la que cumpla con el suyo.

Jimmy comprendió la grandeza que había en la actitud de la joven y su admiración por la muchacha creció en gigantescas proporciones. Renunciar a proteger a un ser querido, era un acto sublime digno de una gran mujer, de aquella mujer que tenía delante de sus ojos y por la que él daría su vida, si era preciso… Y comprendió que estaba enamorado de Lolita.

Unos golpes violentos sonaron en la puerta de entrada del chalet y los tres, instintivamente, dirigieron sus ojos sorprendidos en aquella dirección. ¿Quién sería?… Y una penosa sospecha nació angustiosa en el corazón de todos los moradores de la casa.

Volvieron a sonar los golpes sobre la puerta de entrada, esta vez con más violencia, y en el umbral del saloncillo apareció Tao Ming con el rostro descompuesto y la desesperación pintada en sus ojos.

—¡Son los japoneses! Huyan enseguida por la puerta trasera del jardín.

Al oír aquellas palabras, súbitamente se levantaron todos, apareciendo el chico moreno, un poco inquieto, reuniéndose con ellos. La señora Ming comenzó a llamar a su marido alarmada.

—Nos quedaremos para defenderle, señor Tao —dijo Jimmy, presintiendo que algo grave se cernía sobre el dueño de la casa.

—No, es mejor que se marchen, se lo aseguro —respondió Tao Ming, recobrando la serenidad.

—Jimmy, yo me llevo a la señora Ping Li —dijo Lolita cogiendo de la mano a la dama china—. Alejo —prosiguió, refiriéndose al muchacho moreno— te llevará donde nos encontremos y… —Después miró a Tao— creo que lo mejor es que abandonemos todos nosotros la casa. Hasta la vista, Jimmy.

Salieron Lolita y Ping Li, y Jimmy cogió su fusil ametrallador, tendiéndole la mano al chino.

—Gracias por vuestra hospitalidad, amigo Tao. Buena suerte.

Y se reunió con Alejo, el muchacho moreno, que le estaba esperando en la puerta trasera del jardín, armado también con un fusil ametrallador. Echaron el pestillo a la puerta, metiendo la mano por entre los barrotes y el muchacho se quedó mirando a Jimmy.

—¿Qué haremos, señor? —preguntó, y en sus ojos había un brillo extraño.

Jimmy comprendió el significado velado de aquella pregunta.

—Yo nunca he dejado a un compañero en la estacada, amigo Alejo.

El muchacho lanzó un suspiro de entusiasmo.

—Ya sabía yo que usted no dejaría solo a Tao.

—¿Te encuentras capaz de seguirme?

—¡Hasta el mismo infierno!

—Entonces no tendrás que andar mucho. Vamos.

Comenzaron a andar con cautela rodeando la casa y al llegar a la parte lateral se echaron al suelo y empezaron a caminar a rastras protegidos por la obscuridad y el césped del jardín, ocultándose entre unos arbustos, cerca de la pequeña escalera de entrada al chalet. Varios soldados japoneses se hallaban apostados en la puerta a unos diez metros de distancia de Jimmy y del muchacho, y hasta ellos llegó el eco de unas palabras pronunciadas en el interior.

—Tendremos que registrar la casa… ¡A ver, muchachos, venid tres de vosotros!

Comenzaron a encenderse luces en el interior y después se oyeron ruidos como de revolver muebles y enseres, y de vez en cuando la voz chillona de la señora Ming que protestaba quejicona del revoltijo que los soldados, con poco miramiento, le estaban haciendo en su casa. De pronto, se oyó la voz colérica del oficial que efectuaba el registro.

—¿Quiere usted explicarme la presencia de esta arma de fuego encontrada en su casa? —Y seguidamente alzó más la voz—: Hay un edicto de guerra en el cual se condena a la pena de muerte a aquel paisano al que se le ocupe un arma de fuego sin autorización. ¿Acaso lo desconocía? ¿O quizá es usted un guerrillero?

Jimmy y el muchacho, agazapados en su escondite, al oír aquellas palabras experimentaron tal sobresalto que se quedaron anonadados. ¡Pobre Tao!, estaba perdido.

La señora Ming comenzó a llorar.

—¡Señora! —gritó el oficial—. «We come back tomorrow».

Y el llanto de la obesa esposa del chino se paralizó, como cortado por el terror que inspiraba aquella frase en labios de los japoneses. Cualquier habitante de Manila sabía que el significado de aquella inocente y tristemente célebre frase significaba la muerte para el miembro de la familia que era detenido. Y la señora Ming comenzó a gritar, en un ataque de terror y desesperación, tratando de oponerse a que se llevasen a su marido.

Dos chasquidos violentos sonaron en el interior, y después, la caída de un cuerpo humano, pesado, sobre el pavimento de la casa… Y el llanto de la señora china se tornó lastimero. Acababan de pegarle.

Alejo, el muchacho moreno, que permanecía junto a Jimmy, hizo un leve movimiento impulsivo para saltar de su escondite, pero rápidamente Jimmy le contuvo.

—No, muchacho, no. Domina tus nervios. Ten un poco de paciencia y espera; ya no puedes remediarlo.

Sacaron de un empujón a Ming Tao de su casa, con las manos atadas a la espalda; rodó por la escalera hasta el jardín yendo a caer a unos metros de donde estaban escondidos Jimmy y el muchacho, y los soldados soltaron la carcajada al ver lo aparatosa que había sido la caída del chino. Tao se levantó en silencio y echó a andar delante de los soldados. En la casa se habían despertado los niños y comenzaron a llorar en una algarabía sobrecogedora, aumentada por los gritos de la desesperada señora Ming.

Los soldados, con su prisionero, tomaron un camino en dirección norte y Jimmy y Alejo les siguieron a cierta distancia para no despertar sospechas ni llamar la atención del grupo. Ocultábanse entre los matorrales y árboles de los chalets que a lo largo del camino se encontraban desparramados y, de repente, vieron a otra patrulla japonesa que venía en dirección contraria a la que conducía a Tao Ming. Hubo una breve charla entre ellos, tras de la cual se separaron, continuando cada una su camino. Jimmy y Alejo escondiéronse tras de unos árboles mientras pasaba la otra patrulla, y una vez que se hubieron alejado, siguieron detrás de la primera sin perderlos de vista. La patrulla que llevaba a Tao atravesó el final de una calle en pavimentación y Alejo tiró del brazo de Jimmy.

—Van hacia la fábrica en ruinas —dijo señalando unos muros

tras de unas edificaciones—. Yo conozco un atajo por aquí y así podríamos salirles al paso, ¿le parece?

—Está bien; vamos allá.

Corrieron en diagonal entre árboles y césped, y después entre montones de escombros, y atravesando unos edificios en construcción paralizados por la guerra se introdujeron entre las ruinas de una antigua fábrica de construcciones mecánicas. El muchacho se asomó por un gran agujero que había en el muro.

—Ya se acercan.

A los pocos instantes oyeron pisadas y por el orificio vieron pasar a Tao Ming con las manos atadas a la espalda, en actitud tranquila, seguido de los soldados con el fusil al hombro y la bayoneta calada.

Se perdieron al doblar la esquina que formaba el muro y en el acto oyeron la voz del oficial que ordenaba el alto. Jimmy y Alejo miráronse sorprendidos, prestos a escuchar lo que pasaba. De pronto la voz del oficial volvió de nuevo a taladrar el silencio de la madrugada.

—¡Ponedlo junto al muro! —Y tras de unos momentos de silencio—: ¡Firmes!

Jimmy y el muchacho volvieron a mirarse angustiados. «¡Truenos! Seguramente iban a fusilar a Tao», pensó rápidamente Jimmy.

—¡Vamos fuera, Alejo, no sea que lleguemos demasiado tarde!

Saltó presto el aludido por el orificio del muro, que se encontraba a la altura de su pecho, seguido de Jimmy, y pegándose a la pared se deslizaron hacia la esquina para ver con cautela lo que pasaba. Pero antes de llegar volvió a sonar de nuevo la voz quebrada del oficial:

—¡Armas al hombro!… ¡Apunten!

Pero la frase final, la palabra que debía ordenar la ejecución del fusilamiento no llegó a ser pronunciada. Desde el ángulo de la esquina, dos fusiles ametralladores comenzaron a tabletear furiosos barriendo el pelotón de ejecución japonés y a su oficial, que con gallardía levantaba en aquel momento su sable hacia lo alto.

Tao Ming estaba aturdido, embotado, sin saber lo que pasaba, y Jimmy tuvo que sacudirle mientras el muchacho le liberaba las muñecas de las ligaduras. Entonces comprendió, perplejo, que su

vida había sido salvada por sus amigos y se arrojó al cuello de Jimmy abrazándole en manifestación jubilosa de agradecimiento, haciendo lo propio con el muchacho.

—Huyamos deprisa, pues no tardarán en venir los japoneses —dijo Jimmy arrastrando a Tao por el brazo.

Deslizáronse los tres lo más aprisa que pudieron junto al muro de la fábrica y cruzando el final de la calle en pavimentación por donde antes habían pasado, se internaron a través de unos solares, cambiando de rumbo a indicación de Alejo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Tao Ming deteniendo a Jimmy por el brazo.

—A reunirnos con Lolita y la señora Ping Li —contestó Alejo por Jimmy.

—Entonces, lo siento —objetó Tao Ming bajando los ojos, y añadió con acento grave—: Yo voy a buscar a mi mujer y a mis hijos para ponerlos a salvo.

Jimmy y Alejo cambiaron una mirada de inteligencia.

—Perdone, *Mr*. Tao; nosotros le acompañaremos para ayudarle —y Jimmy le sonrió con simpatía.

Tomaron dirección distinta y se internaron entre los árboles y matorrales de los jardines de los primeros chalets, ocultándose en previsión de que alguien pasara por el camino y les viera.

Más de repente, Tao Ming detúvose bruscamente y apuntó con su mano hacia el cielo. Del otro extremo de los chalets se elevaba una columna de humo negro y el viento trajo un olor acre de gasolina y trapos quemados. Los tres se miraron alarmados y el chino echó a andar ligero redoblando sus pasos a cada instante que pasaba. Se le notaba intranquilo, preso de una fuerte agitación. Sus ojos inquietos buscaban entre las ramas de los árboles que tenía delante el lugar donde se desarrollaba el incendio, ávidos, suplicantes, porque no sucediese, para que su vista le confirmase lo contrario del horrible presentimiento que se había despertado en su corazón. Jimmy y Alejo le seguían presurosos y atolondrados, destacándose la menuda figura del chino delante de ellos, como una fiera capaz de tragarse el mundo.

Pero al llegar a la linde de aquel jardín, al desembocar en la explanada que le separaba de su casa, Tao quedóse como petrificado, temblándole después las piernas y los brazos, preso de

una agitación nerviosa mientras sus ojos se abrían, deformados por la desesperación, y en su boca se dibujaba un rictus de angustia y agonía.

Su casa, su chalet, estaba ardiendo interiormente. Grandes llamaradas salían por sus ventanas chamuscadas y en aquel momento, como si fueran terribles e impresionantes aullidos de fieras, sonaron lúgubres, escalofriantes, los gritos de terror y demanda de socorro de varias gargantas infantiles que se estaban quemando vivas en su interior.

Tao Ming levantó los brazos al cielo como clamando venganza y sumando su grito de fiera salvaje al de sus hijos, se lanzó loco, furioso, desatado, sobre el chalet, sin que Jimmy ni Alejo pudieran evitarlo.

—¡Vuelva aquí, Tao! —gritó desesperado Jimmy.

Pero Tao no oía nada, ni veía tampoco. Corría como llevado por el viento hacia aquellas llamas con un anhelo en su corazón de padre: salvar a sus hijos… Y en aquel momento los soldados japoneses que rodeaban el edificio, al verle, comenzaron a dispararle. Pero Tao seguía corriendo. Una ametralladora emplazada en un ángulo del camino le cortó el paso… Se paró, vacilante, un momento, pero después siguió andando lento, como si la vida le sostuviese entre dos varillas de acero, para caer al final, de bruces, al pie de la escalera de entrada a su casa. Aquí empezó su caída y aquí terminaba también, junto a los suyos, donde tenía su último puesto…

IV

A partir del rapto o evasión de la señora Ping Li, o al menos coincidiendo con este hecho, las represalias japonesas volvieron a ponerse nuevamente en primer plano, recrudeciéndose otra vez las persecuciones y el mal trato a los paisanos. De día, la ciudad tenía todo el aspecto de una capital tranquila e industriosa, sin que apenas se notara el drama y la tensión que circulaba a través de sus arterias; es decir, si de repente no era bloqueada una calle por el ejército y a todos los que en ella habían sido sorprendidos se les practicaba un cacheo minucioso y la inspección de su documentación, armándose el revuelo consiguiente y la alarma en aquel sector.

Esto lo hacían los japoneses para sorprender a los guerrilleros que circulaban por la ciudad, y si por casualidad alguno era identificado en una de estas operaciones, se le decapitada inmediatamente en presencia de todos. Como consecuencia de estos y otros actos de represalia, los resistentes del interior de Manila se lanzaban por la noche a cometer actos de sabotaje y a adoptar contrarrepresalias, asesinando centinelas y puestos de vigilancia y control, donde no dejaban vivo ni a un soldado japonés. En contramedida de esto y no pudiendo castigar los japoneses a los culpables, por no saber quiénes eran, recurrían a los paisanos del barrio, los más cercanos adonde había ocurrido el hecho y era fusilado un determinado número por cada soldado japonés muerto. De esta forma, cada día se aumentaba el saldo en contra del bando adversario, derramándose la sangre y haciendo crujir mortalmente los huesos de aquella gran ciudad, cada día más sumergida en el odio, la ruina y la desesperación.

Pero en medio de tanta miseria y consternación, los altos jefes y dirigentes japoneses no perdían ocasión de organizar grandes fiestas donde el lujo y la ostentación no eran de ninguna forma

disimulados.

Aquella noche, en el antiguo salón de la «Army and Navy Club», ahora rebautizado con el nombre de «Toldo», el gobernador interino, tal como lo había anunciado la señora Ping Li en el chalet del desventurado Tao Ming, había organizado una lujosa fiesta con motivo del nacimiento de su última hija, habiendo invitado a todo lo más selecto de la nueva alta sociedad que imperaba en Manila.

El salón fué nuevamente decorado con lujo extraordinario y en una de las habitaciones contiguas habíanse instalado grandes mesas donde se amontonaban los pastelillos orientales y dulces y las botellas de champaña y bebidas de todas clases en grandes cantidades. El servicio estaba atendido por camareros vestirlos de etiqueta, y alrededor de la pista de baile habíanse instalado mesitas para reunir en grupos a los concurrentes. El salón, adornado con flores y grandes cortinajes de seda verde, estaba iluminado con luz roja, con el fin de no llamar la atención si acaso venían aviones enemigos, dando al ambiente una fantasmagoría extraña y afrodisiaca.

A las once comenzó el desfile de personalidades, en su mayoría militares, acompañados de mujeres elegantemente vestidas, y la juventud también puso su alegre nota de color con su asistencia, aumentando, al poco de empezar la fiesta, el jolgorio y el aliciente de la noche.

El edificio estaba rodeado de soldados que hacían guardia, y en la puerta un portero, elegantemente ataviado, revisaba las invitaciones que los asistentes exhibían.

A las doce menos cuarto se detuvo un coche militar a la puerta, descendiendo seguidamente de su interior un joven oficial «makapili», quien dirigiéndose al portero le entrego la invitación. El portero hizo una profunda reverencia y el joven oficial, tras de despedir a su coche con un ligero ademán de la mano, penetró solemne en el salón, tratando de hacer su presencia lo menos ostensible posible. En la pista, numerosas parejas bailaban al compás de una orquestina negra, la mejor de la ciudad, la cual había sido contratada por el gobernador interino para mayor realce de la fiesta.

El oficial vestido con el uniforme del ejército regular «makapili», después de lanzar una mirada en su derredor, dirigióse al

departamento bar, donde pidió un *whisky* y encendió un cigarrillo. Después salió al salón, retirándose a uno de sus ángulos, desde donde dirigió una mirada a las parejas que bailaban en la pista y escuchó las conversaciones de los concurrentes que tenía a su lado, enzarzados en trivialidades y pasatiempos.

Si le llegaran a descubrir, si aquella gente supiera a quién acogían entre ellos, pensó… Y Jimmy sonrióse interiormente al contemplar, en un espejo que tenía enfrente, su elegante y nueva indumentaria de capitán de «makapili». Así pasaba inadvertido y habíase convertido en uno más de ellos.

Jimmy se había metido en la misma boca del lobo, pero era preciso. ¿Cuál de aquellas alegres muchachas que danzaban sonrientes en la pista sería Carmen? Le habían dicho que era una muchacha muy guapa, pero… es que había muchas que eran guapas, a su parecer, y resultaba bastante difícil acertar poseyendo solamente aquella referencia.

Se retiró cerca del estrado donde tocaba la orquesta y entonces dedicóse a observar a los jefes militares, que charlaban con otros alrededor de la pista de baile o reían junto a las señoras, sentados en alguna mesita y bebiendo… ¿Quién sería el teniente coronel Tanaka?… De éste sí que no tenía ninguna referencia personal.

—¿El señor desea beber algo?

Y un camarero se le plantó delante ofreciéndole una bandeja llena de copas con diferentes licores. Era Alejo, el muchacho moreno, que la organización de los resistentes del interior de Manila, con ramificaciones en muchos departamentos oficiales, había logrado introducir en aquella fiesta como camarero.

Jimmy se le quedó mirando unos instantes y tomó una copa de champaña. Alejo se le acercó y pronunció en voz baja:

—En la mesita cuarta de la derecha, hay una muchacha morena que acaba de sentarse; ésa es Carmen. Lleva una rosa roja prendida en el pelo.

Y haciendo una reverencia se alejó, ofreciendo de beber a los invitados con una sonrisa.

Jimmy dirigió una mirada adonde le había indicado Alejo y vió dos muchachas morenas sentadas en dicha mesita, junto a un señor vestido de paisano y una señora gruesa. ¿Quién sería de las dos?… Pero se dió cuenta de que la más joven tenía un lejano parecido con

Lolita. Sí, había algo en su cara, ciertos rasgos gemelos a los de su ayudante, escolta en aquel momento de la señora Ping Li. Pero en aquel instante las jóvenes se echaron a reír y una de ellas, la más pequeña, ladeó a su izquierda la cabeza, apareciendo en su cabello negro una rosa roja.

Jimmy rodeó la pista y se fué derecho a la mesa cuarta de la derecha. La orquesta comenzaba en aquel momento a interpretar un bailable.

—Perdón —dijo mirando sonriente a la señora y al caballero, haciendo una reverencia. Después dirigióse a la muchacha de la rosa roja—: ¿Me concede usted este baile?

Los grandes ojos de la muchacha, negros, rodeados de largas pestañas, se clavaron en su rostro, mirándole con curiosidad interrogante pero serena.

—Lo siento, caballero, lo tengo comprometido, pero si desea el siguiente puedo concedérselo.

Su voz cristalina, vibrante e impetuosa, había dejado en sus oídos un ritmo de música y misterio difícil de captar. Jimmy hizo una reverencia y contestó:

—Estoy a los pies de usted, señorita… No faltaré a su cita. Gracias.

Y se alejó en dirección al bar. Cuando iba a trasponer la puerta, Alejo salió a su encuentro, ofreciéndole de nuevo de su bandeja de bebidas.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Jimmy.

—De momento no.

—¿Has avisado al agente del F. B. I., que te indiqué?

—Sí, está aquí.

—¿Aquí?… ¿Cómo es eso? —preguntó extrañado Jimmy.

—Ahí dentro le tiene; ése que está sirviendo los dulces, el del bigotillo.

—Está bien, luego hablaremos.

Alejo se marchó con su bandeja y Jimmy penetró en el bar mirando al tipo que le había señalado el muchacho. Éste era un filipino de cara achatada y pelo rizado, faz cetrina, y algo grueso, mejor dicho, corpulento, dentro de su estatura algo pequeña.

Jimmy se acercó a la mesa de la que cuidada el agente del F. B. I.

—¿Quiere ponerme un poco de tarta, Charles?

El otro, al oírse llamar por su auténtico nombre, se le quedó mirando unos instantes y sonrió.

—Con mucho gusto… ¿Qué nuevas hay por San Francisco?

—Encantadoras muchachas —contesto Jimmy guiñándole un ojo. El otro se echó a reír.

—En San Francisco eso ya es viejo.

Entró un camarero a repostar de bebidas y guardaron silencio, siguiendo comiendo Jimmy el trozo de tarta que Charles le había colocado en una bandeja. El camarero volvió a salir.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Jimmy.

—Mañana llegan al puerto dos barcos con unas veinte mil toneladas de municiones y armas.

—Magistral… ¿Y para qué tanto armamento?

—Según se dice, hay ciertas sospechas de que el próximo objetivo aliado será alguna isla del archipiélago.

—No van desencaminados del todo… ¿Y a qué hora llegarán?

—Se esperan a media noche procedentes de Formosa.

En aquel momento, la orquesta comenzó a tocar un nuevo bailable. Jimmy dejó el pedazo de tarta a medio comer encima de la mesa.

—Perdóneme, luego hablaremos. Tengo comprometido con una bella muchacha este baile.

Y se alejó presuroso al salón, acercándose a la mesita cuarta de la derecha.

—¡Señorita! Lo prometido es deuda.

—Con mucho gusto.

Jimmy recogió entre sus brazos la figura esbelta de Carmen, cuyo vaporoso vestido de noche, de un delicado color lila suave adornado con gasa y unos discretos plumones blancos salpicados de lentejuelas azuladas, daban un realce singular a su figura morena y bien proporcionada.

Sus ojos grandes y negros, un poquito almendrados, se quedaron mirando a Jimmy algo inquietos e impacientes.

—Baila usted muy bien, Carmen —dijo Jimmy, mirándose en sus brillantes pupilas.

La muchacha, sin alterarse, guardó silencio unos instantes.

—¿Me conoce usted?

—Sí —respondió Jimmy, fijándose en sus labios algo abultados y rojos de carmín—. Nos ha presentado a distancia nuestro común amigo Alejo. Por cierto, que tiene un champaña riquísimo. ¿No le ha obsequiado?

La muchacha lanzo una carcajada alegre y divertida, entornando los ojos de una manera extraña, imprecisa, inconsciente. Jimmy miró nuevamente aquellos ojos que le envolvían en una impresión desconcertante y sonrió un poco atolondrado… ¿Qué tenía aquella muchacha en su mirada que le aturdía?

Durante unos momentos, giraron en silencio al compás rítmico de un vals sin que Jimmy pudiera apartar la mirada de aquellas negras pupilas, profundas como un abismo poblado de misterio inconsciente. Jimmy sintióse un poco cohibido, sin saber exactamente por qué, y se acordó de la hermana, su valiente ayudante, tan completamente distinta. Sí, era distinta. En Lolita todo era claro, concreto, lógico, sereno, en contraste con ésta, donde lo impreciso, extraño y misterioso, formaba una feminidad independiente sin estructura delimitada ni concreta. Pero allá, en un repliegue de su mirada, de una manera evanescente y sutil, Jimmy entrevió que se ocultaba en gestación, sin que ella todavía llegara a sospecharlo en sí misma de una forma inconsciente, todo un temperamento apasionado, fuerte y decidido, capaz de llegar al sacrificio y a la abnegación y de regir su propio destino por encima de cualquier voluntad o circunstancia extraña. Pero todo ello, como una fuerza ciega, subterránea, sin que nadie, ni ella misma, pudiera suponerse en qué dirección saldría disparada algún día.

Carmen rompió aquel silencio, un poco improcedente en tal circunstancia.

—¡Qué traje más elegante lleva usted!

Jimmy jamás hubiese sospechado aquella observación por parte de la muchacha y sonrió un poco tocado en su vanidad.

—¿Le gusta? —Atinó a decir, enderezándose un poco.

—He estado hablando con el teniente coronel Tanaka.

Jimmy quedó asombrado ante aquella forma que tenía ella de saltar de un tema a otro, pero reaccionó tratando de adaptarse.

—¿Y qué novedades hay?

—Al principio se mostró un poco incrédulo, pero después se ha interesado. Quiere una prueba.

—Muy bien.

—Esta misma noche.

—¿Y usted qué le ha dicho?

—Que mis instrucciones eran concertar la entrevista para mañana, pero él ha insistido.

Jimmy se quedó un momento, pensativo.

—¿Le ha dado hora?

—A las dos le espera a usted en su coche, a la puerta. Quiere que la entrevista se celebre en su casa.

—Bien… ¿y qué más?

Carmen se le quedó mirando un poco sorprendida.

—¿Piensa usted ir?

—Sí.

—Es peligroso, ¿eh?

Jimmy sonrió un poco escéptico.

—No tiene importancia.

—Bien, yo en su lugar también iría.

—Entonces, ¿por qué se sorprende?

—Me sorprende porque por un momento tuve la sensación de que no se atrevería usted.

Jimmy la miró extrañado y se encogió de hombros. Aquella muchacha tenía una afición inconsciente a jugar con los equívocos, que no entraba dentro de su temperamento. Decididamente, no la comprendía, pero, por otro lado, tenía algo tan impalpablemente sugestivo, que Jimmy sintióse intranquilo, casi desasosegado, y sin fuerzas, pese a sí mismo, para apartarse del lado de aquélla, mujer.

—¿Quién es de los concurrentes el teniente coronel Tanaka?

—Fíjese en la columna a la derecha de la escalera de entrada. Aquel de la mirada taimada y escurridiza que está hablando con el comandante de las gafas. Ése es Tanaka, su futuro amigo.

Y sonrió con un gesto prolongado de coquetería sutil y deliciosa.

La orquesta había cesado de tocar el vals y Jimmy acompaño a Carmen hasta su mesa.

—Buena suerte —le dijo la muchacha, con una frialdad desconcertante, cuando se despidieron.

Jimmy giró sobre sus talones sin saber lo que le sucedía,

desasosegado, llevando clavados en su pensamiento los bellos ojos de Carmen, y se escurrió entre la gente buscando con la mirada a Alejo.

Miró su reloj. Las dos menos cinco minutos. Y en esto vió venir a Alejo hacia él con la bandeja repleta de copas de bebidas variadas.

—¿Desea algo el señor?

—Un *whisky*.

El muchacho le ofreció una copa y Jimmy se acercó.

—Dentro de cuatro minutos voy a casa del teniente coronel Tanaka. Me ha citado allí. Si dentro de una hora y media no me he reunido con vosotros, venid por mí. Avisa a los demás y dile a Charles que esté preparado para mañana a cualquier hora.

Jimmy encendió un cigarrillo y dirigióse a la puerta principal echando un último vistazo al salín. En aquel momento, el teniente coronel Tanaka estrechaba la mano a un comandante y se despedía de tres señoras sentadas en una mesita, sonriente. Tanaka hizo una profunda reverencia y dando media vuelta al estilo militar, se fue directo hacia la puerta de salida. Jimmy le vió cruzar a un metro de distancia, con su rostro impasible, indiferente, sin el menor gesto, y echó a andar detrás de él hasta la escalinata que daba al vestíbulo.

Cuando Jimmy cruzó el umbral de la puerta de la calle, el coche del teniente coronel Tanaka arrancó del bordillo de la acera y salió disparado calle abajo a bastante velocidad. Jimmy quedó perplejo unos segundos, sin saber qué pensar de la actitud de Tanaka, pero observó que el coche se paraba a unos doscientos metros de donde él se hallaba y comprendió que Tanaka tomaba sus precauciones. Jimmy echó a andar con aire distraído hacia donde el coche permanecía parado, aguardándole y cuando estuvo a poca distancia volvióse a sorprender al ver arrancar nuevamente el coche y ponerse en marcha calle abajo. ¿Pero qué pasaba?, se dijo Jimmy, un poco irritado.

El coche pasó dos manzanas más de casas y virando hacia la derecha se internó por una calle no muy ancha y poco concurrida. Pero al dar la vuelta, Jimmy observó, a pesar de la obscuridad, que una mano había salido de la ventanilla del coche y le hacía señas.

Jimmy apretó el paso por la acera derecha de la calle, cruzando las dos bocacalles que se separaban y al volver la esquina de la tercera, encontróse a varios metros del lujoso coche de Tanaka, que

le estaba esperando.

Se abrió en silencio la portezuela y una voz pastosa salió del interior del vehículo.

—Suba, por favor.

Jimmy, sin más miramientos, sentóse en el asiento delantero junto a Tanaka, que conducía, y el coche partió velozmente, sin que mediaran más palabras entre ellos.

A los pocos minutos, el coche se detuvo junto a un chalet situado en el barrio de Malate y Tanaka se apeó para abrir la puerta del jardín, penetrando seguidamente el coche hasta el pie de una corta escalinata que daba acceso a la puerta de entrada.

Penetraron en el espacioso y lujoso vestíbulo de la casa, pasando después a un saloncillo confortable y acogedor decorado con buen gusto y cómodo, y Tanaka, con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza, invitó a Jimmy a sentarse en un sillón.

«Vaya —pensó Jimmy—. Tanaka, al parecer, era una persona de buen gusto». Pero le sorprendió que el teniente coronel, tal y como estaban las cosas, viviera solo y sin escolta. Había sabido buscarse un buen sitio, un magnifico y confortable chalet en el barrio más aristocrático de Manila.

Tanaka extrajo de un mueble unas botellas y unas copas que coloco sobre una mesita, y tomó asiento frente a Jimmy.

—Siento no poder ofrecerle mejor servicio, pero es que no tengo costumbre de dormir aquí y mi asistente sólo viene de día.

Jimmy sonrió y mientras, Tanaka llenó su copa, ofreciéndolo, solícitamente, después, un cigarrillo. Tanaka era un hombre de estatura media, algo más alto que el nivel medio de su raza, y de complexión fuerte y robusta. Dio una chupada a su cigarrillo lanzando una bocanada de humo, y con la lentitud característica de las razas orientales, sorbió un trago de su copa hasta casi dejarla vacía.

—Entonces, usted —dijo sonriendo, mientras miraba de frente a Jimmy—, según me han dicho, es un enviado especial del alto mando norteamericano.

—Exacto —repuso Jimmy, con firmeza.

—¿Y cuál ha sido la causa de que se dirigiera usted a mí? Porque supongo que no habrá sido casual.

—En Washington se sabe todo, teniente coronel Tanaka.

—Eso no es cierto. En Washington sabrán muchas cosas, no me cabe la menor duda. Quizá sepan que existo y hasta mi graduación y admito que tengan también mi hoja de servicios, pero mis pensamientos, mi posición mental ante determinadas cosas, no las conoce nadie más que yo. Esto es imposible que lo sepan en Washington, pero… —Y esbozó una sonrisa mirando a Jimmy con sus ojillos lindantes— tal vez la señora Ping Li… ¿Es esta persona quien le ha dado la pista?

Jimmy le miró fijamente unos segundos, sin contestar, y después, dando una chupada al cigarrillo, se dejó caer sobre el respaldo de su sillón.

—No conozco ni sé quién es esa mujer. Además, no creo que importe mucho. Lo importante es que usted me diga si está dispuesto a entrar en negociaciones militares conmigo.

Tanaka sentía recelo y esto lo notó Jimmy en su mirada y en su actitud.

—Depende de las pretensiones que a ustedes les asistan y de las condiciones que me ofrezcan. Después de todo, piense que su petición puede estar fuera del alcance de mi mano.

—No lo creo.

—Bien, entonces dígame concretamente de qué se trata.

—La misión que se me ha confiado es la de ayudar a acortar la guerra en el Pacífico. El colapso alemán está a punto de producirse y la guerra en estas latitudes no creo que continúe mucho tiempo cuando los ejércitos aliados se vuelquen todos hacia aquí.

—Entonces, si tan segura tienen la victoria, ¿por qué quieren ustedes negociar pactos secretos condicionados?

Jimmy quedóse unos momentos desconcertado ante aquella observación inesperada de Tanaka, mientras éste se sonreía de una manera inexpresiva, sin gesticulación.

—Por una razón: queremos ahorrar sufrimientos y vidas humanas. Es inútil y hasta inmoral prolongar esta guerra cuando de antemano, inevitablemente, se vislumbra con claridad el final.

Tanaka se bebió el contenido de una copita y dió una chupada al cigarrillo. Imperceptiblemente, su gesto era reflexivo.

—¿Sufrimientos y vidas humanas? La Humanidad no ha cesado nunca de sufrir. Más bien diría yo que éste es su camino, y en cuanto a eso de las vidas humanas, creo que sólo es una frase. ¿No

lo parece? Hay por encima de todo esto, una razón de orden económico que se disfraza con estas bellezas poéticas. Pero, en fin, a mí nada me importa y, en concreto, ¿qué desea usted de mí?

Jimmy se dió cuenta de que la amargura de la próxima derrota había hecho ya mella en el ánimo de Tanaka, y el pesimismo comenzaba a invadirle.

—En las intenciones del alto mando del Pacífico, entra la posibilidad de un desembarco en cualquier isla del archipiélago filipino y pretendemos que la resistencia a nuestras tropas sea minada o casi nula. ¿Cree usted que ello sería factible? O más concretamente, ¿entra dentro de sus posibilidades la intervención en este asunto?

Tanaka permaneció unos segundos silencioso, con gesto grave y la mirada clavada en los ojos de Jimmy.

—¿Joven, se da usted cuenta de lo que me pide? Es un acto de alta traición.

—Llámele como usted quiera, no me importa, pero yo en su lugar lo consideraría como un acto de pura conveniencia, y en compensación, yo le garantizo, y también a cuántos colaboren con usted, la inmunidad a las consecuencias de la derrota, y, además, la rehabilitación a un puesto digno en el futuro ejército del país. Quizá también entre en estas compensaciones alguna prima en metálico como premio a su actitud y comportamiento. Esto depende de usted.

De pronto, se oyó fuera el ruido de un motor de explosión que se aproximaba al chalet, y a los pocos segundos sonó el timbre de entrada de una forma arbitraria. Jimmy miró alarmado a Tanaka y éste se levantó de su sillón sonriendo de una manera tranquilizadora.

—Son dos amigos que he citado esta noche. Tal vez les interese su proposición. Perdóneme un momento que voy a recibirles.

Abandonó Tanaka el saloncillo y Jimmy quedóse un poco perplejo ante aquella visita inesperada, con un poco de recelo y alarma.

Oyó pasos y algunas palabras en japonés procedentes del vestíbulo, y a los pocos instantes, entró Tanaka de nuevo en el saloncillo, acompañado de dos oficiales nipones.

—Los comandantes de estado mayor, Shushumi y Kodama,

ayudantes míos —presentó Tanaka, mientras éstos hacían una reverencia.

Jimmy correspondió al saludo con una leve inclinación de cabeza mirando receloso a aquellos hombres. Tomaron asiento y Tanaka les invitó a beber y les ofreció un cigarrillo.

—Nosotros, en principio —dijo Tanaka, mientras miraba con una sonrisita a los recién llegados—, aceptamos su proposición, pero ¿quién nos garantiza esa promesa? —Y se quedó mirando fijo a Jimmy mientras lanzaba una bocanada de humo con lentitud, casi con pereza—. Tal vez con un documento de garantía podría bastar, ¿no le parece?

—Represento al Departamento de Guerra, ¿acaso mi palabra no es bastante?

—Sí lo sería, si en realidad nos hubiera usted demostrado que representa al organismo que ha aludido, pero… ¿quién no nos dice que es usted un agente al servicio del general Homma, en cumplimiento de una misión de contraespionaje militar? El general es muy astuto y recela de todos.

Tanaka y sus dos ayudantes se sonreían maliciosamente mirando con fijeza a Jimmy que habíase quedado sorprendido ante aquella objeción.

Tanaka no era tonto, pensó. Sabía cubrirse bien las espaldas, pero el problema tenía solución. Podía exhibirles cualquier documento que garantizase su identidad y la misión que se le había encomendado.

—Bien, no tengo inconveniente —dijo Jimmy, levantándose—. Si me lo permiten, iré a buscar lo que ustedes me requieren.

Pero se dió cuenta de que Tanaka le estaba apuntando con una pistola.

—Lo siento, amigo, pero usted no saldrá de aquí. Quiero evitar, por si acaso, que dentro de media hora Homma nos mande fusilar. Lo siento, repito, pero tendrá que valerse de otro procedimiento.

Jimmy comprendió que su situación habíase complicado y que, sin darse cuenta, se había metido en un problema difícil de resolver. No llevaba documentación encima y, por si acaso, él no podía permitir que Tanaka y sus ayudantes le acompañaran donde se encontraba Lolita, que era quien tenía en aquel momento sus documentos. Por encima de todo, debía también proteger a los que

con él colaboraban.

Pero de pronto, una voz recia y fuerte resonó en la estancia, procedente de un ventanal situado a espaldas de Tanaka que daba al jardín y que quedaba oculto por unas cortinillas.

—Que nadie se mueva. Levanten los brazos.

Los tres japoneses miráronse sorprendidos, y apartando las cortinas del ventanal, apareció Alejo, el muchacho moreno, apuntándoles con un fusil ametrallador. La puerta del saloncillo abrióse también de par en par y un grupo de guerrilleros entraron en el saloncillo apuntando con sus armas. Lolita, con el gesto sereno, iba a la cabeza.

—¿Qué ocurre, Jimmy? —preguntó la muchacha.

—Nada, no tiene importancia —y se dirigió a Tanaka—. Puede guardarse su pistola. Creo que ahora podremos entendernos mejor.

—¿Había surgido alguna dificultad, Jimmy? ¿Por qué te amenazaban con la pistola?

—Desconfiaban de mí. Han creído que podía estar al servicio de Homma.

Y Jimmy lanzó una carcajada.

Tanaka y sus ayudantes todavía se encontraban cohibidos, sin reponerse de la sorpresa.

—Me lo figuró —repuso la muchacha entregando a Jimmy unos papeles en un sobre—. Supongo que con éstos tendrás suficientes.

Jimmy se quedó atónito ante la previsión intuitiva que poseía aquella mujer y le dirigió una mirada de gratitud y satisfacción.

—Aquí tiene, teniente coronel Tanaka. ¿Es esto lo que usted necesita?

Y Jimmy le alargó el sobre. Tanaka extrajo los papeles de su interior y después de echarles un vistazo y enseñárselos a sus ayudantes, se los devolvió a Jimmy haciendo una profunda reverencia.

—Le suplico que no tome en consideración nuestra actitud, ni mi desconfianza inicial. Con su palabra de honor nos basta. Perdón.

A un gesto de Jimmy abandonaron la estancia los guerrilleros y se quedaron solos, Lolita y él con los tres oficiales japoneses.

—Bien, entonces —objetó Jimmy, dirigiéndose a Tanaka—. Supongo que no hay más que hablar.

—Estamos a sus órdenes, señor —repuso, sonriente, Tanaka.

—Mañana les enviaré a un hombre de confianza —se refería a Charles, el agente del F. B. I., en Manila—. Con el que se pondrán ustedes de acuerdo y ultimarán algunas cuestiones de detalle. Él ya se dará a conocer en la forma más conveniente. Buenas noches.

Los tres japoneses, que permanecían de pie, se inclinaron en silencio, y Jimmy, acompañado de la muchacha, abandonó el saloncillo, saliendo al jardín donde fueron recibidos por Alejo y por el resto de los hombres que custodiaban el chalet.

Rápidamente, Alejo dió instrucciones a los hombres y éstos se marcharon, desperdigados para no llamar la atención, mientras ellos se dirigían al coche que había traído Lolita y que dejara en las inmediaciones del chalet de Tanaka. Jimmy, todavía con su elegante uniforme de oficial de «makapili», se puso al volante al lado de la muchacha. Alejo se tendió en el asiento de atrás. De esta forma, no llamarían la atención y pasarían por todas partes sin provocar sospechas desagradables.

—¿Dónde se encuentra nuestra emisora clandestina, Lolita?

—En Sampalok, en las afueras. ¿Qué ocurre?

—Nada de particular. He de enviar un mensaje urgente a nuestras bases de Nueva Guinea.

Arrancó el coche y a los diez minutos cruzaron el río Pasig por el puesto de Parañeque en dirección a Sampalok, donde está enclavada la Universidad de Santo Tomás, fundada por los españoles.

Lolita le fué indicando a Jimmy por dónde debía ir y a los pocos instantes llegaron a la calle del general Luna, en la cual se detuvieron, al final, junto a una casona de doble planta, algo vetusta y aislada.

—A la derecha está la escalera, la encontraréis abierta. En la última puerta dais cinco golpes, con un intervalo en el tercero. Yo os espero aquí en el coche, por si acaso ocurre algo —indicó la muchacha.

Jimmy y Alejo se introdujeron por la puerta de entrada y comenzaron a subir la escalera, que estaba completamente a obscuras. Traspusieron el primer rellano y continuaron subiendo hasta el final. Jimmy levantó su mano para dar, con los nudillos, los

golpes en la forma que le había dicho Lolita, pero en aquel preciso momento se abrió la puerta y… en el umbral apareció, iluminado por la luz interior, la figura de un soldado japonés.

Jimmy y Alejo quedaron estupefactos ante aquella sorpresa, sin comprender a qué se debía la presencia del soldado nipón en el mismo recinto de la emisora clandestina. Rígidos, asombrados, Jimmy y Alejo quedáronse como paralizados, sin atreverse a tomar una decisión e intuyendo la catástrofe que acababa de ocurrir. Pero el soldado nipón al ver el uniforme de Jimmy, dió un taconazo cuadrándose y saludó militarmente. Jimmy se apercibió de ello y rápidamente se dispuso a sacarle partido a aquella circunstancia.

—¿Qué ocurre, sargento? Oímos ruido y creyendo que podía suceder algo hemos subido.

—Debido a ciertas sospechas, hemos practicado en estos alrededores un registro y aquí se ha encontrado una emisora clandestina.

—¡Vaya! —repuso, alegremente, Jimmy—. Le felicito, sargento. ¿Me permite usted que eche un vistazo?

—A la orden, mi capitán —dijo el sargento, en tono hinchado, orgulloso de su propia labor, mientras saludaba—. Iba a dar conocimiento, pero me alegro. Usted servirá de testigo y firmará el parte.

Cruzaron un pasillo precedidos del sargento y abriendo éste una puerta al final, desembocaron en una espaciosa habitación en la que dos soldados nipones saludaron militarmente al ver a Jimmy. Estaban vigilando a los que habían sido sorprendidos en la emisora. En el suelo se hallaban tendidos una mujer y un hombre joven, atados los pies y las manos a la espalda. Éstos se les quedaron mirando serenamente, con una mezcla de desafío y temor a la vez, ante la terrible perspectiva de su futuro inmediato. Y Jimmy, haciéndose el indiferente, echó un vistazo a la emisora receptora portátil que había, abierta, sobre una mesa. Pero las facciones de la joven llamaron poderosamente su atención. Aquellos rasgos semejábanse bastante a los de Carmen, la muchacha que le había puesto en contacto con Tanaka, hermana de Lolita. ¿Sería, acaso, una tercera hermana? Pero rechazó aquella idea. No podía darse tanta casualidad, y quizá no existiese una tercera hermana.

—¿Han registrado las demás habitaciones, sargento? —preguntó

Jimmy, en tono autoritario.

El oficial nipón quedóse indeciso.

—No, mi capitán.

—Entonces, venga conmigo. Tal vez encontremos algo de interés.

Le siguió el sargento y cruzaron el pasillo mientras Alejo permanecía con los soldados y los detenidos en la habitación de la emisora.

—Empezaremos por esta primera. Pase usted, sargento.

Jimmy abrió la puerta invitando con una sonrisa al nipón a que pasara. Penetró él también, cerrando tras sí, y contempló unos segundos al japonés a quien tenía de espaldas. Jimmy se sonrió y sacando rápidamente su pistola, la levantó por el cañón dejándola caer con furia sobre la cabeza del descuidado sargento. Sólo se oyó un «crac» seco y apagado y el nipón se desplomó al suelo como fulminado, sin proferir un solo grito.

Rápidamente abandonó la habitación, cerrándola con llave y se fue derecho al departamento de la emisora.

—¡Al primero que se mueva lo mato! —dijo Jimmy en tono amenazador, apareciendo en el umbral de la puerta, mientras apuntaba con su pistola a los dos soldados nipones.

Éstos, desconcertados ante la sorpresa, se quedaron vacilantes, y Alejo, aprovechando el estupor de los soldados, se abalanzó sobre ellos, desarmándoles rápidamente. Jimmy se sonrió ante la destreza del muchacho.

—Átalos enseguida. Tenemos prisa.

Alejo procedió a desatar a la joven y al guerrillero, que permanecían tendidos, y asombrados también, ante aquel milagro que les salvaba de una muerte segura. Y con las mismas cuerdas se sirvió para inmovilizar a los dos soldados, que Jimmy vigilaba con su pistola.

Alejo les añadió una mordaza para que no gritasen y llamaran la atención y Jimmy, sonriendo de satisfacción, se quedó mirando a la muchacha con curiosidad, mientras Alejo arrastraba por los sobacos a los dos soldados japoneses, encerrándolos en otra habitación.

—¿Cómo se llama usted?

—Marina —contestó la joven, mirándole con sus grandes y bellos ojos, algo aturdida pero repuesta ya del susto.

—¿Está usted a cargo de la emisora?

—Sí, desde hace varios meses.

—¿Quiere usted ponerme la onda para hablar con la emisora central?

La muchacha, dirigiéndose hacia el aparato transmisor, maniobró unas palanquitas e hizo rodar varios mandos.

—Ya lo tiene listo.

—Gracias —repuso Jimmy sonriente, sin cesar de mirar a la joven con curiosidad, ante la sospecha que le había inspirado su parecido con Carmen. Después de un corto silencio, se decidió—: Oiga… ¿tiene usted alguna otra hermana?

—Sí, dos.

—¿Carmen y Lolita, tal vez?

A la joven se le iluminó el rostro de alegría.

—¿Las conoce?

—Abajo encontrará a Lolita. Alejo, acompáñales al coche que yo bajaré dentro de unos minutos. Si ocurriera algo, marcharos que yo ya me las arreglaré.

La muchacha le dirigió una mirada de agradecimiento y acercándosele le estrechó la mano, felicitándole por su intervención y valentía.

Quedóse Jimmy solo y se acercó a la emisora, comenzando a hacer las señales de contacto.

—¿Central?… ¿Central?… Aquí la
M. N. A.
- l. Anoten mensaje cifrado para transmitir en onda de 37,55 metros. Es muy urgente… urgentísimo.

Al día siguiente por la tarde, Jimmy y Alejo penetraron en un bar de las afueras de la ciudad de Malolos, donde habían llegado aquella mañana procedentes de Manila. Mientras, Lolita había partido de madrugada hacia el campamento de los guerrilleros del comandante Magalona, para informarle del buen resultado de las negociaciones de Jimmy con el teniente coronel Tanaka, y traerse consigo a la señora Ping Li, en virtud de una orden recibida por Jimmy del alto mando aliado del Pacífico. Un grupo de guerrilleros le daría escolta y el encuentro se efectuaría en una casa de las afueras de Malolos, mientras que otro grupo, al mando de Lolita, había, salido hacia San Fernando, camino de Salangas, donde se

reunirían, en un punto convenido, con Jimmy, Alejo y la señora Ping Li.

—¿Qué hora es, Alejo? —preguntó Jimmy al muchacho, mientras bebía un trago de su vaso de cerveza.

Ambos estaban sentados en sus respectivos taburetes en la barra del bar.

—Las cuatro menos cuarto.

Jimmy llamó al camarero, que dormitaba en un rincón del mostrador, y pagó la consumición mientras encendía un cigarrillo.

Abandonaron el local y salieron a la calle, algo estrecha, siguiendo a la derecha callo abajo, los dos en silencio, doblando luego la primera esquina que encontraron, donde se pararon frente a una casa de doble planta, cuya puerta estaba cerrada.

Acercándose, llamaron con los nudillos en el tablero y a los pocos instantes se abrió la puerta con sigilo, apareciendo el rostro de una mujer, algo cetrino y de ojos negros. Jimmy, en vista del buen éxito que había obtenido la noche anterior en el asunto de la emisora clandestina, llevaba todavía su uniforme de capitán de «makapili» y Alejo vestía igualmente el uniforme del mismo cuerpo, para hacerse pasar por su ordenanza.

—¿Está el señor Tobin Basa? —preguntó Jimmy, sonriendo.

—¿Qué desea? —dijo aquella mujer, con acento suave.

—Soy un amigo de la señora Ping Li.

—Pasen, por favor.

La puerta se abrió con lentitud, para cerrarse luego tras ellos. Aquella mujer, vestida con una túnica blanca de hilo que ponía de manifiesto su origen hindú, les hizo una seña y Jimmy y Alejo la siguieron por un corredor de columnas hasta una puerta que abrió, haciéndoles pasar a un saloncillo decorado con alfombras y cojines de multitud de colores, desparramados por el suelo. De las paredes colgaban tapices y en un ángulo de la estancia, en un peberete de plata, quemábanse resinas aromáticas.

Aguardaron unos segundos y por una de sus puertas laterales, silenciosa y lenta, apareció la señora Ping Li, que les recibió con aquella sonrisa, encantadora y suave, que casi nunca borrábase de sus labios.

—Me alegro de verles, amigos —e hizo una leve inclinación de cabeza.

—¿Qué tal el viaje, señora Ping Li?

—Muy bien, gracias. Le felicito por su éxito, Jimmy. Ya me he enterado de que su misión ha sido felizmente cumplida.

—En justicia le corresponde a usted la mitad, señora Ping Li — repuso Jimmy, algo sonrojado.

—No tiene importancia. Y dígame, ¿qué significa esa orden del alto mando del Pacífico?

—Significa que tiene usted que abandonar la isla. Tal vez vaya a Nueva Guinea o a Australia, ¿quién sabe? El servicio de información del ejército la necesita, y eso es todo lo que sé.

Ping Li le miró un poco desconcertada, aturdida ante aquella noticia y bajó los ojos para ocultar la tristeza que le causaba la idea de abandonar aquellas tierras en las que había pasado los mejores años de su vida. Guardaron todos silencio y la dama china volvió a mirar a Jimmy.

—Bien. ¿Y cuándo es la partida?

—Dentro de unas horas, señora Ping Li.

Abandonaron los tres la casa despidiéndose del matrimonio hindú y al poco rato cogieron el autobús que les conduciría a Balangas. En uno de los puestos de control japonés, el coche de línea fué detenido y todos los pasajeros tuvieron que exhibir su documentación, sin que hubiese novedad alguna, ya que Jimmy había previsto aquella contingencia y cada uno llevaba su documento de identidad, aunque falso.

Cuando llegaron a Balangas, había anochecido. Se apearon del coche en una plazuela, frente a una antigua iglesia derruida, y cogiendo Jimmy a la señora Ping Li del brazo, se internaron por una estrecha calle que daba al campo donde desembocaron a los pocos minutos.

Guiados por Alejo, caminaron a campo traviesa un buen rato, llegando a un camino vecinal por el que siguieron andando durante una hora hasta llegar a un bosque, por donde se internaba el camino, siguiendo ellos la misma dirección. La noche era suave, algo fresca a causa de la vecindad del mar, y la luna iluminaba el paisaje de una forma espectral e inquietante.

Cuando llegaron a un claro que formaba el bosque, detuviéronse los tres y Jimmy y Alejo echaron una mirada en derredor. Después. Alejo llevóse dos dedos de su mano a la boca y lanzó un fuerte y

prolongado silbido, cuyo eco se perdió entre el follaje de los árboles. Escucharon con atención y a los pocos segundos el silbido fué contestado por otro de igual forma, no muy distante y provenía de la parte de la derecha. A través del bosque se escucharon unas pisadas y a los pocos instantes, de entre los árboles, se destacaron tres sombras que venían a su encuentro. Jimmy reconoció al instante, entre los que se acercaban, a Lolita, con su vestido de campaña, acompañada de dos de sus hombres.

—¿Está todo listo? —preguntó Jimmy a la muchacha.

—Sí, el resto de los hombres nos esperan al final del bosque.

—Entonces vámonos, que es algo tarde.

Y Jimmy consultó su reloj.

Se acomodó la muchacha su fusil ametrallador en bandolera y cogiendo del brazo a la señora Ping Tú, echaron todos a andar por el camino casi borrado por la hierba y los arbustos, bajo la luz blanquecina de la luna. Pero a sus espaldas, una sombra se escurrió de entre los árboles y echó a correr por el camino en dirección contraria, sin que ellos lo percibieran. Era un soldado japonés que desde Balangas les había seguido, presenciando la escena del encuentro con la muchacha y los dos guerrilleros.

Cuando llegaron al final del bosque, la muchacha silbó de una manera convencional y de entre los árboles y matorrales aparecieron unos cincuenta hombres, todos perfectamente armados con fusiles y un cinturón de granadas de mano, los cuales se sumaron al grupo, continuando la marcha.

La dirección que hasta ese momento habían llevado era la del oeste, pero el grupo se desvió en dirección sur buscando la punta de Batán. Se hallaban en plena península del mismo nombre, donde hacía unos tres años había tenido lugar la tristemente célebre «Marcha de Muerte», en la que tantos prisioneros norteamericanos y filipinos murieron dramáticamente de cansancio y hambre.

El terreno comenzó a hacerse quebrado, algo incómodo para los pies menudos de la señora Ping Li, y al poco rato se internaron en plena sierra en dirección al mar. Dejáronse atrás dos grandes bosques y después de atravesar un valle, bordearon un monte de altura media, escalando seguidamente, para ganar tiempo, en una ascensión un poco penosa, la cumbre del Miriñac, una de las montañas de la península de Batán.

A las once y media de la noche alcanzaron la costa, escarpada y rocosa, desprovista de toda playa arenosa y decidieron descansar un rato, cerca del sitio donde Jimmy indicó. Les protegía a sus espaldas un promontorio en el que Jimmy colocó, repartidos estratégicamente, a los hombres, para que vigilasen y advirtieran de cualquier anomalía en el caso de ocurrir cualquier contingencia, y esperaron tendidos en el suelo frente al mar, para descansar de la fatiga. La noche era suave, algo fresca y enervante, y una brisa salina les azotaba tenuemente los rostros, iluminados con una blancura espectral por los rayos suaves de la luna grande.

Cerca de las doce, Jimmy y Alejo, que sentados en una roca a unos metros del agua, escrutaban el horizonte, divisaron al oeste dos puntos negros que surcaban el mar. Eran los dos grandes mercantes japoneses procedentes de Formosa, cargados de armas y municiones, que les había revelado Charles, y que navegaban sin una luz a bordo que les delatara, no tardarían mucho en doblar la punta de la península para internarse en la bahía de Manila, con el fin de atracar en la desembocadura del río Pasig.

Pero a los diez minutos, cuando los barcos navegaban a unas dos millas de la costa, una luz vivísima seguida de una explosión terrorífica, se produjo al costado de uno de los barcos, elevándose una columna enorme de agua hasta el cielo. Pero antes de caer como una zarpa sobre el mercante nipón, un rugido de explosiones comenzó a oírse en el interior de su vientre, amenazador, convulso, mientras dos torpedos más perforaban, horrísonos, el costado del otro mercante, y una cadena de formidables explosiones retumbaron sobre la superficie del mar, levantando gigantescas olas, hubo un momento en que pareció calmarse aquel infierno, que contemplaban atónitos desde la costa Jimmy y sus compañeros, pero de repente, como si fuera una descarga de cien mil baterías pesadas, brillaron infinidad de resplandores casi simultáneos, seguidos de un horroroso estruendo, elevándose a veinte o treinta metros de altura, mástiles rotos, hierros retorcidos y desgajados y hombres despedazados por la metralla, en un espectáculo macabro y sobrecogedor. Después, se rehízo el silencio y todo volvió a quedar en calina como si no hubiese pasado nada.

Jimmy y sus compañeros quedaron mudos e impresionados ante aquel infernal espectáculo que parecía haber sido una pesadilla,

pero nadie se movió de su sitio. Entonces Jimmy llamó seguidamente a Lolita y ésta le entregó un aparatito que él aplicó a su oído apretando un botón para conectarlo. Era un radioteléfono de los llamados «HT» o «Handie-Talkie» que usaba el ejército para transmisiones entre las avanzadillas, cuyo alcance es de dos kilómetros en terreno ondulado o montañoso.

Jimmy esperó, con el oído pegado al auricular, unos minutos, algo impaciente, y de pronto escucho una voz un poco metalizada en su interior.

—Aquí, comandante submarino. Contesten, guerrilleros. ¿Hay alguna novedad?

—Sin novedad, mi comandante —repuso Jimmy, con el rostro iluminado de alegría.

—¿Con quién hablo?

—Con el jefe de las fuerzas guerrilleras.

—Está bien. ¿Podemos desembarcar?

—Sí, cuando quieran.

Jimmy desconectó el radioteléfono y las miradas de los tres posáronse sobre la superficie del mar taladrando la penumbra de la noche. A los pocos minutos, a un centenar de metros, emergió una sombra obscura parecida al lomo de un gigantesco cetáceo, abriéndose la torreta, sobre la que aparecieron varias figuras humanas. Dos hombres lanzaron una balsa de caucho al agua y subiendo en una, comenzaron a bogar hacia tierra. Jimmy les hizo señales con una lamparilla eléctrica para orientarles.

La balsa se acercaba como un fantasma sobre la superficie del mar, manejada por dos marineros armados, diestros en los remos, y Jimmy, acercándose a la señora Ping Li, le preguntó si estaba preparada.

—Cuando usted quiera, Jimmy —respondió la dama china, un poco triste y con acento resignado.

Jimmy no comprendía del todo aquella tristeza de Ping Li y su resistencia espiritual de abandonar la isla.

Pero en aquel momento, sonó un disparo de fusil detrás del promontorio que les resguardaba y Jimmy levantó la cabeza alarmado. Volvieron a oírse tres disparos más y Lolita y Alejo corrieron hacia donde él estaba, mirándole interrogantes, algo intranquilos. Sonaron nuevos disparos y de pronto comenzó a

generalizarse el fuego de fusilería entrando en acción un fusil ametrallador. Un ruido de piedras arrastradas sobre la loma, les hizo volver la cabeza y vieron venir corriendo hacia ellos un hombre, que se detuvo en lo alto de una roca, gritando:

—¡Los japoneses nos atacan!

Y echó a correr nuevamente roca arriba a reunirse con sus compañeros. Jimmy, todo alarmado echó un vistazo a la balsa tripulada por los dos marineros del submarino, que se encontraba ya a muy pocos metros de tierra, y dirigióse a Lolita.

—Sube tú a dirigir la defensa, y tú. Alejo, acompáñala. Yo me ocuparé de la señora Ping Li y enseguida me reuniré con vosotros.

Se despidieron de la señora Ping Li, Alejo y Lolita, y Jimmy cogió de la mano a la dama china, llevándola sobro una roca baja al borde del mar. La balsa se acercó silenciosa y uno de los marinos saltó a tierra, sujetando con la mano la embarcación por un cabo fino y resistente.

—Adiós, señora Ping Li, buen viaje y que la suerte le acompañe.

La dama china se le quedó mirando, con los ojos anegados en llanto.

—Señor Jimmy, cuando vea al comandante Magalona, dígale que hasta el último momento de mi estancia en territorio filipino mi recuerdo le pertenece y que mi pensamiento nunca se separará de él… y también que espero nos reunamos pronto. Adiós.

Los disparos, al otro lado de la loma, se sucedían sin interrupción, y de pronto, desgarrando el aire y haciendo temblar el suelo, sonaron, violentas, las explosiones de tres granadas de mano.

—¿Qué ocurre por ahí? —preguntó el marino de rostro curtido a Jimmy con la mayor serenidad e indiferencia, mientras la señora Ping Li se acomodaba, ayudada por el otro marinero, en un extremo de la balsa.

—Un «match» amistoso con los japoneses —repuso Jimmy, sonriendo.

—Pues cuidado con los directos…

Y saltó a la balsa, despegándose ésta de la orilla.

La señora Ping Li le envió un último saludo con la mano y comenzaron a bogar vigorosamente los marineros, en dirección al submarino que la llevaría a otras tierras lejanas. Jimmy acababa de comprender la tristeza de la dama china. Ella también estaba

enamorada.

Recogió su fusil ametrallador y empuñándolo fuertemente y colocándose en bandolera el radioteléfono, sujeto por una correa, echó a correr hacia el promontorio, sorteando rocas y arbustos, al encuentro de los guerrilleros. La batalla arreciaba en aquellos momentos. Cuando llegó a la cima, Alejo le salió al encuentro y fueron en busca de la muchacha. Las balas enemigas pasaban sobre sus cabezas con un zumbido de muerte y Jimmy se apercibió de que el enemigo era numeroso. La muchacha, detrás de una roca, se defendía con bravura disparando su fusil ametrallador. Varias granadas enemigas estallaron cerca y ellos se tumbaron en el suelo unos instantes.

—Estamos prácticamente cercados y el enemigo es numéricamente superior a nosotros —dijo la muchacha sin inmutarse, con la mayor tranquilidad.

—¿Crees que la situación es grave? —le preguntó Jimmy.

—Sí, no sé cómo saldremos de esto.

Jimmy reflexionó unos instantes y después, explorando con la vista la situación de los japoneses que les atacaban, cogió el radioteléfono y comenzó a hacer las señales de contacto. El submarino respondió al instante.

—Oiga, mi comandante, habla el jefe de los guerrilleros.

—Al habla submarino. Dígame, ¿qué sucede?

—Nos están atacando fuerzas japonesas muy superiores en número. ¿Podría ayudarnos?

—En hombres, no. Llevo la dotación justa.

—Sólo necesitamos sus cañones. ¿Es posible?

—Desde luego, puede disponer. ¿Qué situación tiene el enemigo?

Jimmy le dió los datos concretos y suficientes.

—Está bien —repuso el comandante del submarino después de unos instantes—. Hagan una retirada rápida doscientos metros a la izquierda y ataquen después de flanco. Nosotros nos encargaremos del resto dentro de cinco minutos.

Salió Alejo corriendo para cumplir la orden y Jimmy y Lolita le siguieron, escurriéndose entre los matorrales. El grueso del grupo se les reunió en el flanco izquierdo, aproximadamente a la distancia que les había indicado el comandante del submarino, y Jimmy

comenzó a preparar la operación de ataque y hostigamiento. Una ametralladora ligera enemiga comenzó a funcionar en aquel momento, disparando sobre las posiciones que antes ocupaban. Jimmy se sonrió.

De pronto, los dos cañones rápidos del submarino comenzaron a abrir fuego sobre las posiciones japonesas. Zumbaron los obuses sobre el cielo y una granizada en abanico, haciendo semicírculos progresivos, de granadas, comenzaron a estallar con un estruendo espantoso lanzando llamaradas en todas direcciones. Las granadas eran incendiarias y pronto el bosque comenzó a arder con un crepitar de ramas y hojarasca mezclado con los gritos de terror de los soldados nipones heridos y de sus compañeros que, sorprendidos y desconcertados, corrían de un lugar a otro, ofreciendo un excelente blanco a los guerrilleros apostados en posiciones seguras.

Después de las granadas incendiarias, el submarino comenzó a ametrallar las posiciones niponas con proyectiles cohetes, convirtiendo en un infierno el campo enemigo. Los soldados nipones saltaban despedazados por el aire. Ramas y arbustos encendidos con un crepitar escalofriante saltaban también en profusión hacia lo alto, sembrando de fuego sus alrededores y cayendo sobre los soldados que huían, convirtiéndolos en antorchas vivientes, que iban, a su vez, a incrementar el fuego del bosque.

Las llamas se propagaron, convirtiendo una inmensa zona en una horrorosa hoguera, y entonces, Jimmy, desde su posición, comunicó con el submarino que cesara de disparar, despidiéndose del comandante. El enemigo, aunque todavía mantenía focos de resistencia, estaba, prácticamente batido. Y Jimmy dió la orden a los guerrilleros de atacar las posiciones enemigas aisladas que habían sobrevivido al ataque de los cañones y proyectiles cohetes del submarino.

Avanzaron diseminados en grupos, parapetándose en los árboles y salientes del terreno, y, de pronto, una ametralladora enemiga comenzó a disparar sobre el grupo que dirigía Lolita. Jimmy, seguido de Alejo y tres hombres más, se arrastraron rodeando la posición y cuando estuvieron cerca, cinco granadas de mano cayeron sobre la hondonada, haciendo saltar la ametralladora y los hombres hechos pedazos. Había que exterminar toda resistencia inmediatamente, ya que la misión había terminado. Eran todavía

varios focos los que se resistían y era preciso terminar con ellos lo antes posible.



Cinco granadas de mano cayeron sobre la hondonada...

De una de las posiciones que atacaba el grupo de la muchacha, salió un soldado japonés empuñando su fusil ametrallador y echó a correr, ocultándose entre los arbustos, con la intención de colocarse

a espaldas del grupo atacante. Gracias a la luz que proporcionaba el incendio del bosque, Jimmy le vió y cogiendo su fusil ametrallador, se dirigió a Alejo.

—Seguid vosotros, que yo me encargo de ése.

Y echó a correr en su persecución, un poco inquieto por el peligro que corría la muchacha. Estaba dispuesto a demoler la isla de Luzón entera si era preciso, antes de que le pudiese ocurrir algo a Lolita…

Vió al japonés como se ocultaba tras de unos matorrales y después se encaramaba sobre una pequeña colina, para divisar mejor al grupo que se encontraba a la otra parte y atacarle por la espalda, y Jimmy echó a correr, rodeando la colina para salirle al paso. Trepó por unas peñas junto a un terraplén de piedras menudas y redondeadas y se asomó con sigilo. Allí, a unos metros de distancia, tras de unos matorrales, de espalda, vio al soldado japonés esgrimiendo amenazadoramente su fusil ametrallador. Jimmy apoyó su pie derecho sobre un saliente de la roca, para saltar fuera de la escarpadura, pero el saliente falló bajo el peso de Jimmy, y éste, perdiendo el equilibrio, rodó por la pendiente de piedras redondeadas, produciendo un gran estrépito al arrastrar los cantos tras de sí. Cuando llegó al final de la pendiente y quiso incorporarse, Jimmy se quedó petrificado, sin movimiento, al dirigir sus ojos hacia arriba. El soldado nipón, que había acudido al oír el ruido que Jimmy hizo en su caída, asomado a la cima del promontorio, se apoyaba en aquel momento su fusil ametrallador sobre el hombro y le apuntó cuidadosamente.

No había salvación, pensó Jimmy. Había perdido, en su caída, el arma, y no podía defenderse. Cerró los ojos en espera del último momento de su vida.

Tableteó furioso un fusil ametrallador poblando el aire de ecos de muerte, seguido después de un ruido de piedras arrastradas, y un cuerpo tropezó, rodando, con Jimmy, quien abrió los ojos, sorprendido y atónito, sin comprender lo que pasaba. A su lado yacía inmóvil con un rictus de muerte en sus labios, el soldado japonés.

Jimmy levantó la vista, aturdido, y sobre una roca, en la cima del promontorio, vió como se erguía victoriosa, con un fusil ametrallador bajo del brazo, todavía humeante, la figura

adolescente de Lolita. Le había salvado la vida.

V

Jimmy se paseaba nervioso, fumando sin cesar, de un extremo a otro de la estancia, mientras Alejo y tres guerrilleros más, sentados alrededor de una mesa iluminada por una lámpara de petróleo, jugaban al «mahjong», especie de dominó chino. La estancia era espaciosa y pertenecía a los sótanos de un viejo molino situado a las afueras de Manila, donde se habían congregado aquella noche, clandestinamente, Jimmy y unos cuarenta guerrilleros, todos armados, esperando un cargamento de armas facilitado por los espías filipinos introducidos en el ejército «Makapili». El vetusto molino, rodeado de arboleda y una vieja tapia, también medio derruida, se hallaba envuelto en la obscuridad de la noche, vigilado por los guerrilleros que, prestos a cualquier eventualidad, montaban guardia a su alrededor.

Jimmy volvió a encender otro cigarrillo y consultó su reloj. No tardaría mucho tiempo en llegar el camión con las cajas de armas y municiones. Alguien llamó a la puerta y Jimmy la abrió, penetrando en la estancia un hombre de los que hacían guardia en el exterior.

—Acaba de llegar una muchacha que pregunta por ti, Jimmy.

—¿Una muchacha? —exclamó Jimmy, sorprendido—. ¿Y quién es?

—No lo sé. Me ha costado gran trabajo detenerla y que no me siguiera. Parece muy excitada y dice que tiene que hablar contigo de preciso, para decirte algo muy importante.

—Hazla pasar —dijo Jimmy, encogiéndose de hombros.

Alejo y los otros continuaron jugando al «mahjong» y Jimmy siguió paseando de un extremo a otro.

Pero de pronto abrióse la puerta con violencia y en el umbral apareció Carmen, con el gesto descompuesto y la desesperación pintada en sus bellos ojos, algo enrojecidos por el llanto. La muchacha se precipitó sobre Jimmy, cogiéndole las manos.

—¡Jimmy, los japoneses se han llevado a Lolita y a Marina y a dos hombres más!

Y en su acento había algo de fiereza incontenida, lejos del miedo y de la cobardía, pero desgarrado y angustioso. La muchacha prosiguió, mientras zarandeaba los brazos de Jimmy, en un arranque convulsivo:

—¡Hemos de hacer algo, Jimmy! ¡Hemos de hacer lo que sea, porque los matarán! ¡Seguro que los matarán!

Y la muchacha prorrumpió en sollozos. Jimmy habíase quedado estupefacto, intensamente pálido ante la gravedad de la noticia y Alejo y los demás hombres miraron alternativamente a Jimmy y a la muchacha, mudos y atónitos, impresionados por el terrible suceso.

Jimmy lanzó furioso el cigarrillo que humeaba entre sus dedos a un rincón y cogiendo a la muchacha por los hombros, la hizo sentar en una silla, logrando él dominar sus nervios.

—Vamos a ver, serénate un poquito y cuéntame cómo ha sido eso. Te prometo que serán liberados y que no les pasará nada.

La muchacha cesó de llorar y haciendo un esfuerzo, logró recuperar el dominio de sí misma, soportando la angustia y la inquietud que sentía con una entereza y valor admirables.

—Fui a ver a mis hermanas, pues me avisaron que me esperaban en casa de Pancho Pulitan y antes de llegar a la casa me detuve perpleja sin dar crédito a lo que veían mis ojos. En aquel momento, sacaban a los cuatro, atados con una cuerda por las muñecas, una patrulla de soldados japoneses que, al parecer, habían hecho un registro en la finca y les habían detenido por ocuparles armas, según me enteré después. Me oculté detrás de unos árboles disimulando mi presencia todo lo mejor que pude y seguí a la patrulla con los detenidos hasta la prisión de americanos en «Park Avenue», donde los han encerrado. Pero tenemos que hacer algo, Jimmy. ¡Los matarán! Y tenemos que evitarlo.

Jimmy se quedó mirando a los ojos de Carmen, grandes y expresivos, donde el coraje y la angustia, en un titánico impulso, le pedían su apoyo y auxilio inmediato, y desvió su mirada de la joven, envuelto en aquella sensación extraña que, como la vez primera, no se explicaba ni comprendía. Aquellos ojos, aquella mirada de Carmen le impresionaba de una forma inexplicable. Sentíase atraído, sugestionado por el misterio que temblaba en las

profundidades de aquellas pupilas negras, más allá de la pura y simple emoción o sentimientos conscientes de la muchacha.

—Bien —objetó al fin Jimmy—. No te preocupes, que eso se arreglará pronto. No los matarán, porque no tendrán tiempo los japoneses para ello. Te lo aseguro.

—Sí, pero ¿cuándo, Jimmy? Es necesario actuar rápido. Sus vidas corren peligro y esto me produce un desasosiego y una angustia que apenas puedo soportar. Jimmy, te lo ruego.

—Escucha un momento, pequeña. Estamos esperando un cargamento de armas y en cuanto llegue, que será de un momento a otro, iremos enseguida a salvar a tus hermanas y a los compañeros que han detenido junto con ellas. Mientras…

En aquel momento, llamaron a la puerta, y Alejo abrió, penetrando uno de guerrilleros.

—Acaba de llegar el camión y ha descargado cuatro rajas. ¿Dónde las ponemos?

—¿Cuatro? —Y Jimmy miró sorprendido a Alejo—. ¿No eran ocho?

—Sí, debían ser ocho, al menos eso me dijeron —contestó el muchacho.

—Bien, colocadlas en el departamento que hay a la entrada y cuando estén destapadas avisadme. Id vosotros también para ayudarles —ordenó a Alejo y a los otros tres guerrilleros.

Salieron todos y Jimmy quedóse con la muchacha, que le miraba de una forma extraña, casi con indiferencia. Encendió un nuevo pitillo, comenzando a pasearse en silencio, algo intranquilo y apesadumbrado por el suceso ocurrido a Lolita y a su hermana Marina. Lolita representaba para él algo más que un camarada de armas o una persona a la que se estima. Él estaba enamorado de ella, de su ayudante. La quería… Y se quedó mirando inconscientemente a Carmen.

Sus pensamientos se quedaron cortados ante la presencia de la joven, de aquellos ojos que le miraban sin pestañear, y se pasó la mano por la cara, un poco desconcertado. ¿Qué le ocurría? ¿Estaba realmente enamorado de Lolita? A ella le debía la vida. La había salvado de la muerte, pero… Jimmy se hizo un lío mentalmente sin comprender lo que en su interior lo pasaba. Se encogió de hombros y siguió paseando.

—¡Jimmy!… ¡Jimmy!…

La voz de Alejo retumbó afuera, violenta, alarmante y Jimmy paróse en mitad de la estancia sorprendido. ¿Qué pasaba? Se oyeron en el exterior los pasos del joven que se acercaban y Jimmy rápidamente abrió la puerta, alarmado, tropezando en el umbral con Alejo, en cuyo rostro moreno marcábase un gesto impresionante de sorpresa y contrariedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jimmy, inquieto ante el aspecto de Alejo.

—Algo terrible. ¡Vamos, date prisa, sígueme!

Y arrastró a Jimmy del brazo, echando a correr ambos a través del pasillo que comunicaba los sótanos del molino con la planta baja. Subieron rápidamente las escaleras que había al final del corredor, desembocando en una especie de vestíbulo a la entrada, introduciéndose seguidamente por un pasillo a la derecha. En la primera puerta a la izquierda se detuvieron y, abriéndola Alejo, penetraron en la habitación, iluminada por dos lámparas de petróleo.

Pero Jimmy no pudo dar más de dos pasos. Sobrecogido, mudo y estupefacto por el espectáculo que contemplaban sus ojos, quedóse rígido, aturdido, como si hubiese recibido un golpe violento en pleno rostro.

En el suelo, las cajas de municiones que había descargado el camión, habían sido abiertas y en su interior, sobre un fondo de piedras, encontrábanse, en cada una, las cabezas seccionadas del teniente coronel Tanaka, sus ayudantes Shushumi y Kodama y la del agente del
F. B. I.,
en Manila, Charles.

Jimmy contempló aquellas cabezas, brutalmente separadas del cuerpo, ensangrentadas, con la rigidez y el acartonamiento que produce la muerte, y un escalofrío recorrió su cuerpo, haciendo un gesto de repugnancia, al reparar en la mueca horrible de aquellos rostros y el terror todavía viviente en los ojos vidriosos, que, en alguno permanecían aún abiertos, desorbitados e impresionantes, como protesta última y convulsiva de su espantosa muerte.

Jimmy apartó su mirada de aquel macabro y horrible espectáculo y se quedó mirando a los tres hombres que habían

procedido a abrir las cajas, pálidos y silenciosos, que, a su vez, miraban a Jimmy. La luz rojiza de las lámparas se esparcía por la estancia, dando al ambiente un matiz siniestro y sobrecogedor.

La misión que se le había encomendado, sus negociaciones militares, su objetivo, se habían derrumbado, pensó Jimmy. Todo se había ido al traste. Todo su trabajo y el de sus colaboradores resultaba inútil… Y lo que era peor, el tiempo se le echaba encima. ¿Qué hacer ante tamaña circunstancia? Y apretó las mandíbulas y los puños en un gesto de desesperación.

Maquinalmente extrajo un cigarrillo del bolsillo y lo encendió en silencio, centrado en aquel torbellino de ideas que en tropel acudían a su cerebro. Estaba desorientado. ¿Qué camino tomar? Y había que encontrar una solución rápida. Era preciso.

Sonó un disparo en el exterior y todos levantaron la cabeza como si despertasen de una pesadilla. Había sido tan enorme la sorpresa y la conmoción sufridas al destapar las cajas, que habíanse olvidado que lo más natural era que estuviesen cercados por los japoneses. ¿Qué demonios había ocurrido para que descubrieran a Tanaka, y a sus colaboradores? ¿Habría algún espía entre ellos, o fué simplemente un descuido del teniente coronel nipón?

Los disparos comenzaron a arreciar en el exterior y a una señal de Jimmy, los hombres apagaron las lámparas y salieron todos hacia aquella especie de vestíbulo en el interior de la puerta de entrada. Jimmy, Alejo y los tres guerrilleros abandonaron el edificio y se dirigieron a la tapia que circundaba el molino, para dirigir la defensa. En aquel momento comenzaba un nutrido fuego de fusilería en todo el contorno, señal del ataque japonés. No cabía la menor duda, pensó Jimmy, que esto sería el tanteo para efectuar el asalto por el sitio más débil. Jimmy, seguido de Alejo, dió la vuelta al contorno de la defensa, donde los guerrilleros apostados disparaban con encono sus armas contra los asaltantes, y Jimmy se dió cuenta de que sus posiciones eran débiles, a causa de tener que defender un contorno tan dilatado.

En aquel momento comenzaron a disparar varias ametralladoras pesadas del enemigo y unas cuantas granadas de mano cayeron sobre el muro derribándolo en algunos sitios. El asalto enemigo en gran escala comenzaba y la defensa se haría difícil. Había que tomar una decisión. La huida era imposible, pues estaban

completamente cercados y había que defenderse hasta el último momento.

—Alejo —llamó Jimmy, con los ojos brillantes—. Escoge quince hombres que tengan fusil ametrallador y apostaros en el tejado del edificio. Desde allí protegeréis nuestra retirada. Date prisa. Después baja a ver a la muchacha y dale ánimo.

Alejo cumplió inmediatamente la orden y Jimmy se acercó al muro, mirando al exterior. En aquel momento, un objeto obscuro procedente del enemigo cruzó el aire y fué a caer a unos metros de Jimmy. Una tremenda explosión agitó violentamente el aire y Jimmy fué lanzado hacia atrás, dando varias vueltas por el suelo.

—¡Malditos! —exclamó, levantándose furioso.

Y cogiendo su fusil ametrallador, comentó a disparar sobre un grupo de japoneses que se acercaban, barriéndolos.

De los tejados del molino comenzaron a disparar los fusiles ametralladores de los guerrilleros apostados por Alejo, y entonces, Jimmy, valiéndose de dos enlaces, ordenó la retirada al interior del edificio. Todos se replegaron, defendidos por los fusiles ametralladores de los guerrilleros, que disparaban desde el tejado sobre los asaltantes japoneses que intentaban pasar por la tapia, y cuando entró el último, cerraron la puerta atracándola fuertemente con vigas de hierro y pesados tablones de madera.

—¡Tú, Farrell! —gritó Jimmy a un guerrillero de cara tostada—. ¡Distribuye los hombres en las ventanas del edificio y que no dejen pasar a ningún japonés de las tapias! Y vosotros cuatro quedaros aquí para defender la puerta.

Partieron los hombres con Farrell hacia el interior del edificio y Jimmy y los cuatro guerrilleros que le habían sido designados, con las culatas de los fusiles se abrieron cada uno un boquete en la puerta de entrada, para disparar sobre el enemigo que intentara acercarse.

En algunos puntos la tapia del viejo molino había sido ya asaltada por las fuerzas niponas. Comenzaron las ametralladoras enemigas a disparar sobre el tejado y algunos guerrilleros cayeron al suelo produciendo, en su violento choque, un ruido escalofriante. En aquel momento, los hombres colocados por Farrell en las ventanas comenzaron a disparar, produciéndose un fragor en la contienda infernal. Aquello no podía durar mucho, pensó

desesperado Jimmy, pues era seguro que el enemigo, para reducirles, no vacilaría en traer más refuerzos, incluso artillería, si era preciso. Sólo les quedaba un camino: morir todos defendiéndose.

Una explosión terrible resonó violenta sobre la cabeza de Jimmy y los cuatro guerrilleros que defendían la puerta, y la parte alta voló hecha astillas por la fuerza expansiva de una granada de mano. Jimmy y los hombres rodaron, conmocionados, por el suelo, pero recuperándose al instante, volvieron a sus respectivas troneras para disparar sobre el enemigo que se les venía encima, Jimmy y los demás dispararon sus fusiles ametralladoras sobre el grupo enemigo, que fué rechazado, dejando cuantiosas bajas en el suelo. Alguien tocó al hombro de Jimmy y éste volvióse, viendo a Alejo y a la muchacha, que empuñaba un fusil.

—Pero ¿qué haces aquí? —gritó sorprendido a la joven, que le miraba serena—. ¿No ves que corres peligro?

—Ya sé que no saldremos ninguno vivo de aquí y prefiero morir matando —respondió Carmen, excitada por el fragor de la lucha, mientras se acercaba a la puerta—. ¿Cómo se maneja esto?

En unos segundos, Alejo le explicó el funcionamiento y la muchacha, comenzó a disparar por entre las fisuras de la puerta astillada.

De pronto, comenzaron a retumbar los cañones emplazados por el enemigo y los obuses estallaron violentos y terroríficos sobre el viejo edificio, volando la parte alta del ala derecha.

«No había salvación —pensó Jimmy, furioso—. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?», se preguntaba mientras su fusil ametralladora disparaba incesante.

Pero de repente se retiró de su sitio, sorprendido y esperanzado, dirigiéndose a Alejo. Acababa de ocurrírsele una idea.

—Oye, Alejo, este molino era movido por agua, ¿verdad?

—Sí —respondió el muchacho, sin comprender.

—No cabe la menor duda —siguió Jimmy— que tomaría el agua del río Pasig por medio de un túnel subterráneo.

—Sí, tal vez.

Los ojos de Jimmy brillaron entusiasmados.

—Trata de encontrar ese túnel. Es nuestra salvación, Alejo.

El muchacho comprendió y dando un gran salto salió corriendo

hacia el interior del edificio. Jimmy con presteza, volvió a su puesto.

El fragor de la batalla era imponente. El suelo temblaba a cada granada de mano que estallaba, mezclado con los disparos de fusilería y ametralladora y los obuses que iban mordisqueando de una manera aplastante y terrorífica los gruesos muros del viejo molino. Jimmy vió venir en aquel instante la sombra corpulenta de Alejo, que se acercaba corriendo.

—¡Jimmy, Jimmy, lo he encontrado! En los sótanos de la parte posterior del edificio, donde está el volante central de la antigua maquinaria.

—Bien, entonces avisa a todos los hombres que se retiren hacia allí. ¡Vamos enseguida!

Y cogiendo a Carmen del brazo, la arrastró hacia el lugar indicado por Alejo, seguido de los demás hombres que defendían la puerta.

Corrieron por el pasillo de los sótanos y pronto llegaron a un departamento cuyo techo se elevaba sobre la planta baja del edificio. Uno de los hombres llevaba una lámpara de petróleo encendida que había recogido del departamento donde Jimmy recibiera a Carmen. Allí se encontraban las gigantescas aspas metálicas carcomidas por la herrumbre, unidas por un eje de gran diámetro al volante que en un tiempo movía el resto de la maquinaria, separados por un grueso muro para proteger al volante de las aguas. En cada parte de la estancia, la boca de un túnel, superior a la altura de un hombre. Uno que desembocaría en el mar y el otro en el río. Había que decidirse, pensó Jimmy. Pero después de sospesar la situación, se decidió tomar el que les conduciría al río.

Pronto comenzaron a llegar los hombres. En total, unos veinticinco. El resto habían caído en la lucha.

Se introdujeron todos por aquel túnel húmedo y obscuro, seguidos de Jimmy, Alejo y la muchacha, y comenzaron a caminar aprisa dejándose a sus espaldas el ataque japonés al edificio evacuado por los sitiados.

Todos sentíanse optimistas por aquel camino de salvación, que, gracias a la idea genial de Jimmy, se les había abierto, menos la muchacha y él. Ella, angustiada por la situación de sus hermanas, y

Jimmy por lo mismo, pero, aparte, por sus planes en ruina, echados a rodar sin que su objetivo fuera alcanzado. Aquella contrariedad, aquel fracaso de su misión a causa de la trágica muerte de Tanaka y sus ayudantes, le tenía desesperado. ¿Qué hacer?, se preguntó, nervioso. Había que jugarse el todo por el todo y lograr a toda costa el objetivo que le había señalado en Washington el teniente coronel Vanderberg. Y de pronto, se le ocurrió una idea gigante, trazándose seguidamente un plan arriesgado en su cerebro.

—Oye, Alejo, ¿quién es el ayudante del general Homma?

—El coronel Okura —respondió, perplejo, el muchacho.

Pero unos ladridos lejanos les hicieron detenerse. Los japoneses habían sospechado por dónde se había efectuado la evasión y les seguían la pista con perros rastreadores.

—¡Pronto! —gritó Jimmy—. El dinamitero, que venga enseguida.

De los de delante se destacó un muchacho corpulento y Jimmy dióle instrucciones rápidas.

Simultáneamente, tres hombres comenzaron a perforar los muros laterales del túnel y el techo, y en pocos momentos fueron colocados diestramente los cartuchos de dinamita. El ladrido de los perros y los gritos de los soldados oíanse ya cerca. Con una cerilla, Jimmy prendió fuego a las mechas y echaron todos a correr túnel adentro. Los perros ladraban rabiosamente, retumbando en el túnel sus aullidos de una forma ensordecedora, escalofriante. Ya estaban cerca, se aproximaban. Unos disparos a sus espaldas les hicieron tumbarse en el suelo, pero en aquel momento comenzó a temblar el túnel en una vibración espantosa, pareciendo que se venía todo abajo, y una formidable explosión llenó el ámbito de humo y polvo, derrumbándose el lugar donde habían colocado la dinamita. De nuevo estaban salvados. Se levantaron del suelo dirigiéndose de nuevo hacia la salida, y a los diez minutos escasos se encontraron todos en la orilla derecha del río Pasig, donde, a unos tres metros de la salida del túnel, cerraba el paso del agua un muro que, en otros tiempos, había sido una compuerta.

Jimmy llamó aparte a Alejo y le dio varias instrucciones. En seguidas se alejaron el muchacho con los hombres. Carmen, junto con Jimmy, tomaron dirección distinta.

—¿Sabes dónde vive el coronel Okura? —preguntó a la

muchacha.

—Sí, pero ¿y mis hermanas, Jimmy? ¡Tenemos que hacer algo, es preciso!

—Todo se arreglará esta noche, no te preocupes, pero ahora acompáñame a casa del coronel. Tengo que hacer algo muy importante mientras se prepara el salvamento de tus hermanas. Vamos.

Se internaron en Malate por la calle Dakota, y Jimmy, con su uniforme de oficial de «makapili», cogió del brazo a Carmen con el fin de no llamar la atención. Continuaron por Carolina, que estaba completamente a obscuras, torciendo por otra al final y desde una de las bocacalles, Carmen le señaló a Jimmy el chalet residencia del coronel ayudante de Homma, Okura. Jimmy iba a cometer una locura, lo sabía. Se iba a meter en las mismas fauces del lobo, pero no había más remedio. Por encima de todas las cosas, tenía que conseguir su objetivo. Debía cumplir con su deber, había que realizar aquella empresa aun por encima de su propia vida. Y esto era lo que iba a hacer. Jugársela limpiamente.

Rogó a Carmen que se ocultara detrás de una especie de kiosco que había en la acera y que le esperara unos instantes, pues él no tardaría en volver, y se deslizó entre las sombras en dirección al chalet residencia de Okura.

De pronto, se dio cuenta de que la residencia estaba fuertemente protegida, pero esto no le arredró. La valla del jardín se hallaba estratégicamente rodeada de centinelas que se paseaban constantemente, cruzándose entre dos puestos. Jimmy se dirigió hacia la parte trasera del edificio y acercándose, esperó. Los dos centinelas se cruzaron en el punto donde esperaba Jimmy y al llegar a sus respectivas garitas, antes de que se volviesen de cara, echó a correr y de un salto fué a caer al otro lado de la valla, tendiéndose en el suelo. Los centinelas no se dieren cuenta. Se deslizó a rastras sobre el césped, ocultándose en los macizos del jardín, y después escaló con el mayor sigilo el edificio, introduciéndose por una ventana que encontró abierta.

A la luz de su linterna, consultó su reloj. Las dos y media de la madrugada. Seguro que el coronel Okura estaría en aquel momento durmiendo. Salió a un pasillo y después desembocó a una especie de saloncillo donde daba el dormitorio del coronel. Pero en aquel

momento, oyó unas pisadas y rápidamente se ocultó detrás de un diván que había en el rincón. Un oficial pasó rozándole, procedente del pasillo, y se internó en una habitación que se encontraba al final de un corredor que había a su izquierda. Jimmy abandonó su escondite y acercóse a la puerta del dormitorio de Okura Con el mayor sigilo giró lentamente el pomo de la puerta. Ésta cedió, abriéndose, y por ella se introdujo Jimmy cerrándola con el mayor cuidado, por dentro. Extrajo de su bolsillo la pistola y buscó en la obscuridad el conmutador de la luz. La estancia quedó iluminada débilmente por una luz lechosa procedente de una lámpara que colgaba del techo y Jimmy acercóse, empuñando su pistola, al lecho donde dormía el coronel nipón.

Sentóse en una butaca que había junto a la cama, con la mayor tranquilidad, y alargando su mano izquierda, dió unos golpecitos suaves en el hombro de Okura. Éste abrió los ojos y Jimmy se llevó el índice a los labios, invitándole a que guardara silencio mientras que con la derecha le apuntaba amenazador. El coronel se incorporó, sorprendido.

—Le ruego guarde silencio, coronel Okura. De lo contrario, tendré que matarle —dijo por lo bajo Jimmy, casi sonriendo—. Mi propósito es lo contrario. Usted decidirá.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —preguntó Okura, alarmado.

—He venido a hacerle una proposición y como tengo muy poco tiempo, procuraré ser breve. Soy un enviado especial del Departamento de Guerra de los Estados Unidos. He ahí mis credenciales —y le entregó varios papeles que Okura leyó rápidamente, devolviéndoselos. Jimmy continuó, ante el asombro del coronel nipón—: Dentro de unos días las tropas norteamericanas desembarcarán en un punto del archipiélago filipino y traigo orden expresa para usted de que obstaculice la defensa todo lo posible para que la resistencia sea casi nula. De no acatar usted esta orden, será ahorcado inmediatamente que entren las fuerzas norteamericanas en Manila.

El coronel se le quedó mirando fijamente, intranquilo. Las palabras de Jimmy habían impresionado extraordinariamente a Okura, pero éste sonrió ante la osadía de Jimmy.

—No dudo que se dará usted perfectamente cuenta, joven, de que a un gesto mío sus posibilidades de salir con vida de aquí serían

completamente nulas.

—Eso no me importa, coronel Okura —objetó, fríamente Jimmy —. Yo cumplo con mi deber y usted, en ese caso, sería irremediablemente ahorcado por homicidio. Ya está cubierta y prevenida por el alto mando esa eventualidad.

Jimmy se levantó de su asiento, guardándose la pistola. Comprendía que su vida estaba pendiente de un hilo, pero no había más remedio.

—Bien, usted decidirá, coronel. Tengo prisa y he de marcharme. La guerra la tienen ustedes perdida y creo que le conviene acatar esta orden. Ello le eximiría de las responsabilidades de guerra.

El coronel Okura se le quedó mirando fijamente durante unos segundos, y después, con un gesto de desaliento, apartó sus oblicuos ojos de Jimmy, perdiéndose su mirada en el vacío.

—Sí, es cierto. La guerra la hemos perdido. ¿Y quién sabe si tendrá usted razón? Hoy ha tomado posesión del alto mando del archipiélago el substituto de Homma, el general Yamashita, y no sé lo que podré hacer en favor de esa orden. De todas formas, le prometo hacer lo que pueda. Buenas noches.

Y se dejó caer en la cama con el mayor desaliento, con el desaliento natural que produce la derrota.

Jimmy se sonrió triunfante.

Carmen, escondida tras el kiosco donde la dejara Jimmy, esperaba impaciente la llegada de éste, que no tardó mucho en aparecer. A cada minuto que pasaba, en el corazón de la joven crecía la angustia y la desazón por la vida de sus hermanas. No sabía lo que Jimmy preparaba para liberarlas, pero fuera la que fuese, debía darse prisa si no querían llegar tarde. A Jimmy también le invadía esta sensación, y después de su victoriosa entrevista con el coronel Okura, se dirigieron hasta las cercanías de «Park Avenue», donde les esperaban Alejo y los guerrilleros.

Jimmy comenzó a silbar una alegre canción cerca del parque y de entre los árboles se destacó una sombra que vino a su encuentro. Era Alejo.

—¿Todo preparado? —preguntó Jimmy.

—Todo está listo para en cuanto suene la señal.

—Hay que concentrar el ataque sobre la puerta de la prisión. ¿Están distribuidos los hombres como te dije?

—Sí —repuso el joven—. ¿Cuándo empezamos?

La joven intervino, plantándose delante de Jimmy.

—¿Supongo que iré con vosotros? ¿Verdad? Yo también quiero entrar —añadió Carmen, resueltamente.

Jimmy le miró desconcertado. No quería contrariar a la muchacha, pero al mismo tiempo temía que le ocurriera algo. Si algo le sucediese… Y Jimmy volvió a experimentar aquella sensación extraña que no comprendía.

—No, tú quédate aquí.

—De ninguna manera, yo voy con vosotros.

Alejo se encogió de hombros y le entregó a Jimmy un fusil ametrallador. Éste se quedó mirando a Carmen, sorprendido por el arrojo y la valentía de la joven, sin atreverse a contradecirla y, cogiéndola del brazo, se acercaron los tres hacia los grupos de guerrilleros apostados en la sombra que formaban los árboles y los macizos.

A un centenar de metros se levantaba la prisión de americanos donde estaban encerradas Lolita y Marina y otros muchos miembros de las fuerzas de resistencia y prisioneros de guerra. El golpe era audaz y extremadamente difícil de lograr, pero si sabían sacar provecho de la sorpresa inicial, tal vez tuvieran éxito. Los hombres habían sido distribuidos frente a la puerta principal en grupos escalonados de diez, colocándose Jimmy y la muchacha en el tercero y Alejo en el último, que era el grupo quinto.

Jimmy dió un silbido, que era la señal para comenzar el ataque, y el primer grupo se lanzó corriendo, lanzando sobre los parapetos y la puerta de entrada una lluvia de granadas de mano. El estruendo fué terrible y pavoroso. Rápidamente salió el segundo grupo, disparando a diestro y siniestro sus fusiles ametralladores y abriéndose paso por entre la puerta de la prisión, hecha astillas por las granadas de mano del primer grupo. Se internaron por el primer pasillo del recinto, tomando posiciones y batiendo a un gran número de soldados japoneses, que huían ante la sorpresa del ataque. La misión de éstos, reforzados por el primer grupo, era mantener sus posiciones a la entrada para dejar libre la salida después a los que entraran en la prisión.

Rápidamente lanzóse el tercer grupo al asalto, encabezados por Jimmy y la muchacha, y alcanzaron el segundo pasillo, que daba al

interior de la prisión. El fragor de la lucha era imponente. Los fusiles ametralladoras tableteaban con furia desatada y los grupos de soldados japoneses que acudían por el recinto a la defensa de la prisión, eran rechazados violentamente con granadas de mano, que retumbaban, haciendo vibrar el piso y las paredes del edificio. Frente a Jimmy y sus hombres se encontraba, cerrada, la puerta metálica, último baluarte de acceso al interior propiamente dicho de la prisión, y los oficiales que hacían guardia detrás de la puerta comenzaron a disparar sus armas, a través de las mirillas, sobre el grupo de Jimmy.

Pasó al ataque el cuarto grupo de los guerrilleros para reforzar a los de la entrada y entonces Jimmy, cogiendo una granada de mano, la lanzó furioso sobre la puerta metálica. Se produjo una violenta explosión y la puerta abrióse de par en par, al ser arrancados los goznes que la sujetaban.

En aquel momento, el quinto grupo, con Alejo a la cabeza, inició el ataque y, sumándose al grupo de Jimmy, se lanzaron al interior de la prisión, matando a unos cuantos oficiales que les ofrecían resistencia, mientras otros huían, despavoridos, a esconderse en cualquier parte.

—¡Abrid las celdas! —gritó Jimmy a sus hombres.

Los guerrilleros comenzaron a despasar cerrojos y a abrir puertas. La muchacha y Jimmy hacían lo propio y a los pocos minutos las galerías llenáronse de prisioneros, que les miraban aturdidos y asombrados por la sorpresa. Con toda la fuerza de sus pulmones, Jimmy gritó, dominando el estruendo de los disparos y el estallido de las granadas de mano:

—¡¡Amigos, los guerrilleros filipinos os han libertado!! ¡¡Huid antes de que vengan los japoneses!!

Como un río humano, como una tromba incontenible, aquella masa de prisioneros, entre gritos de entusiasmo, clamores y vítores, se lanzó entusiasmada sobre la puerta de salida, dispuesta a defender la libertad y muchos la vida que, inesperadamente, como un regalo del cielo, se habían encontrado gratis entre sus manos.

Jimmy vió en un extremo de la galería cómo Carmen abrazaba, frenética, loca de alegría, a dos muchachas y se lanzó hacia allí, abrazándose los cuatro en un arrebato de entusiasmo y alegría desbordante. Lolita y Marina habían sido salvadas.

Jimmy, inmediatamente, dió orden de retirarse del interior de la prisión a los guerrilleros, y un grupo de éstos trajo a tres oficiales japoneses con las manos atadas a la espalda, que habían encontrado escondidos.

Al llegar cerca de Jimmy, éste quedóse sin movimiento, pálido y petrificado como una estatua. Uno de los tres oficiales japoneses era Shumiko, el asesino de sus padres.

Jimmy temblaba de coraje y de rabia ante aquel hombre que, habiendo reconocido al hijo de sus víctimas, en otros tiempos amigo de Jimmy, habíase quedado atónito y paralizado. Jimmy tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse sobre él y matarlo, en la desesperación despertada en él por el recuerdo penoso de aquellos días trágicos de ocupación por el ejército japonés de su ciudad natal, y ordenó, con acento imperioso:

—Soltad a esos dos, pero a éste —y señaló a Shumiko— llevadlo fuera.

Shumiko fué empujado hacia la puerta de salida y las muchachas, protegidas por Jimmy, salieron detrás, al pasillo, donde el fragor de la lucha comenzaba a arreciar, por haber recibido refuerzos, los japoneses.

En aquel momento, se oyeron en el exterior unas horrísonas explosiones y Jimmy y los demás se percataron de que Manila estaba siendo atacada por los bombarderos aliados. Aquella circunstancia les favorecía.

Alejo, al final del pasillo, les gritó que se dieran prisa. Corrieron todos, precedidos por el grupo que conducía prisionero a Shumiko, y al llegar a la puerta de salida, Carmen, que corría al lado de Jimmy, llevóse de repente las manos al pecho y dando un traspiés cayó de bruces en el suelo.

Jimmy volvióse rápidamente y dando la vuelta al cuerpo de la joven, vió como la sangre teñía su vestido, y su rostro poníase intensamente pálido. Alejo vino en su auxilio. Jimmy la incorporó un poco y la muchacha le miró con la angustia pintada en sus bellos ojos.

—Ve con mis hermanas. Sálvalas a ellas, Jimmy Cuida de que no les pase nada. A mi déjame. Yo no seré más que un estorbo… Ve con ellas, te lo ruego.

Alejo se inclinó sobre la muchacha, muy conmovido.

—¡Carmen! ¡Carmen! ¡Dígame que no le ocurre nada… que no le pasará nada… no podría soportarlo!

Jimmy le miró sorprendido y por el rostro moreno del muchacho rodaron dos gruesas lágrimas. Ella hizo un esfuerzo para sonreírle débilmente y levantó su mano para acariciar el rostro del muchacho, pero no llegó a hacerlo, pues el brazo volvió a caer, y lanzando un hondo suspiro, ladeó la cabeza, cerrando los ojos. Jimmy le tomó el pulso, notando que funcionaba casi con normalidad. Sólo se trataba de un simple desvanecimiento producido por la herida.

Dos tremendas explosiones hicieron temblar el suelo y las paredes del edificio, y Jimmy y Alejo volvieron instintivamente el rostro hacia la salida defendida por los guerrilleros, comprendiendo que se trataba de bombas arrojadas por los aviones aliados, que habían hecho explosión no muy lejos.

Cogió Alejo entre sus potentes brazos el cuerpo flácido e inerte de la muchacha y echaron a correr hacia la salida, dando Jimmy la orden de retirada general.

Llegaron al final del parque, donde les esperaban Lolita y Marina, angustiadas e intranquilas por lo que le había ocurrido a su hermana, junto a los guerrilleros, que retenían, cohibido y acobardado, a Shumiko, y subieron a un coche que les esperaba oculto entre los árboles.

Colocaron, acomodada en el asiento de atrás, a Carmen, todavía desvanecida, lugar donde se instalaron también Marina y Alejo, y en el asiento delantero se aposentaron Jimmy, Shumiko, con las manos atadas, y Lolita, que se puso al volante, con aquella sangre fría y seguridad que le caracterizaban.

En aquel momento, la ciudad de Manila era sometida a un intenso bombardeo aéreo. Las explosiones se sucedían violentas, unas veces lejos, otras cerca y el ronroneo sordo de los motores ponía, sobre el cielo un inmenso aleteo de muerte y al mismo tiempo de esperanza.

Arrancó el coche a toda velocidad, después que todos los guerrilleros se hubieron desperdigado, y Jimmy, sentado en el medio, a un lado Lolita y a otro Shumiko, miraba de reojo, alternativamente, a los dos. ¿Qué haría con aquel tipo al que tanto odiaba? Y cien mil procedimientos de tortura se agolpaban en su

cerebro, no pareciéndole ninguno bueno ni justo para aplicarlo a Shumiko. Éste, con la cara desencajada, rehuyendo la mirada de Jimmy, parecía presentir el final que se le acercaba. Inquieto y nervioso, removíase en su asiento. Pero al internarse el coche en la calle Pennsylvania, con la rapidez de un felino, sin que Jimmy tuviese tiempo de evitarlo, Shumiko abrió la portezuela y se lanzó afuera, rodando por el suelo.

—¡Para, Lolita! —gritó, desesperado, Jimmy.

La muchacha, percatándose de lo ocurrido, pisó a fondo el freno y Jimmy bajó rápidamente del coche. Pero Shumiko corría ya a cierta distancia, loco, desenfrenado, huyendo de las garras de su enemigo, que echó a correr detrás de él. Shumiko se había introducido por una bocacalle y antes de llegar a ella Jimmy, un ruido escalofriante producido por una vibración intensa, le hizo detenerse y echarse a tierra. Y una luz vivísima, seguida de una tremenda explosión sobre un edificio al final de la manzana de casas, levantó hacia el cielo una infinidad de cascotes, polvo y humo, derrumbándose el edificio de tres pisos sobre la calle y sepultando bajo sus escombros a Shumiko.

Jimmy se levantó algo aturdido por la explosión, y echó a andar en dirección al lugar donde le esperaba el coche. Shumiko había recibido el castigo a sus crímenes. En el último momento, cuando parecía que iba a escapársele de las manos, el Destino inexorable intervino, haciéndole pagar con su vida todos los pecados y las malas acciones cometidas. ¡Quién sabe lo que su Destino le depararía a él!, pensó Jimmy.

Unas hojas volanderas, «leaflets», como las llamaban los americanos, comenzaron a caer del cielo arrojadas por los aviones, cubriéndose el suelo de ellas alrededor de Jimmy. Maquinalmente, recogió una y se introdujo en el coche, que partió veloz por la calle de Pennsylvania. A la débil claridad de la luz del cuadro de los indicadores, Jimmy leyó:

> «Filipinos:
>
> »Las tropas norteamericanas están en este instante desembarcando en Leyte. Oponed toda la resistencia que podáis a los japoneses. La hora de vuestra libertad sonará muy pronto. Estad preparados».

El día 2 de febrero, un contingente de las fuerzas norteamericanas llegó a las inmediaciones de Manila, procedentes del sur de la isla, penetrando en la ciudad en forma de gigantesca pinza, hasta Santo Tomás por un lado y al otro extremo de la ciudad por otro, pero por una causa todavía ignorada e inexplicable, el grueso de las fuerzas no avanzó hasta tomar el resto de la ciudad sino después de la destrucción completa y machacamiento por la artillería y la aviación de la bella ciudad, hoy todavía casi en ruinas.

Fueron quince días terribles e infernales, durante los cuales la población sufrió horrores. Entre el «*looting*», los «snipers», los bombardeos y los incendios en gran escala, aquello fué superior al infierno, denominándose por esto «la quincena trágica».

El día 16 los norteamericanos ocuparon totalmente las ruinas de la ciudad y la gente, olvidándose de todos sus padecimientos y miserias, contenta todavía por llevar la cabeza sobre los hombros, se lanzó desde sus toperas a lo que antes habían sido calles, a celebrar entusiasmada, entre muertos horrorosamente hinchados y suciedad, el día tan esperado, y con tantas lágrimas ansiado, de la victoria.

En un refugio que rápidamente fué habilitado para café y sala de diversión, Jimmy, Alejo y otro joven bailaban con las tres hermanas, Lolita, Carmen y Marina, al compás de un acordeón que manejaba con destreza el padre de las chicas, el cual había sido liberado de «Rizal Stadium», convertido en campo de prisioneros durante la guerra. Éste, de estatura regular y rubio, con lentes, acompañaba su ejecución al acordeón con gestos graciosos que hacían reír a los jóvenes mientras bailaban; pero de repente, comenzó a sonar el altavoz del establecimiento interpretando un «booguie» estrepitoso, y dejando el acordeón rápidamente en el suelo cogió del brazo a una señora australiana que cantaba «La Madelón» y, arrastrándola hacia la pista, se puso a bailar desenfrenadamente con ella, gritando a los jóvenes:

—¡A ver quién es el valiente que me sigue en este baile!

Y comenzó a hacer piruetas difíciles y extrañas, estando a punto de romperse la crisma. Todos celebraban con alegría el día de la victoria. Cada uno a su manera, a su forma, con esa rica variedad que imprime el género humano a sus cosas.

Jimmy, vencedor en su empresa, pues las fuerzas norteamericanas no habían tenido apenas resistencia, bailaba con Lolita, celebrando también, a su modo, el día de la victoria, aquella victoria que era de todos y pertenecía a todos. Como una esperanza del mañana, si los hombres sabían convertirla en un instrumento de paz de amor y prosperidad.

FIN



Un hombre, el capitán Duncan, dibujó antes de volverse loco un jeroglífico: el jeroglífico del caimán

¡En él se ocultó un espantoso secreto!

Un misterio que ocasionó varias muertes y que en los archivos policíacos de Londres y Washington se conserva bajo el nombre de

EL CASO DEL CAIMAN

¿Cuál era el secreto del Capitán Duncan? ¿Por qué su hija veía una monstruosa aparición?

Pase de la intriga al terror y de éste al entusiasmo, leyendo la formidable novela, última de las escritas por PETER DEBRY, titulada:

EL CASO DEL CAIMAN

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará en su próximo número y la recomienda a todos sus lectores como una de las mejores que en ella han aparecido

¡Sea usted el primero en leerla!